

SIMONE MORO



Desnivel
ediciones

Estrellas en el Annapurna

HERMOSA MONTANA, UNA GRAN AMISTAD Y UNA
TRAGEDIA EN PALABRAS DEL ÚNICO SUPERVIVIENTE

ESTRELLAS EN EL ANNAPURNA

Traductor: Martínez Malaxecheverría, Unai

Autor: Moro, Simone

©2011, Ediciones Desnivel, S.L.

ISBN: 9788498292206

Generado con: QualityEbook v0.35

PRÓLOGO

La decisión de publicar este libro no ha sido fácil. Era algo que nunca había hecho antes y desconocía cómo escribir un libro y los aspectos de su comercialización. Lo que siempre me había impedido involucrarme con los editores era, sobre todo, mi propia convicción de que no había nada especial o inusual sobre mí, o mi vida, como para merecer la pena escribir o ser leído.

A pesar de haber participado en más de veinte expediciones de montaña y haber practicado la escalada deportiva durante veinte años, todavía creo que escribir sobre uno mismo y exponerse a los lectores es un acto de vanidad que implica un riesgo elevado de sobrevaloración de las propias experiencias. Siempre he odiado a los aprendices de escritor que muy pronto se consideran expertos del mundo real, y viceversa.

Seguiría manteniendo esa distancia con los editores si no hubiera sido por los cientos de preguntas a las que he tenido que responder desde que, en 1997, tuvo lugar mi trágica expedición invernal al Annapurna, montaña de 8.091 metros, en el Himalaya.

Todos los años doy al menos una veintena de conferencias y presentaciones de diapositivas en Italia y por todo el mundo, describiendo mis expediciones y ascensiones. Siempre hay muchas -y bienvenidas- preguntas sobre esta expedición, en particular sobre la especial amistad que me unía al montañero kazajo Anatoli Bukreev.

Desde 1997 he recibido múltiples invitaciones de editoriales, pero, tras los primeros intentos de enfocar todo lo que ocurrió entonces, me encerraba en una burbuja de silencio. No quería ganar dinero con esto, a costa de la tragedia que afectaba a la muerte de un amigo, y decidí no aprovechar los críticos meses posteriores al accidente para contar mi versión de este triste suceso. Lo estoy haciendo ahora, después de lo mucho que ya se ha escrito sobre Anatoli Bukreev y tras la publicación de sus dos libros. También se ha hablado en numerosas ocasiones de la ascensión al Everest en 1996, cuando unas terribles condiciones meteorológicas provocaron la muerte de unos montañeros. Si mi amigo kazajo no hubiera estado en esa montaña aquel día, mucha más gente habría muerto.

A pesar de lo difícil que ha sido para mí tomar la decisión de publicar este libro y tratar con editores durante estos años, me ha resultado, sin embargo, muy sencillo e incluso necesario sentarme delante del ordenador a recordar lo que ocurrió hace cinco años¹ y revivir el fatal accidente de aquellas Navidades de 1997. Pocos meses después de volver de la expedición, las severas lesiones en mis manos habían cicatrizado. Lo que todavía me dolía era la herida abierta que tenía en mi interior, que me provocó la necesidad vital de pensar sobre lo ocurrido y sobre los momentos anteriores. Significaba revivir un mes entero de extremas dificultades y de esfuerzo físico en la montaña, así como los meses anteriores de preparación, las sesiones de entrenamiento y las numerosas reuniones y contactos con posibles patrocinadores para la expedición.

La mejor manera de hacer este análisis y recoger mis pensamientos era ponerlo todo por escrito. Así que éste fue el método adoptado para dar contenido a las imágenes mentales que tenía de mí y de mis compañeros en el Annapurna, y lo que estás leyendo es la versión impresa de una gran parte de estos esfuerzos. No he rellenado estas páginas con pormenorizadas descripciones o escribiendo capítulos enteros sobre los paisajes, o describiendo cuáles eran nuestros sentimientos. Tal vez esto sería más atractivo y profesional desde el punto de vista editorial, pero escribí esta historia para mí mismo, respondiendo y explicando todas esas preguntas con las menos florituras posibles. Los amantes del suspense o la épica se sentirán decepcionados. Este público podría encontrar mi libro útil para calzar una mesa que cojea o para protegerse la cara del sol en una siesta por la tarde en el jardín.

De todos modos, espero que tanto aquellos que acudieron a mis conferencias y no les quedaron claras mis descripciones, como los que no saben nada de mí de antemano, tengan una idea diáfana de lo que pasó cuando terminen este libro.

PRIMERA PARTE.

EL NACIMIENTO DE UN MONTAÑERO



SIMONE MORO CUANDO ERA NIÑO.

No puedo dar por sentado que todo el mundo sabe quién soy y conoce mi trayectoria deportiva, o la historia de Anatoli, antes de que nos encontrásemos, en mitad del invierno, en el Himalaya.

Nunca pensé que fuese necesario hablar de tales asuntos, pero me he dado cuenta de que toda nuestra aventura era en realidad la consecuencia lógica de nuestra madurez y de todas las emociones vividas a lo largo de nuestras vidas. Por lo tanto, he decidido no dejar a la imaginación del lector ni mi personalidad ni mis experiencias, sino dar una breve visión de los principales acontecimientos que hicieron posible que tuviera experiencias muy diversas, disfrutara de la amistad del montañero de Kazajistán y realizara numerosas ascensiones a las cumbres de mis sueños.

MI PASIÓN

Un sábado por la tarde, estaba en el garaje de casa, con la cabeza metida dentro de un viejo armario, curioseando entre lo que había pertenecido a mi abuelo (de quien tengo una fotografía con cuerda y un piolet...), jugando con el equipo de escalada de mi padre, quien se había matriculado en un curso de montañismo en el Club Alpino de Bergamo (CAI). Durante años escaló muchas montañas, y nos había llevado a mis dos hermanos y a mí a las montañas cercanas a nuestra casa y a los Dolomitas. A estas inolvidables excursiones familiares a menudo acudía mi madre, tal vez la más apasionada de todos nosotros, pero cuando la dificultad y la exposición de estas caminatas empezó a aumentar porque hacíamos vías ferratas, se vio obligada a venir con menos frecuencia. Entonces se convirtió en la organizadora de los festines reales que siempre esperaban a los cuatro lobos hambrientos a su regreso a casa, o al camping, después de sus escaladas.

Mi padre estaba muy contento, pero también preocupado, por las crecientes ganas de sus tres hijos por escalar y decidió ser un poco menos autodidacta y aprender las técnicas básicas de escalada con cuerda, con el propósito de darnos serios consejos, en lugar de advertencias sin sentido que siempre empezaban y terminaban con un «¡Ten cuidado!». Eso fue lo que le movió a hacer aquel curso, así como a continuar con sus modestas escaladas, e invirtió en nuestro equipo de escalada.

Por estos motivos tenía la cabeza metida en el armario. Soñaba también con dejar de ser sólo un escalador de cables de acero y vías ferratas y poder dar rienda suelta a mi entusiasmo, moviéndome libre por las paredes rocosas, subiéndome por las líneas dibujadas sólo en la mente de un pionero. En otras palabras, ya no me conformaba con ser un mero caminante, soñaba con ser un auténtico escalador.

Ese día, mi padre bajó al garaje y me vio con todo el equipo colgando a mi alrededor mientras imitaba los movimientos de un escalador. No era la primera vez que me observaba. A diferencia de mis hermanos, a medida que crecía yo me sentía cada vez más atraído por todas las superficies verticales, por el riesgo y por los deportes que requiriesen extenuantes esfuerzos físicos y el uso de las manos. Se acercó a mí y me dijo con una sonrisa:

—Mañana te voy a llevar a escalar a Cornagera, la escuela de escalada cercana a Selvino. Saca todo el material del armario, que lo vamos a ordenar; y quita esa escalerilla que tienes enganchada a la tubería del gas del techo, que te he visto engancharte a ella. ¡Vas a hacer que salgamos por los aires uno de estos días! Esta tarde iremos a la misa de sábado para que podamos salir mañana por la mañana temprano.

Apenas podía creer lo que estaba escuchando. Iba a trepar como un escalador de verdad, atado a una cuerda de verdad, seguramente podría usar alguna clavija... Así fue cómo empezó mi carrera como escalador; al principio con toda la familia, luego con mi padre en Cornagera, en una serie de torres de 25 metros de roca caliza que ha sido el lugar de entrenamiento de varias generaciones de escaladores de Bérgamo.

Todavía recuerdo aquella primera salida como un auténtico escalador. Ni tan siquiera paré a comer y pregunté a todo el mundo si era posible que pudiera meter algún seguro. Lo quería hacer con todas mis ganas, porque pensaba que eso simbolizaría mi unión con las rocas y con el mundo del montañismo.

Mi padre empezó a subir una de las torres más altas y se detuvo a cinco metros de llegar a lo alto de una de ellas, esperándome. Cuando llegué hasta él, me pasó su martillo y una clavija, y me dijo:

—Ahora escala tú primero. Coloca un pitón arriba para reforzar la reunión. Hazme una señal cuando pueda empezar a subir.

Era un largo sencillito, pero bastante expuesto. Las maniobras con cuerdas y mosquetones me las sabía de memoria tras haber leído varias veces los manuales, practicar en casa y usarlos en las vías ferratas con mis hermanos.

De este modo, el Torrione Garlini, en Cornagera, se convirtió en la primera escalada de un adolescente normal de trece años llamado Simone Moro.

En los años posteriores a este primer contacto con la escalada, los elementos que conformaron mi crecimiento fueron el colegio, la escalada, otros deportes de competición, jugar, mi familia y mi fe.

Lo que hicimos aquel domingo me causó una profunda impresión, y a pesar de que mis actividades deportivas nunca se habían limitado a una sola disciplina, siempre volvía con mucho entusiasmo a las superficies verticales. Muchas personas me han dicho que podría haber tenido el mismo éxito en otros deportes mucho más lucrativos que al que ahora me dedico, pero nunca he considerado seriamente la idea.

Tuve algunas tentaciones de seguir los pasos deportivos de mi padre, pero él hizo prácticamente todo lo que pudo para que yo no siguiese lo que él describía como «trabajos de Hércules». Mi padre fue un ciclista con mucho éxito. Corría todos los domingos en carreras ciclistas de aficionados en las que lo único fácil de ellas era el nombre. En aquella época, la gente ya solía entrenar todos los días a una velocidad media de 40 km/h. Salía a menudo con mi padre, y él estaba más preocupado de verme cerca de una bici que encordado. En resumen, tenía miedo de que sus éxitos influyeran en mí (en 1976 fue campeón provincial, regional y campeón italiano), y a pesar de que yo era bastante bueno sobre la bici, me disuadió de mi empeño ciclista.

Doce años después de aquella estimulante escalada dominical a la edad de trece años, me encontraba a bordo de un avión rumbo a Katmandú, con el objetivo de subir una de las cumbres más altas de la Tierra.

Dicho así, puede parecer una decisión precipitada e imprudente, pero el periodo de tiempo que separa estos dos momentos fundamentales en mi vida está repleto de días en las montañas, en las grandes paredes rocosas, con profesores que, después de mi padre, me enseñaron a perfeccionar mi técnica y mejorar mis habilidades.

Después de mi primer año de escalada, Alberto Consonni tomó el relevo de mi padre. Durante el año siguiente hice con él las primeras vías en grandes paredes, escalando de segundo con botas rígidas, y luego fui avanzando y utilicé un calzado más flexible y moderno, lo que ahora se llaman pies de gato. Los Dolomitas y las montañas de alrededor de Bérgamo y Lecco fueron nuestro campo de acción.

Fue durante esos años cuando la escalada libre (ahora reconocida y regulada como un deporte de competición) hizo su aparición. Como joven aventurero que era, inmediatamente me sentí muy atraído por esta nueva modalidad, que evita en la medida de lo posible el uso de clavos y otras ayudas artificiales.

Alberto entendió esta poderosa llamada y no tuvo ningún inconveniente en que yo decidiera seguir por ese camino. Pronto superé las habilidades técnicas de mi amigo. Mi edad y la cantidad de tiempo libre de que disponía me ayudaron mucho a progresar rápidamente.

Bruno Tassi, conocido como Camos (cabra montesa), fue el tercero y más importante de mis maestros. Tenía un método de enseñanza muy particular. Era menos protector y flexible que sus predecesores, pero muy efectivo. Uno tenía simplemente que aceptar el papel de alumno incondicional y nunca esperar lags ni frecuentes felicitaciones. Uno siempre podía hacerlo mejor.

En este periodo de mi carrera deportiva solía pedalear hasta un lugar llamado Nembro, una cantera abandonada que se había convertido en el lugar más cercano a Bérgamo para la práctica de la escalada en roca. Sólo está a 25 km ida y vuelta, más o menos, y fue el escenario de mis

extravagancias juveniles. La más sensacional de todas fue el ascenso, con pitones y sin cuerda, de una ruta equipada y bautizada por mí *Uscita di sicurezza (Salida de emergencia)*, graduada como 7c, o grado IX³. Esta vía no cuenta con ninguna repetición hoy en día, ni tan siquiera en top-ropo, lo que me hace dudar acerca de su dificultad... En aquellos bonitos días antes de la mayoría de edad.

Gracias a Dios, todos estos impulsos salvajes llegaron a su fin debido al encuentro con Camos, quien, además de ser uno de los precursores históricos de la escalada libre en Italia, era también un incansable aperturista de rutas en libre. Continuamente lo pagaba todo de su bolsillo, equipando rutas nuevas y seguras para la práctica de la escalada libre. Los pitones y las reuniones sólidas eran necesarios para proteger a los escaladores y mantenerlos anclados a la pared, pero las manos y los pies tenían que estar siempre y obligatoriamente en la roca. ¡Pobre de ti, si utilizabas una clavija para agarrarte a ella o, peor aún, si tenías miedo de caerte!

—Es como saltar desde un avión sin confiar en tu paracaídas solía decir Camos.

Yo mismo puse los seguros, y lo hice correctamente, para que aguantasen en caso de caída. Además, hoy día las cuerdas están hechas a prueba de bombas.

—Si tienes miedo a caer, es mejor que lo dejes. Si te gusta, voy a enseñarte a no tener miedo —me advertía Camos.

De este modo, a menudo me encontraba atado a una cuerda y saltando desde puentes (hoy a esto se le llama bungee-jumping, pero nosotros ya lo practicábamos por aquel entonces), o escalando vías equipadas por Camos desde las que luego me lanzaba al vacío para ganar confianza y demostrarme a mí mismo, pero sobre todo a mi instructor, que yo no tenía miedo.

Puedo afirmar, sinceramente, que hoy día no tengo miedo a caerme de ninguna vía, siempre y cuando los seguros estén bien puestos. Al final, tanto lanzarse tuvo su resultado.

Con Camos llegó el muy difícil grado octavo (X+), y las competiciones de escalada. Nunca he estado en lo más alto del podio, siempre me quedaba bastante por debajo, entre los ocho primeros, y eso hacía que Camos estuviera satisfecho...

Siempre volvía a las montañas, especialmente a los Dolomitas. Me acuerdo de cuando tenía diecisiete años, yendo en moto con mi amigo Tiberio Riva para subir la vía *Comici* en la Cima Grande di Lavaredo. Llevé a cabo muchas hazañas similares a lo largo de los años, la mayoría de las veces sin que mis padres lo supieran...

También comencé a practicar la escalada en hielo, y durante mis dos años en el servicio militar, como oficial en un regimiento alpino, tuve la oportunidad de convertirme en instructor de escalada y de hacer numerosas ascensiones en las grandes montañas de los Alpes.

Fue así como una simple, variada y a veces extraña formación como montañero me llevó a embarcarme en aquel avión rumbo al Everest durante el otoño de 1992. Durante años, los libros de Reinhold Messner habían estado en mis estanterías, y sus pósteres, junto con algunas fotografías del famoso escalador Maurizio Zanolla, *Manolo*, adornaron la cabecera de mi cama. Ambos eran los ídolos que me inspiraban, y a los que un día quería conocer.

POR ENCIMA DE LOS 4.000 METROS

La expedición a Katmandú, con fines deportivos y científicos, estaba patrocinada, entre otros, por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas Italiano (CNICI), y, junto con los objetivos puramente alpinísticos, se quería llevar a cabo una investigación científica.

La expedición fue un éxito, al menos en lo que a la montaña se refiere. En cuanto a los aspectos científicos, nunca fui capaz de entender o ver los resultados de todas las muestras de sangre y pruebas de tensión que nos realizaron por encima de los 5.000 metros. Después de la expedición de 1992 participé en otra en el año 1994, también a cargo del CNICI, al Lhotse (8.516 m). Por aquel entonces, estaba estudiando la carrera universitaria de Educación Física. También estaba interesado en los efectos que la altitud tiene sobre el organismo. Pero al final nunca recibí ninguna documentación o información relativa a la investigación. Tal vez yo no tuviese derecho a ella; sin embargo, pude conocer a algunos científicos de primer nivel y apreciar su trabajo profesional. Lo que sé acerca de sus experimentos lo averigüé al comprar revistas científicas extranjeras y leyendo artículos científicos, o a través de las informaciones directas del doctor Colombini, de quien guardo un gran recuerdo.

En lo que a mí respecta, la primera expedición al Everest fue mal porque tuve un principio de edema cerebral a 7.400 metros, ya que había acortado el tiempo necesario para que mi cuerpo se adaptara a esa gran altitud. Me había estado moviendo mucho, rápida y enérgicamente, hasta aquella noche en el campo III, cuando me puse muy enfermo.

Giuseppe Petigax, Edmond Joyeusaz y Marco Barmasse fueron los compañeros y amigos que me bajaron hasta una altitud inferior, dándome la oportunidad de recuperarme y sobrevivir. Nunca he olvidado lo que hicieron por mí y estoy muy satisfecho de haber podido devolver ese mismo favor a otra persona en el año 2001, seiscientos metros más arriba y en esa misma pared. El rescate que llevé a cabo diez años más tarde, en solitario, sin oxígeno y por la noche, brindó la oportunidad de seguir con vida a un joven inglés al que no conocía por entonces y que se encontraba en estado crítico, justo como yo me encontraba años atrás. Gracias a que mis amigos me rescataron, yo pude salvarle.

Durante la expedición de 1992 comenzó mi amistad con Lorenzo, que era un año mayor que yo. Su apellido era Mazzoleni y era muy conocido en los círculos de escalada en Lecco —y no sólo allí— como un joven y prometedor escalador de espíritu generoso y talento en la montaña. Era el típico chico con el cual es fácil llevarse bien, ya fuese encordado en una pared de roca, ya fuese bailando en una discoteca. Siempre estaba alegre y dispuesto, y era un entusiasta de la vida. El alpinismo era una parte de su vida, pero no la totalidad de ella.

Con Lorenzo planifiqué mi segunda expedición, y el objetivo era ciertamente muy ambicioso. Queríamos ser los primeros en escalar la temible cara Sur del Aconcagua, una pared de casi 3.000 metros, en el invierno austral. Teníamos la intención de seguir la ruta trazada por Messner años atrás y queríamos hacerlo en estilo alpino, sin establecer campos de altura y sin emplear cuerdas fijas.

Un periodo de frío intenso era sin duda lo que nos estaba esperando, así como una escalada de extrema dificultad técnica. El 5 de julio nos fuimos a Argentina, acompañados por nuestro amigo Alberto Montanelli. Ésta fue la expedición en la que tuve mis primeras experiencias dramáticas. Este tipo de momentos han llamado a mi puerta dos veces desde entonces, la segunda vez sería en las Navidades de 1997.

El Aconcagua, de 6.962 metros, es el pico más alto del todo el continente americano, y es bastante fácil de escalar si se aborda desde la cara Norte, pero extremadamente difícil desde la cara Sur, el lado que habíamos elegido.

Hizo muchísimo frío y viento durante toda la expedición. Utilizamos esquís de travesía para cubrir los 40 km que había más o menos desde la carretera más cercana a la base de la pared. Repetimos los porteos varias veces para transportar todo el material necesario, establecemos en el campo base y sobrevivir durante el tiempo que durase esta expedición.

La bienvenida que nos dio el Aconcagua con su clima infernal fue en forma de una tremenda tormenta que arrasó el campo base, y destruyó dos de nuestras tiendas de campaña. Nos vimos obligados a cavar plataformas por debajo de algunas grandes rocas y levantar allí nuestro nuevo campamento. Pedimos prestada otra tienda al guarda del parque, con la promesa de utilizarla en la montaña y devolvérsela de una sola pieza.

En Mendoza compré un termómetro de madera, capaz de registrar temperaturas de hasta -50 °C, confiando en que nunca llegaría, ni de lejos, a su tope. Nos volvimos a equivocar al establecer el campo base donde lo hicimos. La mañana en que salimos hacia la pared para empezar nuestra escalada el termómetro marcaba -46 °C.

Esa misma mañana, no sé si por los nervios o porque era una demanda fisiológica normal, tuve la necesidad de vaciar mis entrañas antes de empezar a escalar la cara Sur del Aconcagua. Por otro lado, estaba contento de que esto hubiese ocurrido antes de empezar a escalar y no en mitad de la pared.

Lorenzo y yo teníamos unos trajes nuevos y extremadamente calientes para las grandes altitudes, de color amarillo con líneas rojas y azules. Podíamos ser vistos fácilmente en el glaciar, e incluso en mitad de la niebla podíamos reconocernos entre nosotros. Sin embargo, estos trajes no tenían la cremallera trasera que es esencial para estas circunstancias, con el fin de exponernos al frío lo mínimo posible. Las únicas opciones eran o quitarnos el traje hasta las rodillas, o llevar a cabo un proceso largo y laborioso, abriendo las cremalleras que estaban en la parte interna de las piernas.

Opté por la primera solución, que, aunque traumática, era la más rápida. Me distancié por un momento de Lorenzo e hice un agujero en la nieve fresca que nos rodeaba, intenté quitarme el traje por las cremalleras que había en la parte interna de las piernas, pero las polainas me lo impidieron porque estaban congeladas, así que me tuve que quitar el traje. Cuando terminé me lo puse lo más rápido que pude, metiendo los brazos por las mangas, abrochándome la cremallera hasta el cuello y poniéndome también la capucha. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que no había sido muy hábil... me lo había hecho todo dentro de la capucha, y acababa de ponérmela sobre la cabeza a -46 °C. No diré nada más, pues el resto os lo podéis imaginar.

Sin embargo, mis desgracias no habían terminado. Lorenzo y yo empezamos a escalar rápidamente. Nos habíamos puesto los cascos debido a las rocas que caían continuamente (aunque, en realidad, yo llevaba puestos dos cascos, uno de ellos *orgánico*).

Durante los primeros quinientos metros progresamos por la pared muy deprisa. Lo hacíamos desencordados y en paralelo, por la pared helada. Cuando llegamos a la base de la primera sección con roca, nos empezamos a asegurar. Las fisuras estaban rellenas de hielo, así que teníamos que avanzar usando los piolets y las manos alternativamente. Nos habíamos puesto de acuerdo en que yo iría primero, aprovechando mis habilidades técnicas, mientras que a Lorenzo le tocaba escalar con las dos mochilas.

Por la tarde, llegamos a las famosas torres de arenisca, que suponen las mayores dificultades técnicas de la pared. Nos hicimos un hueco, lo suficientemente grande para instalar la tienda que nos habían dejado, que resultó ser muy ligera. También preparamos algo para beber y comer. En cuanto nos tumbamos, empezamos a pensar en el día siguiente y tuve la delicadeza de colocar mi cabeza junto a los pies de Lorenzo, para no perfumarle con mi nuevo pelo teñido.

El nuevo día llegó con una bonita helada llamando a la puerta de nuestra tienda, así que tranquilamente salimos de los sacos, desayunamos y lo recogimos todo.

Había dos largos muy difíciles, con unas inclinaciones del 70%; en ellos usé clavos de hielo, insertándolos en las fisuras, asegurándome a viejos cordinos y progresando con los piolets por la pared (a esta técnica de escalada hoy se la llama *dry tooling*, pero entonces sólo era un recurso desesperado). Me las arreglé para llegar a dos pitones fijos en la roca, dejados allí por alguna otra cordada en un ascenso anterior. Estaba bañado en sudor bajo mi traje, mientras que mi cara estaba llena de hielo, una monstruosidad. Me volví para asegurar a Lorenzo, todavía jadeante, y le hice una señal para que subiera. La forma en que subió acarreado las dos mochilas fue increíble.

El segundo y último largo era una chimenea muy larga y estrecha donde había que retorcerse para seguir progresando, con los crampones puestos. Sin la mochila era difícil, pero no imposible. No sé cómo se las arregló Lorenzo para subir hasta la mitad de la chimenea con las dos mochilas. Fue en ese punto cuando dejó una de las dos mochilas y subió con la otra puesta. Después, cuando llegó a la reunión, me di cuenta de que había atado una cuerda a la mochila abandonada, de tal modo que pudimos subirla simplemente tirando de ella. Después de eso, Lorenzo dijo, con una amplia sonrisa:

—¡Parecemos sardinas en lata!— Ya hemos pasado las mayores dificultades técnicas y ahora nos toca enfrentarnos al glaciar colgante a 6.200 metros. Después de eso, no hay más dificultades de carácter técnico. Simplemente nos queda la cascada de hielo de la variante *Messner*, pero eso no es nada comparado con lo que acabamos de hacer.

Tras un breve descanso, nos pusimos en marcha otra vez, superamos secciones de una dificultad inesperada y también pudimos, con muchas dificultades, superar el glaciar colgante. Pero durante las últimas horas la niebla nos había rodeado y el cielo se había nublado de una manera que nos preocupaba. Por debajo de nosotros, 2.000 metros de pared con tan sólo dos seguros y un montón de hielo y nieve. Nadie había seguido nunca esta ruta.

Todavía nos quedaban setecientos metros para llegar a la cumbre, y el glaciar colgante que rompía la verticalidad de la pared disimulaba la sensación de vacío.

Después de meternos en la tienda y en nuestros sacos de dormir, preparamos la cena y tuvimos una seria discusión sobre el tiempo y la necesidad de empezar muy temprano al día siguiente en nuestro intento de hacer cima, para disponer de la luz suficiente a la hora afrontar el fácil, pero largo, descenso por la cara opuesta.

Pero estuvimos cuatro días en nuestro pequeño refugio de lona. Maltratados por el viento y enterrados más de una vez por las abundantes nevadas y por las pequeñas avalanchas que, de vez en cuando, barrían la ladera que había por encima de nosotros.

Terminamos con toda la comida y el gas, y al cuarto día sólo nos quedaba un pequeño trocito de pan y media lata de atún para los dos. La montaña nos dio una última advertencia. Mientras estábamos adormecidos en el calor de nuestros sacos, escuchamos un extraño y muy sospechoso sonido. A los pocos segundos, una enorme masa de nieve golpeó el costado de la tienda que daba a la parte superior de la ladera, la destruyó completamente y se llevó por delante a los dos desdichados que buscaban refugio en su interior.

Recuerdo que mi cabeza estaba apoyada en una cacerola y que yo estaba en el lado en el que la masa de nieve nos había golpeado. Me había lanzado sobre Lorenzo y a cada segundo me sentía aplastado por un peso cada vez mayor. En esos pocos segundos en los que empezamos a notar la presión de la nieve, grité «¡Fuera, fuera, es una avalancha!», pero, en realidad, no podíamos hacer nada. Estábamos atrapados en nuestros sacos de dormir, envueltos y retorcidos en una maraña de varillas de aluminio.

En esas circunstancias, sólo podía mover un brazo, pero fue suficiente para salir de esa situación. Me las arreglé para alcanzar un piolet y hacer una raja en la tienda. Luego, cogí la cacerola, que estaba debajo de mi cabeza, y cavé un poco hasta que pude liberar mi otro brazo. La nieve había entrado dentro de los sacos y nuestras botas estaban desperdigadas por la tienda; había nieve por todos lados y reinaba una absoluta oscuridad. Pasó un rato hasta que Lorenzo se pudo mover, y entre los dos pudimos salir a la superficie de la nieve congelada del Aconcagua.

Seguimos usando la cacerola para limpiar la tienda hasta que encontramos la pala y retiramos toda la nieve que quedaba en nuestra pequeña tienda prestada.

Nos las arreglamos para resolver en cierto modo la situación, volver dentro de lo que quedaba de tienda y pasar la noche. Pero teníamos que tomar una decisión definitiva. Si no bajábamos, moriríamos.

Durante los días anteriores había usado una cámara de video para filmar gran parte de nuestra escalada, pero nunca imaginé que grabaríamos «nuestras últimas palabras» con ella. Nos grabamos el uno al otro, por turnos, contando todo lo que había pasado, para que, si moríamos y alguien en el futuro encontrara la cinta, supiese lo que había pasado. Guardamos la cámara en la mochila y emprendimos el descenso hacia la vida, por toda la ruta que acabábamos de subir, sin ninguna cuerda fija.

Teníamos muy pocas clavijas, dos cuerdas de ocho milímetros y 2.000 metros por debajo de nosotros, nuestras huellas se habían borrado y la niebla hacía imposible la orientación.

Así comenzó una serie interminable de rápeles y subidas por la misma cuerda. Fueron innumerables las veces que nos perdimos. Discutíamos todo el tiempo sobre puntos de referencia que nos resultaban familiares, sobre rocas que creíamos haber visto mientras subíamos. A veces nos sentíamos esperanzados, pero cuando nos acordábamos de la ruta por la que habíamos ascendido, bajábamos en silencio. En un momento dado, nos encontramos en lo alto de un desplome sobre el abismo, a partir de ese punto era imposible seguir bajando. Usamos todo el material que teníamos y toda nuestra imaginación para improvisar anclajes a lo largo de esos dos kilómetros verticales.

Por la noche, exhaustos e incrédulos, nos dimos cuenta de que habíamos llegado a la parte inferior de la cara. Nuestro universo vertical había terminado y caminábamos al nivel del suelo.

Fue sólo entonces cuando realmente nos dimos cuenta de que podíamos salir de ésta con vida. Nos abrazamos y nos hicimos una foto juntos. Decidimos seguir adelante sin descansar y recorrer los 40 kilómetros que nos separaban de la carretera, y de la vida. Nuestros cuerpos funcionaban sólo por la voluntad de vivir que teníamos, tras caminar toda la noche llegamos a un pequeño hotel fronterizo entre Chile y Argentina, a pocos kilómetros de la carretera.

Una semana después, subimos la montaña desde el lado opuesto en tan sólo 13 horas, llenos de energía furiosa, logrando convencer al Aconcagua de que fuese amable con nosotros.

LA VIDA SUSPENDIDA DE UNA CLAVIJA: FITZ ROY, 1996

Esa experiencia en la cara Sur del Aconcagua fue mi primera batalla real por la supervivencia, y aprendí mucho sobre mí mismo. Me sorprende lo fuerte que puede ser la fuerza de un hombre cuando está realmente determinado, decidido a vivir y se niega a rendirse ante la muerte.

Nunca imaginé que tres años más tarde el destino, una vez más, me tuviese reservada otra batalla por la vida, durante las Navidades de 1997, en las que tuve que luchar por mi vida otra vez.

De nada sirve retirarnos dentro de nuestros hogares o refugiarnos en vidas acomodadas de lo que el destino nos tiene preparado. Incluso cuando nos escondemos en nuestros hogares, las enfermedades o accidentes pueden llegar por sorpresa y, sin previo aviso, entrar y atacarnos, poniendo nuestra resistencia a prueba. Muchas veces un destino implacable nos obliga a librar batallas sólo para recordarnos que la muerte está ahí. Otras veces tenemos que luchar mucho para librarnos de ella.

Por eso no creo que huir de las montañas sirva para evitar estas pruebas. Tal vez podrían haber llegado de diferentes maneras o en diferentes momentos. A lo mejor, si me hubiera visto luchando a mí mismo contra la frustración, sentado en el coche en mitad de un atasco o luchando contra un amor no correspondido, habrían llegado en una forma diferente o en otro momento.

Al Aconcagua le siguieron otras expediciones y otras aventuras. Algunas con cimas y éxitos, otras ensuciadas por las lenguas venenosas de mi semejantes. Yo también he sufrido por los latigazos de las críticas y las envidias. Nada es inmune a esto. Cuanto más haces, más molestas a la gente, y ni estar en silencio te puede salvar de ello.

El 4 de enero de 1996 me puse en camino hacia una aventura personal para añadir una nueva pieza al mosaico que compone mi vida.

A principios de ese año, mis compañeros de avión serían los mismos amigos con los que, ocho meses después, coincidiría en el Shisha Pangma, y donde me encontraría con el gigante kazajo Anatoli Bukreev. A partir de entonces él se convertiría en mi compañero de escalada y en el más sincero y cercano amigo que la vida me ha brindado.

Me dirigía a Argentina, esta vez a la Patagonia, donde nunca había estado, pero como todos los montañeros había pasado innumerables horas leyendo sobre aquellas montañas y grandes escaladas en los picos Fitz Roy, Cerro Torre, las Torres del Paine...

Algunos de los mejores alpinistas de Lecco, mis vecinos, habían realizado hazañas heroicas en los lisos muros de granito; a éstos hay que añadir los nombres de Salvaterra, Giarolli y Sarchi, quienes han jugado un papel determinante en el montañismo en la Patagonia.

Además de los nombres de los picos y sus gentes, también había leído mucho sobre las escasas probabilidades de éxito que las expediciones tienen, debido a las muy desfavorables condiciones meteorológicas que allí se dan, con tan sólo veinticinco o treinta días de buen tiempo al año y constantes vientos huracanados. Por lo tanto, era muy consciente de la necesidad de controlar mis emociones y estar dispuesto a reservar energías, para darlo todo cuando el tiempo lo permitiera.

Adriano Greco y Alexia Zuberer fueron mis compañeros en el avión y durante el mes que pasamos en suelo argentino.

Conocía a Adriano desde hacía algunos años. Me habían llegado noticias sobre sus brillantes e irrepetibles victorias en esquí de fondo y en maratones de montaña en altitud (*sky running*).

No conocía a Alexia en persona, pero tenía una confianza absoluta en el juicio de Adriano. Sabía que ella era campeona de esquí de fondo, una chica sencilla, amigable, siempre con una sonrisa en la cara. Durante las largas horas de mal tiempo en Patagonia, que ya teníamos previsto, ella fue un gran estímulo para nuestra moral. Y cuando luciera el sol, sería una gran ayuda para alcanzar la cima. Los tres queríamos escalar la cara Este del Fitz Roy, por una vía llamada *Supercanaleta*, una escalada de 2.250 metros. Ésta es una ruta poco transitada en comparación con la más corta franco-argentina, en la cara opuesta. Por lo tanto, y como primera vía, estábamos siendo muy ambiciosos con nuestro reto.

Llegamos a Buenos Aires y luego a Río Gallegos en avión, y desde allí, tras dos días en minibus, a El Chaltén, el último pueblo antes de los senderos que conducen a la base de los gigantes de granito.

Contratamos dos gauchos y cuatro caballos para llevar todo nuestro material al refugio de Los Troncos, a 535 metros sobre el nivel del mar, donde Ricardo, guarda y único residente, dirige un camping.

Llegamos hasta allí a pie, ya que los caballos servían para llevar nuestro equipaje. Fue un agradable paseo por unos bosques preciosos, con la naturaleza esculpida por el viento y los elementos.

Cinco días después, Alexia, Adriano y yo estábamos al pie de la *Supercanaleta*, tras haber flanqueado el puerto de montaña llamado Cuadrado y haber bajado al glaciar del Fitz Roy, que bordea la totalidad de la cara Oeste y pasa por debajo de las paredes de la Guillamet y las torres Marmotz.

Instalamos nuestras tiendas debajo de una roca de granito enorme que ofrecía generosa protección y seguridad de la furia del viento.

Pero al caer la tarde, el Fitz Roy nos advirtió con furia, mediante un rugido ensordecedor, de que el largo del canal rocoso por el que pensábamos subir estaba siendo tragado en ese momento por un enorme alud que rompía la paz del silencio. Se tragó todo lo que no estaba firmemente anclado a la pared. La nieve, las placas de hielo y los trozos de granito del tamaño de una mesa eran la ofrenda amenazante que el Fitz Roy había depositado a tan sólo 200 metros de nuestra tienda. Tras este sobrecogedor incidente, en cuestión de segundos el silencio volvió a caer, sólo roto por los rugidos del viento.

Nos miramos unos a otros y Adriano dijo:

—Tengo la impresión de que esto no va a ser un paseito entre las flores.

—Menos mal que ha pasado ahora —le contesté, para romper la tensión—. Ahora sabemos que nada más se puede caer de la pared... hasta la próxima avalancha.

Adriano asintió con la cabeza y nos pusimos de acuerdo sobre dónde poner el campamento el día siguiente. No hubo que convencer mucho a Alexia, ya que estaba esperándonos metida en la tienda...

Pasada la noche, montamos el nuevo campamento y salimos rápido como dos cabras montesas. Esto era normal para Adriano y, tan pronto como nos adentramos en el estrecho corredor de granito vertical, nuestros pies tomaron alas.

Nos aseguramos para no pagar con la vida el error de alguno de nosotros. Rápidos y nerviosos, subimos con nuestros piolets y crampones casi sin interrupción, y en sólo tres horas y media estábamos a tan sólo 200 metros de la salida del corredor, a 2.800 metros de altitud. Pensábamos que casi habíamos terminado con las dificultades serias y nos encontrábamos a punto de empezar los últimos y directos 400 metros. Pero eso habría sido demasiado fácil y una falta de respeto a las épicas luchas que otros montañeros habían librado por poner un pie en

estas cumbres.

Habíamos caído en la trampa de nuestro propio entusiasmo y era como si la montaña se riera de nosotros. Antes de emprender esos últimos 400 metros de largos verticales, planeamos que la línea lógica sería más bien por el lado derecho.

Los últimos 200 metros por encima de nuestras cabezas se presentaban casi imposibles, si no era empleando técnicas de escalada artificial. No teníamos ni el equipamiento ni el espíritu para hacer frente a una aventura hacia lo desconocido. Nos miramos el uno al otro y nos dimos cuenta de que era hora de abandonar el ascenso y concentrarnos en el largo descenso, pasando mucho miedo.

Esa misma noche, después de regresar con Alexia a la tienda, otra inesperada llamada de la Patagonia llegó. Un viento huracanado parecía que fuera a empujar la roca de granito que estaba encima de nuestras cabezas y que habíamos elegido para refugiarnos precisamente del viento. Fue una noche llena de nervios y muy desagradable.

Tan pronto como amaneció, recogimos nuestras pertenencias y en seis horas volvimos caminando al refugio de Ricardo, tras haber sentido toda la fuerza de la naturaleza en aquel salvaje rincón del mundo. En sólo 24 horas habíamos tenido que enfrentarnos a avalanchas, errores, viento, miedo y cansancio.

Tuvimos que esperar hasta el 31 de enero para que las fuerzas de la naturaleza nos diesen otra oportunidad, sólo a cuatro días de nuestro vuelo de regreso a casa.

Volvimos a nuestra pequeña tienda al lado de la roca gigantesca. La *Supercanaleta* que se alzaba por encima de nosotros era completamente diferente a la que vimos por primera vez: seca y sin nada de nieve. El viento de las semanas anteriores había limpiado completamente la pared, y llenado las fisuras con hielo. La escalada que nos esperaba sería más lenta y mucho más difícil que la anterior ascensión. Aquella tarde, el cielo estaba despejado, todas aquellas brillantes estrellas nos desearon buenas noches y alimentaron nuestro deseo de seguir con la ascensión.

Antes de que el sol brillara sobre el horizonte, el cielo estaba despejado y Adriano y yo ya estábamos despiertos. Decidimos esperar hasta que hubiera buena visibilidad, así que tras un buen desayuno salimos de prisa de entre los bloques de piedra. Alexia nos acompañó hasta el pie del corredor y nos deseó buena suerte. Por extraño que pareciese, el tiempo era bueno, el cielo estaba despejado y no había viento. Nos pusimos en marcha con rapidez, de nuevo sin cuerda, pero teniendo mucho cuidado de dónde poníamos los crampones para no lanzar hielo al de abajo. No hablamos durante la ascensión, excepto dos veces para decidir dónde salirnos del corredor. Al llegar a la parte superior no queríamos perdernos, como la vez anterior. La escalada se tornó terriblemente difícil, teníamos que subir por el hielo que había entre las fisuras y nuestros crampones resbalaban en aquella roca lisa.

Cada muchos metros de expuesta escalada uno de nosotros se esforzaba por clavar un pitón y seguir adelante. Los brazos cada vez estaban más rígidos y cansados, resoplábamos como dos locomotoras de vapor, haciendo turnos para ir en cabeza. Esto continuó durante varias horas, hasta que nos dimos cuenta de que la línea que seguíamos nos conduciría de nuevo al largo corredor. Nos percatamos, una vez más, de que el lugar adecuado para salir de allí era otra línea diferente a la que habíamos elegido. Ahora lo teníamos claro.

Convencidos de estar por fin en lo cierto, nos las ingeniamos para ir hasta donde pensábamos que las dificultades decrecerían. Pero no fue éste el caso, porque la vía abierta por José Luis Fonrouge es cualquier cosa menos sencilla. Con las grietas llenas de hielo, la escalada se volvió todavía más difícil.

Las horas siguieron pasando y tuvimos nuestra primera caída, sostenidos sólo por una cuerda de ocho milímetros y otra de cinco milímetros.

Mientras uno escalaba, el otro se giró hacia el hielo continental, rezando para que las nubes no nos alcanzasen, y con ellas, la tormenta, con todas sus consecuencias.

A pesar de los errores, la condición de la pared y las caídas, seguíamos avanzando rápidamente. Era por la tarde cuando vimos la arista cimera a nuestra izquierda y los bloques que nos habían impedido continuar. Nos dimos cuenta de que estábamos cerca de la salida, y la energía fresca y renovada nos hizo escalar todavía más rápido. Por fin, llegamos a una parte superior de suave pendiente que consistía en rocas de granito cubiertas por manchas de nieve. Subimos hasta que nos quedaron 200 metros y se podía ver el Cerro Torre. Estaba a la misma altura que nosotros e hicimos unas fotografías. Entonces, en ese mismo momento, como un fantasma, apareció de pronto una nube gris en forma de tormenta, y con ella las ráfagas de viento, primero a pequeña escala. La cumbre, a tan sólo 250 metros por encima de nosotros, de pronto parecía encontrarse a kilómetros de distancia; de inmediato, Adriano comenzó a buscar alguna cueva rocosa donde pudiésemos vivaquear con la esperanza de sobrevivir.

Era demasiado evidente lo que se nos avecinaba, no era sólo una nube pasajera, como uno a veces puede esperar en los Alpes.

Las ráfagas de viento se hacían cada vez más fuertes y persistentes y ambos aún no habíamos encontrado un lugar seguro donde refugiarnos. No habíamos comido ni bebido nada desde la mañana y, dada la velocidad a la que nos habíamos estado moviendo, sin duda teníamos nuestras reservas de energía bajo mínimos.

Al final encontré una grieta horizontal 40 centímetros de ancho.

La parte inferior era como una boca con los labios haciendo pucheros. Miré dentro, como un dentista hace con su paciente, y vi que la grieta tenía dos metros de profundidad, pero seguía siendo muy estrecha. Decidimos meternos como pudiéramos debajo de este bloque de piedra, usando las cuerdas como improvisados colchones y las mochilas como almohadas.

Este refugio providencial nos salvó de la tremenda tormenta que itos azotaba con tal fuerza que hasta el Fitz Roy parecía temblar. Comer, beber y orinar perdieron toda importancia. Allí nos sentíamos seguros, mientras que fuera los huracanes nos estaban buscando.

Después de seis horas, la tormenta decidió irse. Las nubes y la niebla se quedaron para hacernos compañía durante las últimas horas de la noche, justo cuando la nieve comenzó a caer. De repente, el viento amainó como si alguien hubiera accionado un interruptor. Parecía un truco de magia, porque el cambio fue repentino. Salimos de nuestro refugio asomando la cabeza con cuidado, comprobando que la ira del gigante se había calmado y nos daba una oportunidad para tratar de salvarnos. Nos arrastramos hacia fuera, preparamos de nuevo nuestras mochilas y, como un último giro del destino, caminamos hacia la cumbre tranquilamente; sólo después de hacer unas fotografías, con las primeras brumas del día empezamos a pensar en el descenso. El plan original había sido regresar por la ruta franco-argentina, más corta y rápida, pero ninguno de los dos la conocía. La escasa visibilidad hizo imposible adivinar su posible dirección: tal descenso sería un salto en la oscuridad.

Mirándonos a la cara, decidimos confiar en la memoria y volver a bajar por la peligrosa *Supercanaleta*. Era la parte de la montaña que mejor conocíamos y que ofrecía mayor posibilidad de supervivencia. Sólo teníamos unos pocos pitones y uno o dos friends (material técnico que se introduce en las grietas y proporciona anclaje). Mi altímetro marcaba 2.245 metros, por lo que descender iba a llevarnos un montón de rápeles de cincuenta metros que tendríamos que fijar nosotros mismos. Descendimos de la parte superior de la pared y di gracias a la niebla por habernos ocultado la caída de casi dos kilómetros que teníamos por debajo de nosotros. Empezamos a bajar a toda velocidad para evitar exponernos a los peligros de ese corredor oscuro durante más tiempo del necesario. En primer lugar, un pitón y luego un pico saliente de la roca; a continuación, un

empotrador, luego un friend, un tornillo de hielo, un cordino y a repetir una y otra vez la misma operación con el equipo cada vez más reducido y tan rápido como si estuviéramos en una prueba contrarreloj, como si tratásemos de escapar de una bomba. De este modo llegamos al enésimo rápel por una fisura de granito. A mitad de camino había una repisa pequeña cubierta de nieve y por debajo otra sección vertical. Sin embargo, ahora se podía ver el *couloir* de hielo que se había formado en la mitad inferior de la ruta y sabíamos que a partir de allí hasta abajo había una gran cantidad de anclajes antiguos y pitones de ascensiones e intentos anteriores.

Adriano colocó nuestra última clavija. Era fina y de color negro. El sonido al entrar en la roca tras ser golpeada por el martillo era tranquilizador.

Adriano dejó caer los 50 metros de cuerda de ocho milímetros, atado a su hermanita de cinco milímetros. Rapeló a toda velocidad y se encontró en la parte de abajo con piedras sueltas y lenguas de hielo que apuntaban al abismo. Pero cerca de allí parecía que podíamos arreglárnoslas para instalar nuestro último rápel.

Ahora me tocaba a mi rapelar de la fina cuerda que nos estaba llevando a la seguridad del suelo, pero tras unos metros me encontré en el vacío agarrado sólo a la mano del destino. Un breve y seco sonido metálico indicaba el repentino fallo en el seguro del cual dependía mi vida. Estaba en mitad del aire sin nada que me anclase a este mundo.

Con una reacción instintiva, me giré hacia el vacío y los cientos de metros que tenía por debajo de mí. En esa fracción de segundo vi a medias el borde de la lengua de hielo en la que se encontraba mi amigo y, como un gimnasta tras realizar su último salto mortal, caí a escasos centímetros del borde del hielo, posándome en silencio. Contuve la respiración para no perder el equilibrio, mientras la cuerda con la clavija todavía volaba por encima de la cabeza.

Miré a Adriano, levantando los párpados lentamente. Tenía miedo incluso de que un pequeño movimiento alterara mi equilibrio, o tal vez no quería ver la expresión en el rostro de aquel que había puesto el pitón y colgado de él primero.

A medida que nuestros ojos se encontraron grité enérgicamente: —¡Al diablo! ¡Ahora tenemos una clavija extra!

Los ojos de Adriano se abrieron con asombro, aún estaba conteniendo la respiración. Pero después de ese chiste inesperado, dejó salir el aire que contenía en su pecho diciendo:

—Entonces tráela, porque necesito una más y ya no nos quedan.

Recogí las cuerdas, que estaban todavía enganchadas a mi arnés, separé el preciado pitón y trepé hasta donde él se encontraba. Cuando llegué, me di cuenta de que no estaba bromeando y que sólo ese pitón nos permitiría afrontar el siguiente rápel. Después de esto, ya no nos quedaba nada de material...

Puse yo mismo el seguro y casi rompo el martillo al golpear con fuerza para que se incrustara bien en la roca.

Bajé el primero, hasta tocar con mis crampones el hielo verde del corredor. Utilicé toda la longitud de las cuerdas y todavía recuerdo el color verde de la más gruesa y el color rojo de la auxiliar, tan fina como un espagueti.

Justo en ese punto, vi la reunión que habíamos utilizado en los dos intentos en los que no tomamos el camino correcto.

¡Ya casi lo habíamos conseguido!

Como ya no nos quedaba material, tendríamos que confiar en encontrar todos los seguros hasta la base de la pared. Los mismos que nos habían permitido realizar el descenso hacía un mes.

Cada seguro que habíamos subido cientos de metros, colocado y que podría salirse, como había sucedido anteriormente, era lo que nos iba a permitir sobrevivir.

No había ni tiempo ni ganas para celebraciones y seguimos concentrados al máximo en los siguientes quince rápeles a velocidad del rayo hasta que nos encontramos caminando hacia nuestra pequeña tienda, por fin fuera de peligro. Cuando volvimos a ver a Alexia, todos nos abrazamos, y luego Adriano y yo nos dimos la mano, mirándonos fijamente a los ojos. Un segundo o dos más tarde, Adriano puso la otra mano sobre mi hombro y empezó a asentir. En veinticinco horas habíamos subido y bajado del Fitz Roy, vivaqueando durante seis horas. Habíamos sobrevivido a todas las fuerzas de la Patagonia.

Es evidente que me habría muerto sin esa repisa pequeña y un aterrizaje con mucha suerte, y en tal caso Adriano se habría quedado abandonado en mitad de la pared, sin tan siquiera un metro de cuerda que poder utilizar. Moverse hacia arriba o hacia abajo en esas circunstancias habría sido como jugar a la ruleta rusa con cinco balas en el arma.

La supervivencia está a menudo condicionada por circunstancias que están fuera de nuestro control, tales como el hambre, la pobreza o la enfermedad. En otras ocasiones, viene determinada por el resultado de nuestras propias decisiones, como en el Aconcagua o esta vez en el Fitz Roy. Cómo salir vivo depende de nuestra voluntad, pero también implica tener buena suerte. Es esta combinación de elecciones personales y de buena suerte la que escribe nuestra historia.

Por segunda vez, después de la experiencia con Lorenzo Mazzoleni en Argentina, había estado muy cerca de la muerte, pero algo me había sacado de sus fauces. Sin embargo, abandonar el alpinismo no habría supuesto ninguna garantía de seguridad, ya que el frío aliento de la muerte llega siempre de forma inesperada, ya sea colgado de un seguro, ya sea disfrutando de todas las comodidades del hogar.

Participé en dos expediciones más en 1996. Nunca me he dejado intimidar por la cara de la muerte, ni tampoco por sus amenazantes silencios.

Creo que cada uno de nosotros es como un libro, y todos juntos hacemos una espléndida colección que no estaría completa sin nuestra pequeña contribución. Podemos decidir qué lugar queremos ocupar en esa colección o en qué queremos especializarnos. También pueden influir otros aspectos en nuestras vidas, factores indirectos que enriquecen el mosaico que nos compone. Preguntarse a uno mismo si es posible influir en esa mano invisible que dirige el juego de la vida es algo que todos nosotros nos hemos planteado alguna vez. No he encontrado una respuesta a esto, pero sí he sacado algunas conclusiones personales. El hecho de que exista un algo intangible e indefinido es, sin embargo, un elemento en la vida que me fascina y se suma a su magia.

En mayo fui al Himalaya para escalar el Dhaulagiri (8.167 metros), pero no pudimos llegar a la cumbre debido a las extremas condiciones meteorológicas. Más tarde, durante el otoño, fui al Tíbet para intentar el Shisha Pangma (8.013 metros).

Había llegado el momento de conocer a Anatoli Bukreev, el hombre que iba a influir en mi carrera como alpinista, y que, sobre todo, me

cambió como persona.

EL GIGANTE DE, KAZAJISTÁN: SHISHA PANGMA, OTOÑO DE 1996

Yo era el líder de una expedición formada por nueve alpinistas italianos. Además de Alexia y Adriano, estaban Silvio Mondinelli, con quien había subido al Lhotse en 1994 e intentado el Kangchenjunga el año siguiente; Paolo, Domenichino, Enrico y Renato, conocidos como el Cuarteto, y Renzo Carrara, el legendario guarda del refugio Albani, al pie de la Presolana. Todos contribuían a que el grupo saliera contento a escalar el más pequeño de los *ochomiles*.

Llegamos al campo base a 5,000 metros usando un minibús y un *jeep* desde Lhasa.

Tras dos jornadas, continuamos empleando yaks para transportar la comida y el equipo de escalada hasta los 5.300 metros.

El proceso de aclimatación y la ascensión para establecer campamentos de altura se puso en marcha. El cielo estaba casi siempre despejado, pero había vientos fuertes que ocasionaban ventiscas en la nieve. Cada semana caían también fuertes nevadas que hacían inútiles todos nuestros esfuerzos y nos obligaban a tener las palas a mano para que nuestras tiendas no quedasen completamente sepultadas bajo la nieve.

Había también otras expediciones en el campo base. Recuerdo dos francesas y una rusa. Por lo tanto, cuatro grupos de montañeros deseábamos llegar a la cima de esa espléndida montaña en este aislado lugar del Tíbet.

Esta bella montaña, sin embargo, rechazó a todos sus pretendientes, a pesar de haber empleado un mes en intentar subir por ella. Sólo nos quedaban unos pocos días antes de nuestra cita con el grupo de tibetanos que pronto regresarían hasta el campamento base con los yaks. Nuestro regreso, con el consiguiente fracaso para la expedición, aparecía a la vuelta de la esquina.

Ninguno de nosotros había conseguido subir más arriba de los 7.400 metros, y durante la última semana el viento iba siendo cada vez más fuerte. Subí hasta el campo I a 6.000 metros en lo que sería nuestro último intento. Mis compañeros estaban usando sus esquís de travesía con piel de foca, pero yo había dejado los míos a 7.000 metros durante el intento anterior.

Después de dormir, salimos hacia el campo II, a pesar del intenso frío y del viento. Sin esquís con los que deslizarme sobre la nieve fresca y, por lo tanto, más lento que mis compañeros, traté de encontrar un ritmo regular, a paso ligero, contando siempre 40 pasos y descansando después para compensar la escasez de oxígeno.

Delante de mí encontré una silueta solitaria que se movía en silencio. Parecía un hombre escalando la montaña. Seguramente, había salido unos diez minutos antes que nosotros de una de las tiendas levantadas cerca de nuestro campo I. A decir verdad, no nos habíamos dado cuenta de la presencia de nadie durante la tarde o la noche anterior, ni habíamos oído ningún sonido por la mañana. Tal vez el fuerte viento que había azotado nuestra tienda en todo momento ocultó el sonido de cualquier presencia extraña.

Se movía de modo lento y constante, pero lo que me sorprendió fue la enorme mochila que llevaba a la espalda.

Mi ritmo era más rápido que el suyo, probablemente debido a que mi carga era más ligera que la suya y porque estaba aprovechando sus huellas en la nieve fresca. Yo contaba sin parar hasta 40 mentalmente y disfrutaba de las pausas para tomar aliento cuando le alcancé a 6.400 metros. Era un hombre de casi dos metros de altura, y había estado abriendo huella solo durante más de una hora. Se volvió hacia mí y sonrió.

-Hola –dijo con un guiño.

-*Ciao* –le respondí.

En inglés, le di a entender que ahora yo iría al frente y haría el trabajo duro de abrir huella en la nieve profunda. Él estuvo de acuerdo.

Mi ritmo no cambió, sólo la distancia recorrida entre las pausas. Ahora contaba 30 pasos debido al esfuerzo físico extra requerido y seguí concentrándome en llegar al campo II, a 7.000 metros.

Llegué temprano aquella tarde, siempre abriendo huella, dejando al hombre atrás.

Una vez en la tienda, empecé a preparar algo de beber y me metí en el calor de mi saco de dormir.

Alrededor de una hora después, oí los pasos de alguien que se acercaba a la tienda y que anunció su presencia con un “Hola, italiano”. Yo le respondí con un “Pase, por favor”.

El hombre abrió la cremallera y se introdujo en la tienda con la cabeza llena de hielo incrustado. Luego se quitó un guante y me ofreció su mano. Le di la mía sin entender plenamente el significado de su gesto.

-Gracias por el trabajo de hoy. Perdóname, pero llevaba una mochila muy pesada y no podía relevarte.

-Dios mío –le respondí-. No hay de qué. Ya habías hecho tu parte del trabajo antes de que me encontrase contigo.

-De todos modos, gracias. Mi nombre es Anatoli Bukreev.

-Encantado de conocerte. Soy Simone.

Así fue como uno de los más grandes escaladores del Himalaya de la historia se presentó. Diciendo “Gracias”. Fue probablemente esa actitud y aquel gesto, que me sorprendió, lo que me hizo sentir inmediata simpatía por Anatoli.

El alpinismo en el Himalaya está lleno de individuos que se quieren lucir como pavos reales o se comportan como chacales cuando se trata de hacer favores, y he sugerido en persona tales actitudes.

Analicé con Anatoli cuáles serían los planes para el día siguiente. Nos gustaría subir a 7.400 metros, donde un grupo de escaladores rusos había estado esperando cuatro días dentro de sus tiendas a que el viento amainase. A esa altitud, pretendíamos montar nuestra propia tienda de campaña y al día siguiente llegar a la cumbre. Pero las condiciones meteorológicas tenían sus propios planes, muy diferentes de los nuestros.

Al día siguiente, sólo pude hacer una hora de escalada con algunos de mis compañeros y luego tomamos la decisión de descender al campo base y dismantelar los campamentos intermedios que estaban de camino. Nuestra expedición había terminado debido a la fuerza del viento, que continuaba siendo terriblemente peligroso. Anatoli emprendió la subida un poco antes que nosotros, pero estábamos convencidos de que llegaría a la misma conclusión y se uniría a nosotros esa noche en la base de la montaña.

Pero eso no fue lo que pasó.

Al día siguiente, cuando estábamos discutiendo la forma de empaquetar todo nuestro equipo y mantener nuestra cita con los yaks, vi un punto que, muy lentamente y en medio de la tempestad, se estaba moviendo en dirección a la cumbre por la arista interminable desde el campo III, a 7.400 metros de altura.

¡Era Anatoli! Recordé el color de su ropa y, tomando los prismáticos de gran alcance que teníamos en el campo base, me concentré en el punto. Verdaderamente, quien se movía era aquel hombre que me había dado las gracias, y me di cuenta de que el día en que yo había renunciado a subir, él había seguido hasta el campo en el que estaban sus compañeros rusos, para después continuar solo camino de la cima.

Estaba luchando completamente solo contra el viento y las bajas temperaturas, lo que significaba que sus compañeros tampoco habían tenido ganas de salir a intentar la cumbre.

Ese minúsculo punto se convirtió en lo único que importó durante todo el día, y a pesar de las observaciones y los pronósticos

meteorológicos de los escaladores en el campo base, todos estábamos observando ansiosamente el resultado de aquella batalla.

Personalmente, me sentí muy pequeño en comparación con la fuerza y la increíble determinación mostrada por aquel hombre allí arriba.

Dejé de embalar nuestras cosas. Lo que estaba viendo causó tal impresión en mí que no quería volver a casa, estaba aprendiendo que se puede gastar hasta la última gota de energía y agotar todas las capacidades de la resistencia.

Esa noche, ante la incredulidad y el asombro general de los testigos de aquella demostración de fuerza, el punto llamado Anatoli Nikoláyevich Bukréyev subió hasta la cima Norte del Shisha Pangma. Fue el primer hombre en toda aquella temporada postmonzónica que consiguió alcanzar esa cima, en solitario y en estilo alpino.

Eso fue una elegante bofetada en la cara y una lección para todos. Recogí mi equipo de escalada, lo reduje al mínimo necesario y le dije a Renzo que al día siguiente iba a subir para intentar la cumbre otra vez. Por radio, hablé con Alexia y Adriano, que se habían quedado en el campo base avanzado a 5.800 metros, ultimando los preparativos para marcharnos. Les convencí para que se quedasen donde estaban y hacer el último intento conmigo. No resultó nada difícil convencerles, dada su mentalidad deportiva y competitiva. Unas horas más tarde, nuestras ganas también persuadieron a Silvio, Paolo y Domenichino.

A las 12:30 del 11 de octubre, los seis estábamos en la cima Norte del Shisha Pangma después de un ascenso sin escalas desde el campo base. Hicimos un descanso de un par de horas a 7.000 metros, pero la marcha iniciada a 5.300 metros terminó a 8.008 metros. Después de diez minutos en la cima bajamos al campamento base. En 27 horas de escalada real habíamos subido y bajado la misma montaña que habíamos estado cortejando durante tanto tiempo. Este ascenso sólo pudo llevarse a cabo gracias al ejemplo dado por Anatoli.

Lo encontramos en nuestro camino hacia la cumbre, exactamente a 7.000 metros, cuando regresaba de su triunfo personal. Todavía tenía la misma mochila pesada, y además había atado a ella dos esquís de montaña Trabucchi que había encontrado por el camino, sin saber (y todavía no se sabe) de dónde vinieron. Nos preguntó cuánto valdrían estos esquís extremadamente ligeros y lamentó no poder hacer uso de ellos durante el descenso, ya que tenían fijaciones que sólo se podían utilizar empleando botas diseñadas específicamente para ello. De este modo, Anatoli no sólo había escalado sin compañeros o con un equipo de apoyo, sino que también había limpiado la montaña de objetos abandonados en ella.

Nosotros, sin embargo, bajamos esquiando desde los 7.200 metros en tan sólo cuatro horas, gracias precisamente al tipo de material que el gigante kazajo había encontrado abandonado. Teníamos los esquís, las fijaciones y las botas especiales, pero no fuimos a la cumbre hasta que alguien nos mostró que ello era posible. Sólo una persona sin juicio o irreflexiva podría no haber aprendido una importante lección al final de aquella expedición, y con un encuentro tan especial.

Cuando todos bajamos hasta el campo base nos enteramos de que los rusos, que habían estado cerca de una semana a 7.400 metros, también habían subido a la cima. Luego empezamos a dismantelar el campamento y a prepararnos para el regreso.

Recuerdo haber sido muy feliz durante la caminata de 32 kilómetros que separan el campo base y el lugar donde los *jeeps* y camiones vendrían a recogernos. Caminé junto a Anatoli y fue entonces cuando realmente comenzó nuestra amistad. Hablamos sin parar todo el día. Durante un descanso a medio camino, Adriano, Alexia y Renzo se nos unieron. Me alegro de conservar la foto que nos hicimos entonces. Tiene un gran significado para mí y me recuerda aquella larga y agradable conversación. Hablamos de todo tipo de cosas, no sólo de las montañas. Nos hicimos muchas preguntas y después de unas horas decidimos que en el futuro haríamos alguna expedición juntos.

No hubo ninguna de esas frases que a veces nos esforzamos por decir para ser amables. Sentí que compartíamos los mismos objetivos y el entendimiento de nuestras vidas como montañeros. A pesar de las enormes diferencias entre nuestras culturas y orígenes, nos dimos cuenta de que la montaña nos había concedido una amistad nueva, que yo estaba ansioso por desarrollar.

Además, durante la espera en las aduanas de China y Nepal, cuando nos bajamos de nuestros vehículos polvorientos, los italianos y los rusos estuvimos siempre juntos. Además de Anatoli, en esa expedición también conocí a otro personaje maravilloso, Yevgeny Vinogradsky, de Ekaterimburgo, quien todavía sigue siendo un verdadero amigo y un recuerdo vivo de aquel primer encuentro con Anatoli.

Ambas expediciones tuvimos que quedarnos en Katmandú unos días, lo que nos brindó la oportunidad de cenar todos juntos y pasar algunas horas caminando por las ruidosas calles de la capital nepalí. Fue entonces cuando una idea tomó forma.

Después de haberlo insinuado tímidamente durante esos kilómetros a pie en el Tíbet y durante las pausas en nuestro viaje de regreso, el proyecto de hacer la travesía Lhotse-Everest se convirtió en definitivo. Ambos soñábamos con hacer realidad la idea de subir la cuarta y la primera montaña más altas del planeta.

Nadie lo había intentado tan siquiera, pero los dos deseábamos probarlo. Era un sueño tan bonito que al menos lo teníamos que intentar. Preparar un proyecto tan ambicioso se convirtió en la ocupación de aquel invierno, durante el cual dedicamos una cantidad considerable de tiempo a buscar patrocinadores y hacer los preparativos.

Así que después del Shisha Pangma nos separamos, con la promesa de mantenernos en contacto y de reunirnos para organizarlo todo y entrenar juntos. Volví a Italia, mientras que Anatoli se fue a Almaty, en Kazajistán, y más tarde a Santa Fe, en Estados Unidos, donde vivía su pareja, Linda Wylie.

Estaba entusiasmado con este nuevo compañero. Desde 1992, el año de mi primera expedición, había escalado con un montón de gente: Lorenzo, Silvio, Adriano y Rakoncaj Josef de la República Checa. Con algunos de ellos todavía mantengo una amistad muy fuerte. Pero, sea por las situaciones laborales, por el destino o por el estilo de vida, nunca había sido capaz de tener un compañero estable y siempre andaba buscando un compañero de escalada incondicional, alguien a quien poder llamar en cualquier momento para proponer una escalada y recibir un sí por respuesta, y viceversa.

Encontrar ese completo entendimiento en el montañismo de altura es algo que sucede muy rara vez y, por desgracia, casi nunca más de una vez en la vida. Es más fácil perder una amistad en una expedición que hacer una nueva.

1996 me trajo a Anatoli Bukreev y se llevó a Lorenzo Mazzoleni, muerto en el K2. Nunca he comprendido las circunstancias en las que ocurrió y, tal vez por la mala relación que ya tenía antes de esa fecha con el líder de la expedición, siempre he evitado averiguar los detalles. El hecho es que, una vez más, la poderosa mano del destino había decidido quitarme algo, pero también me concedió algo importante, tendiéndome una nueva mano.

LA GRAN TRAVESÍA

En enero de 1997 me encontraba en Aspen, Colorado, durante un periodo de entrenamiento y diversión entre escaladas en hielo y descensos con esquís por aquellas montañas fantásticas. En aquel mes realmente maravilloso pude también hacer realidad mi anhelado deseo de reencontrarme con Anatoli y entrenar juntos. Conmigo fueron Miguel Ángel y Paulino, los amigos de San Pellegrino, para quienes nunca había suficiente cantidad de esquí ni de saltos en la nieve polvo de Colorado.

Un día los dejé con sus deportes de invierno y alquilé un coche para conducir sin parar durante veinticuatro horas hasta Santa Fe, en Nuevo México. En el mapa de Estados Unidos parecía estar cerca, pero no me fijé en su tamaño o en el de la escala del mapa. Fue un verdadero maratón de conducción y elegí el día equivocado, porque hubo mucha nieve durante gran parte del camino.

Finalmente llegué a la casa de Linda, donde Anatoli me estaba esperando. Fue un encuentro cálido y muy amistoso. Me ofreció café, me preguntó sobre el viaje y mi familia, y poco después me invitó a salir a correr con él. No me encontraba, de ningún modo, en la mejor forma para ello, pero no podía rechazar la invitación.

Todavía me acuerdo de lo larga y sería que fue aquella carrera.

Los dos nos estábamos poniendo a prueba y ese día fue decisivo en la consolidación de nuestra mutua confianza acerca de nuestra capacidad de resistencia. Recuerdo a Bukreev intentado encontrar el camino que había perdido sin decírmelo, pero al final me lo dijo y entre los dos lo encontramos. Cuando al fin llegamos a casa habíamos estado tres horas corriendo por montañas de hasta 2.500 metros de altura alrededor de la ciudad. Teníamos hambre y sed, y durante la última media hora habíamos salvado varias vallas para acortar el camino y así reducir la distancia. Casi nunca aflojamos el ritmo para no mostrar signos de cansancio.

Durante la tarde y la noche estuvimos mucho menos activos y más proclives a hablar de los aspectos menos físicos de nuestro próximo proyecto.

Programamos el intento de la travesía Lhotse-Everest para los meses de abril y mayo de ese mismo año, pero Anatoli debía llegar a Nepal a principios de marzo con un grupo de escaladores de Indonesia, con quienes se había comprometido a actuar como entrenador y técnico, y además sería el seleccionador final antes de su intento de cumbre. Ésta era su única manera de ganarse la vida sin renunciar a las montañas. No tenía buenos contactos con los patrocinadores, a excepción de un regalo de vez en cuando de material o de alguna cantidad simbólica de dinero.

Me quedé varios días en el hogar de Linda y Anatoli, y al mismo tiempo que entrenábamos fuimos estudiando en profundidad muchos proyectos de alpinismo, proyectos profesionales, y, de hecho, empezamos a planear algunos de ellos.

Recuerdo que me levanté temprano el día que tenía planeado volver a Aspen. El sonido de pesados y regulares golpes procedentes del exterior me había sacado de mi profundo sueño. Abrí los ojos y vi que los primeros rayos del sol ya iluminaban el día. Los golpes continuaban y despertaron mi curiosidad. Me asomé a la ventana para ver qué estaba pasando. Para mi sorpresa, vi a Anatoli completamente desnudo, con los pies descalzos en la nieve y un hacha en la mano con la que cortaba leña. Me froté los ojos como un niño con sueño y lo vi dejar el hacha. Dio dos pasos y puso la mano en una olla llena de agua que había estado fuera de la casa desde la noche anterior. Con la mano, quitó los tres centímetros de hielo que se habían formado en su superficie a causa del frío y los arrojó a la nieve. Luego agarró la olla y vertió el agua helada sobre sí mismo. Tras esto, empezó a frotarse todo el cuerpo con la nieve y luego entró en la casa para secarse y vestirse. Mientras hacía todo esto, se había dado cuenta del espectador de la ventana y, riendo, continuó con su delicado ritual matutino.

Diez minutos después llamó a la puerta de mi dormitorio y me invitó a desayunar. Había encendido la estufa con la leña que acababa de cortar y a su calor preparó el café. Linda no se había ido esa mañana temprano, como de costumbre, porque quería despedirse y había preparado algo de comida.

Anatoli iba a venir conmigo a Aspen y luego a Boulder, donde nos reuniríamos con Gary Neptuno y otros amigos, que nos querían ofrecer una atractiva plaza en sus expediciones veraniegas al Broad Peak y al Gasherbrum II, en Pakistán. Yo no estaba seguro de si podría aceptar debido a compromisos previos ya adquiridos.

Después de la reunión sobre la expedición a Pakistán, Anatoli tuvo la brillante idea de presentarnos, a su manera, a un amigo muy cercano. Siguiendo sus instrucciones, fuimos a un supermercado, compramos algunas pizzas congeladas y, sin previo aviso, nosotros dos —además de mis amigos Miguel Ángel y Paulino— aparecimos con nuestras compras a la hora de cenar en casa de Kevin Kooney.

—Para ahorrarnos problemas hemos traído nuestra propia comida —dijo Anatoli a la esposa de Kevin, que estaba esperando su primer bebé.

Los dos eran muy cordiales y amables. Casualmente, esa noche esperaban a otros invitados de un momento a otro, y estoy convencido de que cuando abrieron la puerta esperaban ver a sus invitados, en lugar de a cuatro alpinistas con los gorros calados hasta las cejas y con las manos llenas de pizzas.

Anatoli nos presentó a Kevin y éste nos invitó a sentarnos en el sofá. Delante de él había una mesa de café maravillosamente presentada con platos repletos de aperitivos y golosinas de todo tipo que despachamos casi por completo, dado el enorme apetito que habíamos reservado para esta comida. Los invitados llegaron más tarde y se portaron muy generosamente, acomodándose enseguida a la presencia de esos cuatro exaltados.

Mientras tanto, gracias al microondas las pizzas estaban listas y las comimos sentados en el sofá. Sólo después de tener el estómago lleno nos dimos cuenta de que realmente estábamos molestando un poco, y que además habíamos elegido una mala noche. Se lo susurré a Anatoli y le expliqué la situación. Él recibió el mensaje, aceptó mi sugerencia y salimos rápidamente de escena. Creo que nuestra despedida fue un alivio para Kevin y su esposa, pero no sabían que aún íbamos a tener con ellos otro gesto lleno de *clase*.

Además de las pizzas para calentar, los italianos tuvimos la idea de llevar un gran trozo de queso parmesano, como contribución a la comida. Ésta fue la única cosa agradable que habíamos dejado en casa de Kevin después de nuestra visita. Tras las despedidas, salimos por el caminito del jardín hacia donde habíamos aparcado el coche, pero de pronto alguien se acordó del preciado queso y lo mencionó en un tono afligido y en voz alta. Probablemente la palabra «Parmigiano», repetida como un lamento una y otra vez por los cuatro vagabundos fuera de la casa, hizo que la esposa de Kevin apareciese en la puerta de su casa con el queso entre las manos y nos lo devolviese. Fuimos lo suficientemente maleducados como para aceptarlo, dando las gracias.

Al día siguiente, Anatoli y yo nos separamos y fijamos una cita en primavera en el campo base del Everest. La travesía Lhotse-Everest iba a ser nuestro proyecto.

En su libro *Mal de altura (Into thin air)*, Jon Krakauer escribe acerca de nuestra expedición, así como de los trágicos acontecimientos que

ocurrieron el invierno siguiente en el Annapurna. El escritor norteamericano, que afirma haber llevado a cabo investigaciones detalladas en su famosa «verdadera historia» sobre la tragedia del Everest en 1996, no se ha puesto en contacto conmigo ni una sola vez, y tampoco se ha disculpado en modo alguno por las informaciones vertidas en su libro. Puesto que soy la única persona viva que compartió con Anatoli esas experiencias en el Lhotse y el Annapurna, su *best seller* demuestra una total falta de credibilidad. Su habilidad como escritor quizá le llevó a perder de vista los hechos objetivos sobre los cuales trata su libro. Por otra parte, su experiencia en altitud es absolutamente cero, así que no voy a decir nada más acerca de su libro. Hago estas observaciones negativas sólo por el bien de la verdad. De hecho, aunque hasta ahora no haya contado mi versión sobre lo que ocurrió en 1996 durante nuestros ascensos al Lhotse y Annapurna, Krakauer lo menciona en el epílogo de *Mal de altura*.

VENTISCA EN EL LHOTSE

En la primavera de 1997 Anatoli llegó a Nepal un mes antes que yo. Como ya he explicado, él estaba trabajando para un equipo bien organizado y equipado de montañeros de Indonesia, que pretendía ser el primero en la historia de su país en pisar la cima del Everest.

Yo estaba en el pueblo de Namche Bazar cuando coincidimos por casualidad. Nuestro acuerdo había sido reunimos en el campo base del Everest, y no esperaba encontrarme cara a cara con él a mitad de camino. Sin embargo, fue una agradable sorpresa, y después de un primer saludo muy cordial le pregunté qué estaba haciendo por allí.

—He estado en la cima del Everest con tres indonesios —dijo—. Uno de ellos llegó a la cima, pero a los otros dos les hice dar la vuelta a sólo unos minutos de la cumbre. Estaban agotados y llegaron más tarde del plazo que habíamos acordado. Fue un éxito y estoy satisfecho.

—¡Bien hecho, Anatoli! Has hecho muy bien. ¿Cómo estaba la montaña?

Entonces él me dio un informe detallado sobre la situación en el Everest y el Lhotse. Tras esto, empezamos a trabajar sobre nuestra estrategia para la subida.

—Pero todavía no me has dicho qué estás haciendo aquí —dije, cuando habíamos terminado.

—Voy a Katmandú para satisfacer a las altas jerarquías militares indonesias que proporcionaron la financiación y la planificación para esta expedición. También será una oportunidad para descansar y recuperarme.

—¡Toli! Entonces, ¿cómo lo hacemos?

—Voy a estar de vuelta en el campo base en una semana, diez días como máximo. Intenta aclimatarte todo lo que puedas.

En ese momento, se detuvo y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Sacó una hoja de papel bien doblado y me lo dio vacilante.

—Aquí, Simone, te he escrito mis sugerencias para conseguir la suficiente aclimatación para nuestra expedición. Sé que has estado a menudo en el Himalaya y tal vez no necesites mi consejo...

—No te preocupes, no voy a sentirme ofendido, de todos modos quiero ver si tus sugerencias están en sintonía con mis planes.

Cogí el trozo de papel y sin abrirlo lo puse en mi carpeta.

—Siento no poder estar ahí contigo —agregó Anatoli—, pero sé que te las puedes arreglar tú solo en la montaña.

Estuvimos cenando en Thamskeru Lodge, charlando alegremente sobre distintos aspectos de su ascenso y lo que nos esperaba. No tocamos el tema de la hoja de papel. Sólo mencionó que la última etapa de mi aclimatación supondría alcanzar el collado Sur, a una altura de 8.000 metros, donde era importante comprobar que seguía en su sitio la tienda de campaña que había dejado allí para nosotros durante la travesía.

Debido a la conversación, aquella noche nos acostamos tarde. Al día siguiente desayunamos juntos y luego nos despedimos. Nos reuniríamos de nuevo en el campo base y entonces sería el momento de la verdad para nuestra travesía Lhotse-Everest.

Cuatro días más tarde llegué al campo base a 5.300 metros. Tenía el apoyo logístico de una expedición italiana, que también estaba allí con el propósito de investigar los efectos de la altitud. Yo había pagado mi parte para ser incluido dentro de su permiso de escalada y para mis comidas durante mi estancia en el campo base. Durante el periodo de aclimatación, alguna vez me beneficié de la hospitalidad de su gran tienda de campaña en el campo II, a 6.400 metros de altura.

Seguí fielmente las instrucciones escritas por Anatoli. Confiaba en él como él hizo conmigo y no sentí ningún complejo de inferioridad al seguir su conveniente, generosa y planificada guía de entrenamiento. Juzgaba a Bukreev físicamente más fuerte y con más experiencia que yo, mientras que yo me consideraba más técnico. Nuestra complicidad se basaba en esta comprensión y en un honesto acercamiento. En esta planificación de la travesía también habíamos tenido en cuenta nuestras características personales y deportivas. Mi parte iba a ser la más técnica, la cresta Norte del Lhotse que va desde la cumbre de 8.516 metros hasta el collado Sur, a 7.986 metros. Esta sección de la cresta nunca había sido escalada por nadie.

Él, por otra parte, además de haber instalado ya la tienda de campaña en el collado Sur, a la que se suponía que yo tenía que echar un vistazo, decidiría el calendario y marcaría el ritmo de la subida y la bajada hacia Tibet.

De hecho, nuestro plan era descender por el lado opuesto de la montaña desde el que pensábamos empezar: desde Nepal bajaríamos a Tibet para hacer la travesía completa. Anatoli había subido también esa cara del Everest y su conocimiento personal sería muy valioso para nuestro proyecto.

Completé todas las etapas indicadas en el pedazo de papel que Anatoli me había dado. También comprobé que seguía en su lugar la pequeña tienda y observé con satisfacción que había resistido bien todo el tiempo que se había quedado allí sola, y que no había sido utilizada por nadie en el más elevado collado de la Tierra.

De regreso al campo base, tenía previsto pasar tres días descansando, con la esperanza de ver aparecer después a Anatoli por encima del borde del glaciar. Sería fantástico tener la suerte de sincronizarnos perfectamente entre el periodo de descanso y el inicio de la acción.

Sólo un día después de lo esperado, mi amigo kazajo regresó de su descanso en Katmandú. Vladimir Baskirov también había venido desde la capital con él, acompañando a Anatoli de nuevo hasta el campo base. Baskirov era el líder de una expedición rusa que tenía como objetivo intentar la ascensión de la cumbre central del Lhotse, una cima rocosa y virgen que era el punto más alto en la Tierra donde el hombre aún no había puesto el pie.

Anatoli se incluyó en su permiso para subir a la cumbre principal. En cuanto al Everest, su permiso de temporada con los indonesios estaba todavía en vigor, mientras que yo estaba incluido en una expedición internacional organizada por Asia Trekking. Para la cara Norte, compartimos el permiso que una expedición kazaja tenía para afrontarla.

Después de reunimos en el campo base, nos quedamos allí dos días más. Anatoli también comió con los italianos y el segundo día lo pasamos con los rusos para tener una charla y preparar una estrategia conjunta para el ascenso. Tenían la intención de subir primero la cima principal del Lhotse, y una vez allí, irían hasta la cima virgen. Por lo tanto, podríamos escalar juntos hasta la cima principal.

Nos las arreglamos para mantener nuestro programa. Los rusos empezaron a subir un día antes que nosotros para afrontar la subida en tres etapas. Una sería hasta los 6.300 metros, otra hasta los 7.400 metros y finalmente otra hasta los 7.950 metros.

Anatoli y yo hicimos las dos primeras etapas como ellos, pero en la tercera haríamos un largo recorrido desde los 7.400 metros hasta la cumbre de 8.516 metros. De esa manera, intentaríamos la cumbre el mismo día que los rusos, pero saliendo desde mucho más abajo. Esperábamos encontrarlos durante los últimos 500 metros, durante su bajada; sin embargo, las cosas fueron un poco diferentes.

Tras dejar nuestro campo III por la noche, Anatoli y yo llegamos a la tienda de los rusos a 7.950 metros, aún en la oscuridad. Subimos más de lo previsto y paramos a calentar agua y preparar algo para beber. Habíamos acordado esta posibilidad con los rusos.

Cuando la luz del día finalmente venció la oscuridad, empezamos a subir hacia la cumbre del Lhotse. Me sentía particularmente en forma y me mantenía cerca de los talones de Anatoli. Se fijó en mi ímpetu y me dijo que conservase mis fuerzas lo máximo posible, porque la siguiente etapa en el Everest exigiría mucha energía y teníamos que mantener una buena cantidad en reserva.

Sin embargo, el ritmo de Anatoli era lo suficientemente rápido como para alcanzar a los montañeros rusos, que se encontraban diseminados entre los 8.200 y los 8.400 metros. Fue en este momento cuando Anatoli se volvió hacia mí y me dijo:

—Simone, me siento cansado. ¿Qué te parece si cruzamos hacia la izquierda y dejo mi mochila en la cresta? De todos modos, tenemos que volver por allí en nuestro descenso hacia el collado Sur.

Sus palabras me sorprendieron. Por un lado, posiblemente fuera una buena idea; por otro, era muy raro que Anatoli estuviese cansado.

—De acuerdo, Anatoli. No hay problema.

Realizamos una travesía hacia la izquierda, escalando hacia la primera de las tres torres en la cresta. El cambio en nuestra ruta era interesante de todos modos, porque podríamos echar un vistazo más de cerca a lo que pensábamos que sería la parte más difícil de la bajada, por la arista Norte virgen.

La travesía no fue fácil en absoluto, pero resultó ser muy útil para poder ver y conocer bien el terreno que deberíamos recorrer más adelante.

Dejamos la mochila de Anatoli, con la comida, ollas y cocina de gas, mientras que yo decidí llevar la mía, ya que contenía la cámara de video, un termo de té caliente, mi cámara réflex y un par de calcetines de repuesto —que en caso de necesidad pueden servir como guantes de emergencia—, una cuerda de Kevlar de 50 metros, unos pocos pitones, mosquetones, un piolet y filtros fotocromáticos para la cámara de fotos.

Volvíamos al corredor principal del Lhotse por un punto superior y comenzamos a subir de nuevo. Una hora después, el cielo se nubló por completo, pero confiábamos en que sólo sería un cambio temporal de las condiciones meteorológicas. En lugar de eso, el cielo se estaba oscureciendo cada vez más y más, ocultando al vecino Everest por completo bajo un manto gris amenazador.

—Sigue tú, Simone. Vete tan rápido como puedas, porque el infierno se va a desencadenar en un minuto. El año pasado hubo una tormenta como ésta. Voy a seguir a mi propio ritmo. No sé por qué, pero no puedo ir más rápido.

No dije nada, pasé al frente y empecé a contar veinte pasos cada vez. Nos movíamos sin oxígeno, pero éramos rápidos. A pesar de habernos desviado para dejar la mochila en la cresta, ya había alcanzado al último de los rusos y en los últimos 300 metros previos a la cima superé a varios más. Máscaras de hielo son el recuerdo que tengo de todos aquellos rostros amables. No reconocí a ninguno de los que había pasado, pero creo que fue Vladimir Baskirov a quien adelanté cuando estaba ocupado con su cámara de video y me hizo una seña para pasar. Parecía lento y cansado, pero me saludó verbalmente y esto disipó mis temores.

La fatiga y la falta de oxígeno fueron mis compañeros inseparables durante esta lucha personal por alcanzar la cumbre. Finalmente, al mediodía, pude ver el final del corredor y la cumbre sobresaliendo a la izquierda. Media hora más tarde me sentaba en la cima del cuarto pico más alto del mundo. Era la segunda vez que estaba allí. Tres años antes había tenido que progresar a través de una tormenta todavía peor que ésta y el sentido común me hizo detenerme a pocos metros de la cumbre para no arriesgarme a caer en el abismo bajo aquella nieve cegadora.

Comenzó a nevar y la niebla nos envolvió tanto a mí como al alpinista ruso que había alcanzado la cumbre antes que yo. Su nombre era Valery Babanov. Nuestra amistad comenzó justo allí y sus grandes aventuras en solitario durante los años siguientes le hicieron internacionalmente famoso.

Sobre la una llegó Anatoli. Estaba visiblemente cansado y con frecuencia se detenía durante el último tramo de la subida. Se acercó y puso su mano sobre mi hombro. Luego dio media vuelta y se dejó caer pesadamente. Lo felicité, pero él no parecía estar disfrutando demasiado del triunfo.

Después de un rato me preguntó:

—¿Dónde estamos? No me encuentro bien, lo siento, ¿qué quieres que hagamos?

Estas tres frases son el resumen de una conversación mucho más larga, pero su significado queda perfectamente claro.

—Anatoli, debemos pensar en nosotros y estoy de acuerdo contigo. Tenemos que ir hacia abajo. La travesía es imposible en estas condiciones.

No hubo ninguna discusión al respecto. Anatoli comenzó a bajar mientras yo me quedé allí un cuarto de hora más. Hice algunas foto-grafías, llamé a la expedición italiana por radio y filmé con la cámara de video.

Durante el descenso el tiempo siguió empeorando y la visibilidad era cero. Me encontré con Baskirov otra vez y con otros escaladores que todavía estaban subiendo. Esta vez, Vladimir no dijo nada, pero tuve la oportunidad de encontrarme con su mirada, ya que él acababa de terminar grabar y todavía no se había colocado de nuevo la máscara de protección. Tenía el rostro lívido y sus ojos miraban salvajemente. Dijo que se sentía muy cansado, pero que no estaba lejos de la cumbre.

Él fue uno de los más grandes alpinistas de la antigua URSS y pensé que no era el lugar más oportuno para asesorar a nadie. Sólo le dije que se diese prisa porque el tiempo era cada vez peor. Por encima y por debajo de él había montañeros de su equipo, por lo que no estaba solo. Así que continué hacia abajo cada vez más rápido hasta que me reencontré con Anatoli. Después de un rato, salimos del corredor y dejamos las cuerdas fijas para regresar a la loma donde había dejado su mochila. La tempestad se estaba volviendo más virulenta, especialmente en la cresta.

Encontramos la mochila y comenzamos a realizar la travesía, con la intención de volver al corredor desde más abajo. Esto requirió que nos moviéramos por delicados pasos entre rocas quebradizas y lenguas de nieve. No íbamos muy rápido, pero íbamos bajando.

La visibilidad en la niebla se limitaba ahora a cinco metros, pero si nos movíamos en diagonal sabíamos que pronto llegaríamos al corredor, donde encontraríamos las cuerdas fijas.

Anatoli también había estado dos veces en la cima del Lhotse, lo que me convenció sobre nuestra capacidad para orientarnos.

Finalmente, llegamos al corredor y encontramos nuestro precioso hilo de Ariadna, las cuerdas fijas. A partir de entonces sólo tuvimos que hacer un gran esfuerzo luchando contra el viento, pero si nos agarrábamos a las cuerdas sabíamos que podíamos llegar directamente hasta la tienda de los rusos a 7.950 metros y luego a la nuestra 500 metros más abajo.

Esa noche, dos monstruos de hielo entraron en la gran tienda de la expedición italiana, situada a 7.400 metros. Aceptamos la invitación de nuestros amigos que se encontraban en la montaña y nos habían oído llegar. Fue un gran alivio y aceptamos con gratitud su hospitalidad, en lugar de tener que ir a nuestra tienda y preparar nuestra propia comida.

Estábamos vivos. No habíamos hecho la travesía, pero habíamos subido al Lhotse sin oxígeno y sabiamente decidimos no cegarnos por la ambición y seguir lo que el miedo y el deseo de vivir nos pautaba.

Lamentablemente, Vladimir Baskirov nunca salió de la montaña. Murió de agotamiento en torno a los 8.100 metros después de luchar toda la noche por su vida, asistido por sus compañeros.

Durante los días y semanas siguientes, de regreso al campo base y más tarde a Katmandú, Anatoli estaba cada vez más convencido de que

Baskirov y él habían cogido una infección por algo que habían comido y que poco a poco los fue debilitando, dejando a Vladimir sin su proverbial habilidad para sobrevivir. Anatoli, simplemente, había tenido más suerte y había sido más rápido. Se había escapado de las garras de la muerte en el último momento, tal vez porque no había pasado la noche a 7.950 metros, o quizá porque su hora no había llegado todavía.

SEGUNDA PARTE

ESTRELLAS EN EL ANAPURNA



SIMONE MORO Y ANATOLI BUKREEV.

El 10 de mayo de 1996 estaba en el Dhaulagiri, y mientras yo luchaba con la nieve en los campamentos de altura de aquella montaña, muchos otros montañeros, verdaderos alpinistas o astronautas, se estaban arrastrando hacia la muerte en el techo del mundo, el monte Everest.

Nunca podría haber imaginado lo que estaba sucediendo a pocos kilómetros de las huellas que, con tanto esfuerzo, iba dejando detrás de mí. Tampoco sabía que tan cerca, en aquella tormenta, estaba quien, poco después, iba a ser mi mejor amigo y compañero de ascensiones en el Himalaya.

Aquel día las fuerzas de la naturaleza se encontraron con algo más que roca y hielo. Objetos inanimados se abalanzaron sobre los corazones aún palpitantes de hombres desgraciados que pagaron con sus vidas el precio de su ambición. Sólo un solitario corazón siguió latiendo el 10 de mayo, y durante toda aquella noche y el día siguiente, en un intento desesperado por salvar la vida y ayudar a todos aquellos que estaban perdiendo su batalla por la supervivencia.

Sólo por él, por Anatoli Bukreev, y en su memoria, me he decidido a contar los acontecimientos de nuestra fantástica y trágica aventura en el Annapurna. Mucho se ha escrito sobre él, muchos artículos se han publicado sobre su persona y sobre nuestras aventuras, pero hay muy, muy pocos occidentales que realmente le hayan conocido o escuchado alguna vez, o que hayan compartido sus temores, sus alegrías y sus preocupaciones.

Como superviviente y amigo y como alguien que estuvo allí, a continuación voy a tratar de relatar lo sucedido aquella Navidad de 1997.

UNA ARRIESGADA AVENTURA EN EL HIELO

Anatoli y yo vivíamos como dos muchachos jóvenes que nunca habían dejado de soñar y creer intensamente en sus sueños, y que no iban a dejar de soñar por problemas financieros.

Fue éste el espíritu que concibió nuestra aventura invernal en el Annapurna. La cumbre principal de 8.091 metros de altura solamente había sido alcanzada una vez en invierno por el polaco Jerzy Kukuczka, quien tuvo la capacidad para hacerlo. Estas ganas fueron probablemente el secreto de nuestra amistad.

Desde 1950, año de la primera ascensión, en el Annapurna se han registrado más víctimas que escaladores han alcanzado su cumbre. Por otra parte, la cara Sur de este gigante del Himalaya ha sido y es considerada como una de las más difíciles e inaccesibles del mundo. Planificar una ascensión de sólo dos personas en estilo alpino, en invierno y por la cara Sur fue sin duda una idea revolucionaria. No tendríamos ni radio ni comunicación por satélite durante toda nuestra estancia en la montaña, y existía una elevada probabilidad de no poder llegar o salir del campo base a pie, debido a las abundantes nevadas típicas del invierno en el Himalaya.

No fue masoquismo, ni heroísmo ni imprudencia lo que nos persuadió a la hora de organizar esta expedición. Fue mucho peor (o tal vez mucho mejor). Estábamos siendo fieles a nuestra idea de lo que significaba ser deportistas y a nuestra firme convicción de que el montañismo no había muerto bajo el peso de escaladas fáciles o expediciones comerciales, ni había sido conquistado por nuevos y autoproclamados filósofos del alpinismo.

Tanto Anatoli como yo habíamos desempeñado un papel destacado en expediciones con patrocinadores muy buenos y mediáticos, y esto me había granjeado críticas y la hostilidad de algunos compañeros montañeros. Pero esto también me ha enseñado a distinguir lo que debo y no debo hacer, dándome la oportunidad de ir a las montañas, conocer gente y, en el caso de Anatoli, ganar un poco de dinero bien merecido. La expedición al Annapurna pretendía expresar nuestra idea de lo que se puede hacer en el Himalaya. En esta ocasión en particular, éramos completamente independientes, no era una crítica a la actitud comercial de los patrocinadores, sino que queríamos hacer una ascensión en la que saboreásemos todos esos valores deportivos y exprimiésemos todo nuestro potencial.

El Annapurna era, pues, una oportunidad para la acción, la contemplación, el pensamiento, la comprensión y la madurez.

Todas estas ideas, las motivaciones y el proyecto en su conjunto habían llamado la atención de Polartec. Fui a Katmandú antes que Anatoli. Arlene Burns, una amiga de Linda, la pareja de Anatoli, había notificado a Polartec nuestros planes con motivo de su campaña publicitaria, que ofrecía una ayuda de 3.000 dólares a los proyectos más interesantes.

Antes de la expedición, Anatoli y yo hablábamos por teléfono con frecuencia. Ambos necesitábamos estímulo y fortalecer nuestra determinación en la medida de lo posible, pero sobre todo saber si realmente había suficiente dinero para cubrir todos los gastos. En el año 1997 habíamos tenido que financiar nuestra expedición al Lhotse-Everest, y Anatoli, también sus expediciones veraniegas al Broad Peak y al Gasherbrum II.

Mantenemos en contacto nos sirvió para conocer nuestro estado físico y psicológico, para sentir el entusiasmo que emanaba de nuestras mutuas palabras, hablando con nuestro peculiar acento inglés, todo esto nos daba moral.

Con estas esperanzas y temores llegué a Nepal el 20 de noviembre. Estaba solo en Katmandú, ya que Anatoli llegaría unos días más tarde y se suponía que yo debía resolver los trámites burocráticos para el permiso de escalada y el *trekking*, y ocuparme de hacer las compras y de tener nuestro equipo listo.

Nuestro presupuesto era tan escaso que tuvimos que recortar todos los gastos al mínimo, eliminando incluso las tarjetas impresas con el logotipo de la expedición que solíamos enviar a los amigos y patrocinadores. Estaba lamentando mucho tener que renunciar a esta costumbre cuando se me ocurrió una típica idea italiana de último minuto. Mientras esperaba a Anatoli, compré 100 postales, al precio de siete rupias cada una, en la que aparecía la cara Sur del Annapurna, aunque de un modo algo confuso. Luego un hombre mayor que trabajaba bajo una escalera me fabricó un sello en el que decía «Expedición Invernal Cara Sur Annapurna Anatoli Bukreev—Simone Moro» para estamparlo en el reverso de cada postal. Hice esto como regalo a Anatoli y para que todo empezase correctamente.

No recuerdo el día exacto de la llegada de Toli a Katmandú, pero sí recuerdo, y todavía puedo sentir, la impaciencia y la emoción de las horas de espera en el aeropuerto. Las puertas automáticas se abrían y se cerraban constantemente, dejando entrar a gente de lo más diverso. Entonces, cuando el flujo de gente decreció, vi la cabeza rubia de Anatoli sobresaliendo por encima del carro con el equipaje. Él me había visto un rato antes, pero me estaba gastando una broma para que yo pensase que había perdido el avión. Llegó con su sonrisa fresca, dejando ver su dentadura de oro en todo su esplendor. Había llegado con su estilo inimitable y esto significaba que todo iba bien. Le di una fuerte palmada en la espalda a modo de bienvenida y me ofrecí a empujar el carro. «No, gracias», fue la respuesta, que por otra parte yo esperaba; haciéndonos un montón de preguntas, nos dirigimos hacia nuestro taxista habitual, quien siempre estaba dispuesto a aceptar la tarifa más baja.

Nos dirigimos a Thamel, el barrio más animado de la capital. Tiendas, pequeños quioscos, restaurantes, pubs, hoteles, bazares, agencias de viajes, locutorios y cualquier otro tipo de comercio o negocio competían por conseguir clientes. Aquella vez, descubrimos unos cuantos nuevos que no estaban allí en la última visita.

Como era habitual, Anatoli se alojó en el hotel Skala, donde siempre le proporcionaban una habitación de pequeño tamaño por 300 rupias al día. En ella, Toli desplegaba todo el equipo, los alimentos y el material que hacía varios años que le guardaban en la bodega del hotel y que había recuperado. En cuestión de segundos, un olor a naftalina y moho impregnaba la estancia, y era el mejor dispositivo antirrobo, ya que era imposible encontrar nada en ese ambiente.

Yo me alojaba en un diminuto y sórdido lugar que encontré por casualidad, siguiendo la recomendación de un muchacho que me había perseguido por medio Thamel y me persuadió para que fuese al hotel Pacifist. El primer día pensé que había sido una verdadera ganga: 170 rupias al día por una habitación con cuarto de baño. Sólo cuando llegó la noche me di cuenta de que la única discoteca-pub que abre hasta las tres de la madrugada en todo Thamel estaba justo al lado de la ventana de mi habitación.

El día después de la llegada de Anatoli decidimos ir juntos a comprar las cuerdas fijas que necesitábamos para la ascensión al Annapurna. Fuimos a una de las muchas pseudotiendas de material deportivo de la zona, en la que Anatoli era conocido y respetado. Al contrario de lo que suele ocurrir con los largos regateos, Anatoli preguntó el precio por metro de cinco tumbos de 200 metros, y el vendedor casi de inmediato aceptó la oferta de 18 rupias por metro, lo que resultó ser el mejor precio de todo Katmandú. Eran cuerdas de plástico fabricadas en Corea y destinadas al uso náutico, pero eran ampliamente utilizadas como cuerdas fijas en muchas paredes del Himalaya. Así que el tema de las cuerdas fijas se solventó debidamente y seguimos afrontando la larga lista de cosas por hacer antes de partir hacia el campo base. Todavía teníamos que comprar la comida, contratar a un cocinero y entrevistamos con el piloto del helicóptero de Asian Airlines.

Habíamos oído malas noticias sobre el estado del sendero que lleva hasta el santuario del campo base del Annapurna, la penúltima etapa antes de llegar a los pies de la cara Sur. Un manto de nieve de casi un metro de profundidad estaba bloqueando la ruta y haciendo imposible el tránsito a los porteadores. Por este motivo, tendríamos que desplazarnos con nuestro equipaje desde Pokhara (el punto más cercano al Annapurna accesible con transporte motorizado) hasta el campo base en helicóptero, y Anatoli se encargó de hablar con el piloto ruso, empleado de la empresa y con quien había compartido formación durante el servicio militar en Thien Shan y Pamir.

Mientras tanto, yo me encargaría de encontrar un buen cocinero que trabajase para nosotros durante la expedición y que no nos pidiera mucho dinero. Nuestra buena fortuna, y ruina al mismo tiempo, vino de la mano de un *sherpa* que había resultado herido durante la expedición CNIC1 al Lhotse en la primavera anterior y al que yo había conocido en el campo base. Él me reconoció enseguida y me invitó a tomar una copa en ese ruidoso pub-disco que la primera noche me había mantenido despierto. El *sherpa* había tenido una recuperación muy buena, aunque conservaba una cicatriz visible por el lado izquierdo de su cara. Se quejó de no haber recibido ni una rupia de compensación por el seguro de la expedición. Le expliqué mi problema y de inmediato se ofreció a ayudar. Dijo que estaría de vuelta en un minuto con un amigo suyo, un cocinero que ya había trabajado para otras expediciones y hablaba inglés.

Fiel a su palabra, pronto regresó acompañado por un hombre joven de unos treinta años y baja estatura. Se llamaba Phurba y me dijo que ya había estado en numerosas montañas y campamentos base como cocinero y ayudante de cocina en varias expediciones. Acordamos un salario de 500 dólares, más un par de botas de montaña y una chaqueta cortavientos. La cifra era indudablemente razonable y de inmediato me decidí a contratar a Phurba, quien dijo que estaba complacido con el acuerdo, aunque tenía poca experiencia en expediciones invernales. Así que éste fue otro asunto resuelto, y la lista de cosas por hacer (por fin se iba haciendo cada vez más corta! Faltaba organizar el asunto de la comida, así como el autobús a Pokhara, el helicóptero y el encuentro con dos amigos de Anatoli.

Dimitri Sobolev, un cámara de alta montaña, y Andrei Starkov, pintor, iban a ser nuestros compañeros en el campo base. Habían llegado a un acuerdo con Anatoli en Kazajistán. Pagarían una pequeña suma de dinero para venir a la expedición sin ningún tipo de responsabilidad concreta, lo que nos permitía reducir un poco nuestros gastos. A Dimitri, para ser honesto, le hubiera gustado ser el cámara oficial de la expedición. Había hallado la manera de vender las imágenes que llevaría de vuelta a su país y esto le supondría un pequeño incentivo económico. Andrei, por el contrario, era pintor (temperamental, como la mayoría de artistas). Su especialidad era la montaña y quería comprobar las condiciones infernales del campamento base del Annapurna en invierno, con el fin de retratar todos sus aspectos. En realidad, era profesor universitario de arquitectura y admiraba las obras de arte y los artistas italianos. Me dijo que le encantaría venir a Italia algún día para ver de primera mano lo que sólo había conocido a través de los libros y las revistas polvorientas de la biblioteca de su universidad.

Coincidimos por casualidad unos días antes de abandonar Katmandú, en una de las calles de Thamel. Toli y yo cargábamos con nuestras últimas compras hechas en una pequeña tienda dirigida a clientes nepalíes, donde se suelen encontrar los mejores precios si uno no se preocupa por las marcas de los productos. Dimitri y Andrei habían llegado en un vuelo de Aeroflot y habían encontrado un taxi y un alojamiento para dormir. Lo consiguieron sin dificultad porque Sobolev sabía algunas palabras de inglés y ya había estado en Nepal en dos ocasiones: en una ascensión invernal al Manaslu y en una expedición primaveral al Everest (Anatoli también había estado en ambas expediciones).

Así que estábamos alojados en tres hoteles diferentes, pero esto no nos supuso problema alguno y no hicimos ningún intento por reorganizarnos y estar en el mismo establecimiento. Cada uno de nosotros estaba contento con su trocito de independencia y nunca tuvimos dificultades para ponernos en contacto o reunimos cuando teníamos que ir juntos de compras o compartir mesa para cenar por las noches.

Los días pasaron rápidamente, llenos de todas esas tareas, quehaceres y problemas que solucionar. Contraté un minibús por 80 dólares para que nos llevase con todo nuestro equipo a Pokhara. Nuestra salida de Katmandú se fijó para el 29 de noviembre, a las 22:00, aproximadamente, a una hora en la que a los autobuses se les permite entrar en las calles de Thamel. Anatoli, por su parte, había llegado a un acuerdo con Sergei, el piloto del helicóptero, para transportar la carga desde Pokhara al campo base de la cara Sur del Annapurna por 2.000 dólares. Esto fue un gran logro, porque Anatoli y Sergei habían cambiado la hora de otros vuelos para hacerlos coincidir con el nuestro, evitando así los gastos de transporte desde Katmandú, lo que habría significado añadir dos horas más de vuelo y otros 2.000 dólares.

Esa misma noche, Anatoli se puso un poco nervioso. Al final, el minibús había tenido que quedarse fuera de Thamel y tuvimos que pagar a una docena de porteadores para que transportasen el equipo desde mi hotel hasta el vehículo. Habíamos reunido todo el material de la expedición en mi cuarto, incluyendo un generador portátil para cargar las baterías de la cámara de vídeo y otros aparatos. El helicóptero era capaz de transportar una carga útil de dos toneladas, por lo que no estábamos preocupados por el peso. También habíamos comprado cuatro latas de 25 litros de queroseno para las estufas y el generador, que fueron llevadas también al autobús por los porteadores, derramando parte sobre nuestras pertenencias y en especial sobre las de Anatoli. Mientras discutíamos sobre esto, de camino al minibús se cayó una gran cesta de huevos cuando estaba siendo cargada, y, como si fueran misiles blancos y amarillos, los huevos volaron en todas direcciones y cayeron sobre la gente y el equipo. Ésta fue la primera vez que vi a Anatoli realmente enfadado. No podía soportar el caos.

Viajamos toda la noche, subiendo y bajando por la carretera, por sus sinuosos caminos, desde la capital a Pokhara, conocido por ser un complejo vacacional para los más adinerados de Nepal. Tiene vistas a un tranquilo lago y una panorámica espléndida del Machapuchare y otras montañas de la cordillera del Annapurna. También es el punto de partida para el *trekking* al Dhaulagiri, al Annapurna y al Mustang, así como para todas las expediciones que van en dirección a las innumerables montañas de la zona.

Como de costumbre, al llegar nos instalamos en el hotel más barato, escondido detrás de los hoteles más lujosos donde se suelen alojar los pilotos de helicópteros de Asia Airlines, en otras palabras, *nuestros* pilotos.

Después de descansar un rato, por fin libre del molesto ruido del motor y el chirrido de los engranajes, me desperté con la necesidad de ir al baño. Y fue entonces cuando me di cuenta de que no había comprado papel higiénico. Ese día —además del papel higiénico—tuve que comprar un centenar de postes de bambú para hacer los marcadores de banderas que utilizaríamos en el glaciar y durante el ascenso. También tuve que realizar un trabajito más importante: ir al banco y sacar otros 1.000 dólares de mi tarjeta de crédito. A pesar de que había hecho todo para ahorrar al máximo, nos faltaba dinero para el helicóptero, ya que habíamos previsto el uso de porteadores para la vuelta, para quienes ya habíamos preparado un fajo de rupias en billetes pequeños que iba a ser su salario diario.

Así que ese día también estuve muy ocupado, y por la noche Anatoli y yo decidimos descansar y disfrutar de una última comida en un restaurante (en realidad fue la última).

Comimos como cerdos, en un intento de saciar de antemano todas las carencias que sufriríamos durante nuestra estancia en la montaña. El hambre se calmó después de los dos primeros platos, pero seguimos comiendo tres platos más, hasta llegar a los cinco, regados con Coca-Cola, cerveza y limonada caliente.

Con todo el trabajo de organizar las cosas y la gran comilona no nos dimos cuenta de que habíamos perdido a Phurba, el cocinero, que aún no había regresado al hotel. Pero estábamos tan llenos que nos derrumbamos sobre la cama y caímos profundamente dormidos.

A la mañana siguiente nos levantamos muy preocupados por el desaparecido Phurba. A las 5:30 de la mañana habíamos acordado con los pilotos estar listos en el aeropuerto a las 6:30, antes de que los pilotos inicien sus vuelos a los pueblos con cargamentos de arroz. El cocinero Phurba estaba alterando el duro trabajo que Anatoli y Sergei habían invertido en la planificación de los vuelos, para evitar tener que hacer frente a costes increíblemente altos.

Me las arreglé para descubrir que nuestro cocinero había pasado la noche anterior en unas cabañas cerca del aeropuerto, y rompí el silencio de la mañana llamándole a gritos. Mientras tanto, nuestros pilotos habían llegado, teníamos nuestro equipaje facturado y ya lo habían cargado en el helicóptero, lo cual me empezaba a preocupar seriamente. Anatoli, Dimitri, Andrei y yo ya nos habíamos vestido con ropa de montaña y teníamos las chaquetas debajo del brazo, listas para ponernos en marcha tan pronto como aterrizásemos en el helado campo base. Pero... ¿dónde diablos se había metido Phurba?

Tan pronto como los pilotos empezaron a preguntar si todo estaba listo, Phurba apareció de repente, tan tranquilo y alegre. Estaba tan borracho como si viniera de la Fiesta de la Cerveza y su nivel de alcohol había dibujado una inocente sonrisa en su cara que me hubiese gustado borrar de un bofetón. «¡MUÉVETE!», le dije, y se arrastró hasta el helicóptero con vaqueros, camiseta y botas de montaña. Llevaba una pequeña bolsa de deporte, algo parecido a una bolsa de plástico, y me tranquilicé pensando que se cambiaría de ropa nada más subir a la cabina.

Las sorpresas aún no habían terminado. Mientras las turbinas del helicóptero se estaban calentando antes del despegue, una espesa capa de niebla descendió sobre el aeropuerto y nos envolvió en cuestión de segundos. La torre de control denegó el permiso para el despegue hasta que la visibilidad mejorase. Esa mañana intentamos despegar dos veces, pero no conseguimos el permiso de la torre. Anatoli no se inmutaba, Dimitri filmó el periodo de espera y Andrei guardaba silencio, principalmente porque no hablaba inglés (y por lo tanto no podía hablar ni conmigo ni con el cocinero), pero también por la respetuosa distancia que mantenía con nuestra expedición y que le llevó a estar callado en momentos particularmente tensos.

Por mi parte, me encontraba bastante tranquilo, mirando con curiosidad a mi alrededor y grabando con la cámara de video los movimientos de Anatoli mientras éste se movía por los alrededores. No sé cómo, había encontrado un momento durante la mañana para ir a la peluquería a cortarse el pelo y afeitarse, como si fuera a algún acontecimiento especial. Estaba guapo con el sombrero de piel de su unidad militar, el Army Sport Club de Almaty, en Kazajistán, de donde él era y de cuyo alto nivel deportivo le gustaba alardear. También llevaba un par de gafas de sol de la marca Briko que yo le había regalado, y que con orgullo y alegría mostraba y que le daban un aspecto extraordinariamente parecido al de su compatriota y amigo Vladimir Smirnov (campeón de esquí de fondo de fama internacional).

A decir verdad, Anatoli ya había recibido unas gafas similares antes, pero las había perdido en primavera mientras se bañaba en un arroyo en el valle que conduce al Everest. En aquella ocasión, estaba también tan contento con el regalo que no se quitaba las gafas ni por un momento, y eso hizo que me diera cuenta de lo mucho que quería y cuidaba Anatoli su equipo de escalada, que siempre había tenido que comprar él mismo con un gran sacrificio financiero. En una ocasión, Linda me contó que, después de que las gafas se le perdieran, Anatoli casi se puso a llorar y se había sumergido una y otra vez en las aguas heladas tratando de encontrarlas. Éste fue el hombre que ese mismo año, con la misma sencillez y espontaneidad, en ochenta días escaló el Everest, el Lhotse, el Broad Peak, el Gasherbrum II y ahora estaba de camino al Annapurna.

Un rayo de sol penetró en la niebla que reinaba en el aeropuerto y, a pesar de que la visibilidad no era muy buena, pudimos salir gracias a la insistencia de Sergei. Como él bien decía, había volado en el Pamir, en condiciones cien veces peores. Las turbinas se encendieron y pudimos sentir la fuerza del aparato ruso, a pesar de que las comodidades en el interior brillaban por su ausencia. Vimos enseguida que la intuición de Sergei estaba en lo cierto, puesto que la niebla se concentraba en los treinta primeros metros, y tan pronto como superamos esa altura, el espectáculo fue impresionante. Machapuchare, todo el macizo del Annapurna y los picos del Lamjung Himal se levantaban delante de nosotros, poderosos e imponentes.

El tercer miembro de la tripulación, el ingeniero de vuelo, tal vez impresionado por nuestro asombro y el hecho de que estuviéramos pegados a las ventanas, abrió una para que pudiésemos filmar, fotografiar y sentir la temperatura del aire. Después de unos minutos nos adentramos en el valle del río Modi Khola, que, de no haber habido nieve, habría sido nuestra ruta enmarcada por las escarpadas laderas de Hiunchuli y Machapuchare.

Sobrevolando crestas y paredes, pasamos por pueblos que parecían pintados en la nieve del valle y llegamos al final de este corredor natural que desemboca hacia la izquierda en un amplio anfiteatro antes de la cara Sur —nuestra cara— del Annapurna. Antes de cerrar las ventanas hicimos fotos sin parar, hasta agotar las baterías de nuestras cámaras.

El helicóptero redujo la velocidad considerablemente y el piloto nos pidió que le mostráramos dónde queríamos montar nuestro campo base. Entramos en la cabina y, mientras disfrutábamos de una panorámica de 180 grados, el piloto nos señaló cuánta nieve había y las dificultades del muro que se presentaba ante nosotros. Anatoli y yo intercambiamos una rápida mirada y juntos tratamos de encontrar el mejor emplazamiento para el campamento. Señalamos a Sergei una plataforma natural delante del glaciar, a la altura de las faldas de la cara Sur.

Sobrevolamos la zona varias veces, puesto que el piloto estaba preocupado por la excesiva cantidad de nieve, que podría dificultar el aterrizaje. Lo que ocurría era que las diez toneladas del peso del helicóptero, con sus pasajeros y cargas, harían que la máquina se hundiera en la nieve con el riesgo que ello suponía. Así que, con un tono de disculpa, el piloto dijo que si no nos importaba iba a aterrizar unos pocos kilómetros más atrás, cerca del albergue Santuario del Annapurna, punto de llegada de las expediciones.

Comprendimos que no había alternativa, que nuestros 2.000 dólares ya se habían invertido en Sergei y ésta era la mejor solución. Con una maniobra espectacular, el helicóptero hizo un giro de 180 grados, bordeando el Fang, un pico de casi 7.900 metros, y los 7.219 metros del Annapurna Sur. La cara Sur quedaba ahora a nuestras espaldas, hacia el rotor de cola, alejándose de nosotros. Llegamos al albergue y Sergei hizo otro giro de 180 grados, señalando con la parte delantera del helicóptero nuestra montaña. Bajó lentamente y continuó la maniobra de aterrizaje hasta que las tres ruedas tocaron la nieve. Comenzamos a hundirnos lentamente en la superficie blanca, pero Sergei pisó el acelerador a fondo para sacarnos de la trampa. Por suerte para nosotros, no decidió volver al aeropuerto, sino que lo intentó de nuevo en una colina a corta distancia del albergue.

Creo que Sergei conocía la intensa motivación y el esfuerzo que Anatoli había hecho para encontrar la financiación. Se podía leer en los ojos de estos dos hombres la estima mutua que sentían, viviendo en un país extranjero para perseguir sus respectivas pasiones.

El montículo que habíamos encontrado parecía tener menos nieve y esto convenció al piloto para intentar un nuevo aterrizaje, ajustando la potencia del acelerador hasta que las ruedas, una vez más, tocaron la nieve polvo a 4.000 metros de altura. Una vez más, comenzamos a hundirnos, pero cuando la nieve había alcanzado prácticamente el vientre del helicóptero, las ruedas tocaron tierra firme. Bastante agitado, el tercer piloto tiró de la puerta hasta abrirla y empezó a preparar la escalera, pero, para nuestra sorpresa, vimos que la puerta de la cabina estaba a la altura de la nieve. Anatoli saltó y se hundió hasta la cintura; el cocinero hizo lo mismo y, debido a su metro sesenta, se sumergió casi completamente en la nieve. Dimitri y Andrei fueron los siguientes, mientras yo me apresuraba para sacar el equipo al exterior, tratando de tener cuidado con todo. El ingeniero de vuelo, casi sumido en el pánico, ayudó y, con la delicadeza de un elefante, comenzó a arrojar todo lo que caía

en sus manos, desde los huevos hasta el generador. Cuando terminamos con la operación, salté a la parte superior de la montaña de bultos para impedir que las palas del rotor lo hiciesen volar todo. Dimitri filmó este esfuerzo y, cuando el helicóptero desapareció de nuestra vista, exclamó: «¡Qué situación tan extraña!».

VIDA EN EL CAMPO BASE

Parecía que habíamos aterrizado en otro planeta, en un mundo surrealista, sin colores, sin olores y sin ruidos. No había señales de vida y la desolación era abrumadora. De pronto, como marmotas, aparecieron detrás de un montículo las cabezas de los valientes nepalíes que se habían quedado en sus casas de campo y las mantenían abiertas para recibir a los pocos turistas que transitaban por la zona. Se habían quedado atrapados por el mal tiempo y las fuertes nevadas, y estaban esperando el momento más propicio para bajar al valle y volver a sus casas de invierno, 2.000 metros más abajo. Nos miraban con asombro, tratando de entender el motivo de nuestra visita. Es probable que desestimaran la idea de que éramos escaladores, ya que nunca habían visto una expedición durante la temporada invernal. Se quedaron atrincherados detrás de los montones de nieve que el rotor había provocado durante el aterrizaje.

Empezamos a organizar y ordenar las cargas, y lo primero que sacamos de los bidones de plástico fueron los marcadores de señalización. Aquella tarde la pasamos limpiando la zona de varias decenas de metros cúbicos de nieve polvo para acomodar una superficie sobre la cual estableceríamos el campamento base. Y eso fue lo que hicimos. Los cuatro trabajamos con dureza en un lugar protegido por unas grandes rocas, que estimamos como el más adecuado para una base permanente. Cavamos un agujero de más de dos metros de profundidad y diez de largo por cinco de ancho. Anatoli se mostró más competente que el resto, debido a que durante su primer año en Estados Unidos había trabajado limpiando de nieve los tejados de las casas de lujo en Aspen.

Ninguno de nosotros estaba aclimatado, pero a pesar del esfuerzo y de la enorme cantidad de trabajo, nadie se quejó de un dolor de cabeza o de alguna dolencia. De inmediato, fuimos conscientes del hecho de que era invierno, porque tan pronto como se puso el sol las temperaturas cayeron mucho y deseábamos meternos en nuestros sacos de dormir.

En el agujero que cavamos cada uno instaló su tienda de campaña. La de Toli era amarilla, la mía roja, la de Dimitri y Andrei naranja, además de otra tienda de campaña conocida como el *estudio de arte* de Andrei. El cocinero había tenido la brillante idea de hacer amistades con la gente de la casa de campo y pasó la noche en la cálida casa, después de proporcionarnos una comida rápida consistente en sopa y alimentos en conserva.

La oscuridad se posó sobre el campamento y los picos. Las estrellas eran tan claras y brillantes que parecía que casi se podían tocar con las manos e iluminaban el anfiteatro. Entonces apareció la luna, blanca y luminosa, como el sol que se ve en una película en blanco y negro. Sus cráteres eran grandes y muy visibles, como en una escena salida de *Star Trek*. Me metí en mi tienda a escuchar música con los auriculares. Cada vez que hago esto en una expedición, me siento como si estuviera de vuelta en el mundo del que acabo de salir, y soy capaz de tener una visión clara de los problemas y elaborar las mejores estrategias para resolverlos. Esta vez necesitaba la música principalmente para relajarme y bajar la tensión emocional. Tuve el presentimiento de que no iba a ser fácil lograr nuestro objetivo (no es que yo hubiese pensado lo contrario) y que nos enfrentaríamos a problemas inesperados.

El día amaneció claro y frío, con hielo incrustado en las tiendas y nuestras ropas húmedas. Phurba preparó el desayuno, pero no parecía tener prisa por montar la tienda comedor. De hecho, la expedición contaba con una lona colocada entre dos muros de piedra, a modo de techo, en lo que eran los dominios de Phurba. La nieve impedía que encontrásemos piedras, por lo que decidimos hacer un muro de nieve en la parte superior de la roca más alta. El resultado se parecía más a un refugio temporal que a una cocina, pero fue lo mejor que pudimos hacer. Ni siquiera nos habíamos planteado ir a los refugios. Me encontraba en compañía de tres rusos, acostumbrados a las dificultades y a la intemperie, y cada vez que algo salía mal repetían «sería aún peor en Siberia» y se echaban a reír.

Nuestro cocinero, sin embargo, seguía estando demasiado relajado a pesar de todos los inconvenientes, y esto me molestaba, sobre todo porque Anatoli se había dado cuenta de su falta de competencia y con una mirada me lo había comunicado de una manera discreta.

Una vez más, ese día trabajamos organizando nuestras tiendas y desenterrando las cosas esparcidas por la nieve. Hicimos otro agujero para el generador y pude configurar el sistema eléctrico para iluminar la precaria cocina. También me puse a buscar agua corriente, porque era imposible obtenerla del deshielo. No tendríamos suficiente queroseno para mantener las estufas emitiendo calor, ni tendríamos en el agua el sabor producido por los minerales que en ella se disuelven habitualmente en otras condiciones.

Al día siguiente por la tarde, después de haber cenado, Anatoli se acercó y me preguntó:

—¿De dónde diablos has sacado a este cocinero? No le gusta trabajar y su comida deja mucho que desear.

—Un *sherpa* del campo base del Lhotse me lo recomendó. ¿Recuerdas a aquel que se cayó por una grieta del glaciar?

—No me parece un cocinero con experiencia en expediciones. Todavía no ha colocado su propia tienda y se pasa todo el día merodeando por las casas de sus amigos. Sólo vuelve a la hora de la comida o la cena y no se molesta en prepararnos té o bebidas calientes. ¡Mira esa taza! Lleva ahí desde ayer por la mañana y todavía tiene los restos del desayuno. No podremos resolver nuestros problemas en la montaña teniéndolos ya en el campo base.

—Tienes razón, Toli, pero no soy vidente. ¿Cómo iba yo a saber que era un vago y un inútil? Cuando se presentó, me enseñó un par de recuerdos de haber estado en una expedición en Sudamérica el año pasado. El salario que acordamos también nos convenía.

—Cierto, pero la expedición en la que trabajó estaba superorganizada y patrocinada, y había varios cocineros en el campo base. Lo sé porque los conocí en Katmandú. De cualquier manera, quiero hablar con Phurba ahora y decirle que se vaya a casa. ¿Cuánto le has adelantado?

—Le di 250 dólares y las botas.

—¡Eso es más que suficiente para lo que ha hecho! ¡En mi país eso es lo que te pagan por un trabajo de seis meses en una mina!

—Tienes razón, Anatoli, pero ¿quién va a cocinar y lavar cuando volvamos de los campamentos de altura? Vamos a estar agotados.

—Lo haré yo mismo, e incluso si Phurba se quedase aquí lo tendría que hacer. ¡Ojalá nunca le hubiésemos traído!

—Pues bien, la próxima vez serás tú quien encuentre un cocinero y yo seré quien juzgue qué tal es.

Con esto, Toli se dio cuenta de que había pagado su mal humor conmigo, en lugar de hablar directamente con Phurba, y se quedó en silencio. De este modo pude sentir su remordimiento por la discusión que acabábamos de tener, pero también me di cuenta de lo superficial que había sido. Una vez más, nos habíamos dicho el uno al otro lo que estábamos pensando; esta manera de hablar tan directa fue otro de los pequeños secretos de nuestra amistad.

No hubo rencor ni resentimientos entre nosotros tras aquello. Todo había terminado allí mismo.

Anatoli reprendió duramente a Phurba y le dijo que quedaba liberado de sus responsabilidades y que podía irse a casa. La reprimenda, sin embargo, tuvo resultado y el cocinero empezó a hacer lo mínimo necesario para evitar nuevas discusiones.

Entre los últimos retoques a la hora de organizar los equipos y el duro trabajo de retirar la nieve transcurrió el tiempo necesario para aclimatarnos y empezar con la escalada.

Pero, a pesar de que nuestra condición física había mejorado, el tiempo y la nieve a nuestro alrededor no lo habían hecho. Todas las tardes

se nublaba y caían cuarenta centímetros de nieve fresca, que tenían que ser retirados inexorablemente de nuestras tiendas, y así aumentaba la capa de nieve a través de la cual tendríamos que subir.

Anatoli tenía la costumbre de alejarse del campo base para sentarse en una roca de granito que dominaba el gran glaciar. Se sentaba en la roca durante horas, en silencio, mirando la cara Sur. Probablemente estudiaba sus peligros y buscaba una línea lógica y segura, que evitara las avalanchas y las caídas de rocas. Me pareció que su nariz se movía como si estuviera olfateando el peligro, tratando de averiguar de dónde venía. Anatoli era una criatura completamente adaptada a la gran altitud y este comportamiento me tranquilizaba. Una mañana yo también decidí subir a esa roca a pensar, observar y estudiar nuestra cara. Desde allí se podía disfrutar de un panorama estupendo y completo del macizo del Annapurna; y en esa ocasión los picos de Gangapurna, Annapurna III, Sing Chuli, Fang y el Sur del Annapurna me parecieron aún más hermosos.

Mientras contemplaba a estos gigantes, sentí la mano poderosa de Toli sobre mi hombro, mientras se sentaba a mi lado. Sin decir ni una palabra, miró aquella inmensa pared sur de la montaña. Comenzó a torcer la nariz y a respirar profundamente con la boca cerrada.

—Simone, ¿qué piensas? —Preguntó, después de uno o dos minutos.

—No me gusta el aspecto de la ruta Bonington.

—¿Por qué?

—Hay mucha nieve acumulada y las avalanchas barren la pared con regularidad.

—Entonces, ¿qué te gustaría hacer?

—Sabes que me gustan las rutas difíciles pero seguras, en lugar de las fáciles o las evidentes, pero que son peligrosas. La ruta Bonington es dura y en estas condiciones es muy peligrosa también, y no me gusta nada. Toda la sección de grietas y seracs del principio está cubierta por la nieve y no nos gustaría caer en algún agujero.

—Estoy de acuerdo contigo. He estado pensando sobre esto mismo durante varios días y me he dado cuenta de lo que mencionas. Me he fijado en una línea a la izquierda de la Bonington, donde teníamos intención de abrir nuestra propia ruta, pero me asustan los enormes seracs colgantes.

—A mí también me preocupan, y me imagino cómo estarán con toda la nieve que ha caído...

—Simone, ¿se te ocurre alguna idea?

Sin decirle nada, Anatoli volvió la cabeza hacia los Fang.

—¡Bravo Toli! Estás mirando lo mismo que yo. ¿Habías pensado en eso también?

—He estado observando el soplo del viento allá arriba en la cordillera del Annapurna Fang durante algún tiempo, y en mi opinión, aunque hace frío y azota el viento, esta cresta es la única superficie por la que podemos pasar sin hundirnos en la nieve. El viento, sin duda, ha endurecido la nieve y allí no se puede acumular. El vendaval lo barre todo.

—Una vez más, estamos en la misma onda. Sugiero abandonar la idea de la ruta Bonington y tratar de subir por ahí, hacia el este. Luego seguiremos por la cresta larga, que creo que es terreno virgen y nos llevará a lo más alto del Annapurna I. Es evidente que tendremos que tratar de regresar de la cumbre por las estribaciones del Fang, que está a casi 7.900 metros de altitud. Por otra parte, la cresta se ve muy difícil, con largas secciones de escalada en roca, la última de las cuales parece realmente complicada. Esta ruta será más dura que la Bonington, pero más segura.

—¡Me parece bien! Vamos a tener que llevar una pala cada uno hasta la cresta, porque vamos a tener que dormir en los huecos que cavemos en la nieve. No nos podemos permitir el lujo de llevar tiendas de campaña, ni suministros para los campamentos de altura.

—Es verdad. Estaba pensando en establecer cuerdas fijas entre el Fang y la Sur del Annapurna. Debe encontrarse alrededor de los 6.300 metros y deberíamos tener suficientes cuerdas fijas como para llegar tan lejos. A partir de ahí subiremos en estilo alpino, con 100 metros de Kevlar en nuestras mochilas.

—Vamos a tener que llevar algunos clavos de roca y tornillos de hielo; dos estacas de nieve cada uno, saco de dormir, la comida y el hornillo, el de gasolina, porque con el frío de ahí arriba el gas se congelaría, ¡seguro!

Rápidamente, el nuevo plan tomó forma y nos quitamos un gran peso de encima, porque las continuas avalanchas que constantemente barrían la cara Sur nos preocupaban bastante. Por otro lado, nuevas incertidumbres surgieron: el momento de afrontar esta escalada, su dificultad y las consecuencias de nuestra nueva idea.

Seguimos sentados sobre esa roca, en silencio, en la cual hacía tiempo que se nos habían congelado nuestros culos, y tratamos de imaginarnos puestos en acción. De repente, Anatoli levantó el brazo y señaló con el dedo la cima del Annapurna Sur, a 7.219 metros de altitud, y dijo:

—¿Te acuerdas de Vladimir Baskirov?

—¡Por supuesto! Nuestro amigo ruso, que, tras hacer cima en el Lhotse, murió durante el descenso en lo alto del corredor.

—Él fue el primero en subir esa montaña en invierno. Antes que nosotros, Vladimir fue quien me dijo que en esta época del año se había encontrado con unas condiciones de frío extremo y con poca nieve. Excelente para la escalada. Yo también, cuando estuve en el Manaslu en invierno, lo encontré frío, pero con cielos despejados y nieve dura. Los polacos también me contaron que habían encontrado condiciones similares durante sus intentos invernales en el Himalaya. Sinceramente, pensaba que ocurriría lo mismo esta vez.

—Ya veremos qué pasa.

Pero, sin tregua y sin piedad, el mal tiempo decidió hacernos compañía durante los días siguientes, y la nieve que caía cada tarde se convirtió en algo preocupante. En una ocasión tuvimos que salir deprisa de nuestros sacos de dormir, nos pusimos las chaquetas y empezamos a retirar la nieve que ahogaba el campamento y que con su peso aplastaba nuestras tiendas. La profundidad del agujero donde estaba nuestro campo era cada vez mayor, y poco a poco iba desapareciendo, engullido por las paredes que nosotros mismos habíamos cavado.

Nieve, nieve y más nieve.

No sabíamos de qué más hablar y nos pasábamos el día sacando nieve con la pala. Los más alegres eran Dimitri y Andrei. ¿Quién sabe de qué hablaban? De vez en cuando se echaban a reír durante minutos y luego el sonido de su parloteo empezaba de nuevo. Lo increíble es que se reían incluso durante las sesiones nocturnas con la pala o por la mañana temprano, cuando la nieve los sepultaba y cuando el cocinero aún no había preparado nada para comer.

Un día le pregunté a Dimitri cuál era el secreto de su jovialidad y por qué se reían.

«*Pakoist*», respondió, y Anatoli, que había oído mi pregunta, se echó a reír.

—Mira, Simone —dijo Dimitri—, debes saber que nosotros, los rusos, somos un poco *pakoist*, es decir, que no nos preocupamos por lo que va a suceder mañana o lo que el futuro tiene reservado para nosotros. Si hoy es un mal día, mañana será mejor. Si no tengo nada de dinero, algo hará que esto mejore mañana. En cualquier caso, estamos vivos y eso es lo único que importa.

—Nosotros en Italia tenemos un refrán parecido: mejor tener un huevo hoy que una gallina mañana, pero no todo el mundo piensa así.

—Pero ten cuidado, Simone, si uno visita Rusia no debe utilizar la palabra *pakoist* porque resulta muy vulgar.

—Está bien, trataré de recordarlo.

Durante los interminables días de espera en el campo base, las visitas al refugio, a tan sólo cinco minutos de nuestro campamento, fueron más frecuentes.

Aquel lugar se mantenía abierto con la esperanza de que una mejoría en el tiempo permitiese llegar a los turistas más valientes, y aunque fuese fuera de temporada encontrarán su alojamiento. Pero el mal tiempo había pillado por sorpresa al personal y, sin nada que hacer en particular, estaban esperando el momento adecuado para cerrar el albergue y huir a sus casas de invierno en el valle.

El líder de esta banda era un anciano llamado Dibi Gurung, de edad indefinible, aunque parecía rondar los 70. Él me había cogido cariño y tan pronto como me veía me decía: «¿Pizza?», y yo siempre le respondía «¡sí, gracias!»

Y de este modo, cada día él ganaba 200 ó 300 rupias, lo que lo hacía sentirse como un auténtico hombre de negocios. Yo era el único que siempre pedía, a pesar de los precios ridículamente bajos y el gran placer con que el hombre nos atendía. En aquellas ocasiones, también me di cuenta de lo poco que se necesita para estar satisfecho y cómo las tareas más simples y las situaciones más rutinarias pueden tener gran importancia y significado.

Beber Coca-Cola o comer *momo* caliente (una especie de raviolis) se convirtió en el más gratificante e importante acontecimiento del día, al igual que estar sentados alrededor de la mesa con un brasero que calentaba las piernas de los comensales. Permanecíamos de ese modo durante horas, leyendo, escribiendo o viendo a Dibi y a sus jóvenes ayudantes jugar a las cartas.

Andrei había empezado a pintar en su *estudio* y algunos de los picos que retrató quedaron estupendamente, como envueltos en un manto de niebla espesa al atardecer. En otros, brillaba el cielo despejado de la mañana, algo que ocurría muy de vez en cuando. Estos cuadros tardaron mucho más tiempo en completarse, precisamente porque Andrei tenía que esperar a que se reprodujeran esas condiciones meteorológicas, poco frecuentes. Sin embargo, los resultados fueron sorprendentes y sus pinturas al óleo se amontonaban semienterradas en la nieve.

—No te preocupes, Simone —dijo Andrei un día que yo estaba tratando de secarlos después de otra fuerte nevada—. Son óleos y no se estropean con la nieve. Además, podré decir que son muy auténticos tras haber sufrido los rigores del clima del Himalaya. —Y rió de todo corazón.

Dimitri había aprendido rápidamente el camino al albergue y Andrei le seguía también. El único de nosotros reacio a pasar la tarde en el cálido y seco lugar era Anatoli. Pasaba las horas encerrado en su tienda amarilla, durmiendo y pensando. No escuchaba música porque no tenía medios para hacerlo, pero escribía y leía, probablemente (al menos yo esperaba que así fuera). De vez en cuando, iba con él y empezábamos a hablar sobre su vida, de la mía y de nuestros proyectos, y cada vez que terminábamos estas conversaciones acordábamos que teníamos que informar a nuestras familias de que íbamos a necesitar más tiempo para el ascenso.

Cada día empezaba con una nevada. Parecía que estábamos siendo castigados y torturados por un hado sordo y despiadado que había reservado para nosotros el peor de los inviernos y el más cruel de los destinos.

El viento azotaba la ladera del Fang cada vez con mayor fuerza y regularidad; sin embargo, Anatoli y yo estábamos contentos con esto, porque, a pesar de tenemos que enfrentar a esas condiciones, éstas nos beneficiaban. Junto con el viento de los primeros días, seguido por una ventana de buen tiempo, comenzaron a llegar los últimos turistas valientes, quienes, gracias a los guías y porteadores nepalíes que los acompañaban, se abrieron camino por el sendero que durante semanas había sido intransitable por la nieve.

Cuando se acercaron al albergue de Dibi Gurung se sorprendieron al ver las pequeñas tiendas y a los chiflados que vivían en ellas. Así que vinieron a vernos y empezaron a preguntar quiénes éramos, de dónde veníamos y cuál era nuestro objetivo. Cuando señalamos con el dedo el Annapurna se quedaron en silencio, pareció invadirles una sensación de frío, se despidieron, nos desearon buena suerte y se fueron en busca de la comida caliente de Dibi.

Una mañana, de madrugada, me desperté tocando con la cara la tela de la tienda mientras me sentía aplastado. Traté de moverme, pero me di cuenta de que estaba siendo inmovilizado por la nieve fresca que pesaba tanto como la tapa de un sarcófago. Estaba aplastado contra el suelo y fue probablemente la falta de oxígeno lo que me había despertado.

Me las arreglé para salir del saco medio desnudo y cubrirme con algo de ropa, y empecé a maldecir y a palear. El ruido que hice despertó a mis compañeros; como en mi caso, la nieve cubría la parte superior de sus tiendas y tuvieron que salir gateando. Al despejar la nieve con las palas, nos dimos cuenta de los daños causados por esta enésima nevada. Mi tienda de campaña tenía dos agujeros y una pieza de la estructura dañada, que yo mismo había roto con la pala. Dimitri y Andrei también tenían un desgarró en la suya y en vano trataron de remendarlo con cinta adhesiva húmeda que había perdido la mayor parte de su adherencia. Anatoli fue el más afortunado. No había sufrido ningún daño, pero tuvo que interrumpir su sueño para ayudarnos a despejar el campo base.

Después de todo aquel trabajo duro, nos acercamos al refugio-cocina, donde Phurba había preparado un desayuno horrible en recipientes que ya no recordaba la fecha en que se habían lavado por última vez. Salí de la cocina de inmediato y decidí ir a hablar con Dibi Gurung. Tras servirme un poco de comida caliente, me dijo que iba a cerrar el albergue al día siguiente para mudarse a su casa de invierno en el valle, en el pueblo de Gandrung. Tan pronto como terminó, le pregunté si, por favor, me podría alquilar dos habitaciones en el albergue, adonde me pensaba mudar ese día y convertir en campamento base. Para mi asombro, Dibi accedió a la petición inmediatamente y pidió tan sólo mil rupias, advirtiéndome seriamente de la necesidad de limpiar el tejado cuando nevase. El sabio anciano había sido muy hospitalario y comprensivo. Al día siguiente, nos dejó solos, dijo adiós y nos deseó buena suerte.

Huelga decir que el más satisfecho de todos fue Phurba, que empezó a cocinar tal como había dicho que sabía. Mover nuestras pertenencias a los dos cuartos de piedra fue otro esfuerzo inesperado, pero sin duda fue el más productivo.

Nos sentíamos como en un hotel de cinco estrellas. En torno a cuatro camas, velas, una cocina ordenada y un techo de hojalata sobre nuestras cabezas giraban ahora nuestras vidas y esto levantó nuestra moral. Incluso Anatoli empezó a sonreír más a menudo y después de una charla nos pusimos de acuerdo en prolongar nuestra estancia en Nepal hasta el 20 de enero. Hasta esa fecha íbamos a tratar por todos los medios de jugar todas las cartas posibles para llegar hasta la cumbre. Quedaba el pequeño problema de comunicar a nuestras familias la decisión y pensamos utilizar como *cartero* al primer turista que se acercase a nuestro campo base.

Después de todas las dificultades con el helicóptero, las nevadas diarias, el cocinero, las tiendas rotas y el aislamiento, finalmente empezamos a hacer nuestras primeras incursiones en el glaciar con el objetivo de establecer un campo base avanzado. Nuestra intención era montarlo en el lado izquierdo de la morrena, al pie de la pared Este del Annapurna Fang. A partir de ahí, intentaríamos una ruta directa hasta el collado entre el Annapurna Sur (7.219 metros) y el Fang, que en nuestro mapa marcaba 7.847 metros, y luego intentaríamos la larga cresta que nos llevaría directamente hasta la cima del Annapurna Sur. La única manera de estimar la distancia que tendríamos que cubrir era por comparación con la larga cresta que, desde la dirección opuesta, Loretan y Troillet habían atravesado durante su exitosa expedición del Annapurna en 1984. Tanto en el mapa como a ojo, la longitud de estas dos secciones parecía más o menos la misma, y esto nos hizo desear que

nuestro plan fuese factible.

Tan pronto como empezamos a subir al glaciar, nos dimos cuenta de las dificultades a las que nos deberíamos enfrentar, establecimos la ruta a través de la nieve fresca y organizamos la estrategia para repartirnos el trabajo.

Dimitri, que debería y podría haber sido sólo el cámara de la expedición, se ofreció de inmediato a aligerarnos la carga tanto a mí como a Anatoli y decidió tener un turno abriendo huella. El hombre que iba delante no llevaba una mochila, ya que tenía que emplear toda la energía en abrir la huella, mientras que los dos siguientes daban los últimos retoques a la huella abierta, plantaban marcadores con una bandera, llevaban la mochila, tomaban fotos y filmaban. Lamentablemente, ninguno de nosotros había traído raquetas de nieve porque nunca se nos había ocurrido tener que cubrir toda esta distancia plana hasta la pared, la distancia que el helicóptero nos debería haber ahorrado.

Al igual que en una carrera ciclista, nos relevábamos para ir en cabeza y este modo de organización nos permitía cubrir la primera parte del camino en sólo medio día. Dejábamos los suministros y mochilas en el punto acordado y por la tarde estábamos de vuelta dentro de los confortables muros de piedra de nuestro campamento base. Phurba tenía preparada comida caliente y sabrosa. Satisfechos de cómo las cosas se estaban empezando a mover, nos fuimos todos a dormir a nuestros sacos. Mientras las fases iniciales de la escalada iban poco a poco tomando forma, nuestro proceso de aclimatación era ya perfecto y ninguno tenía problemas en particular.

Pero esa noche ocurrió lo mismo que la mañana anterior y nos despertamos, de nuevo, con otra nevada de 50 centímetros de nieve fresca. A pesar de que estábamos a salvo y secos, esta caída de nieve fresca había borrado por completo las huellas del día anterior y había enterrado, sin duda, las mochilas que habíamos dejado en nuestro punto de parada en el glaciar.

Esperábamos que, al menos, las banderas marcadoras no estuvieran completamente enterradas para que pudiéramos encontrar nuestros equipos. Desde ese día, aprendimos a vivir con estas nuevas condiciones meteorológicas: cielo despejado por mañana, nublado por la tarde y nieve durante la noche. Y nos acostumbramos a no contar con las huellas trazadas el día anterior. Pasamos muchas jornadas repitiendo el mismo trabajo, una y otra vez, y era muy frustrante darse cuenta de que no era posible empezar con la escalada. Al igual que unos tontos, continuamos subiendo y bajando por el mismo camino. La única ventaja era que ahora estábamos perfectamente aclimatados y podíamos trabajar más rápido y durante más tiempo.

AL PIE DE LA PARED

Por fin pudimos crear un primer campamento provisional, a la izquierda de la morrena, más o menos a mitad de camino entre el campo base y el pie de la pared. Pusimos dos tiendas de campaña y preparamos la cena. Anatoli y yo estábamos en una tienda de campaña Ferrino para tres personas, y Dimitri, en una diminuta tienda coreana que pesaba poco más de un kilo. Cenamos juntos y antes de dormir decidimos que al día siguiente regresaríamos hasta el campo base para recoger más suministros y descansar.

Al día siguiente, también celebramos el cumpleaños de Dimitri. Con sus 36 inviernos, demostraba ser un fuera de serie y estaba jugando un papel determinante en la expedición. Ya había estado con Anatoli en el Manaslu, en invierno, y en el Everest, utilizando oxígeno. Había subido algunos *sietemiles* de Thien Shan y Pamir y trabajó como guía en éstas y otras montañas de su tierra natal. Así que, aparte de ser un buen cámara, Dimitri era también un alpinista completo.

Phurba preparó un pastel de chocolate magnífico que el mismo Dimitri cortó y ofreció. Esta fiesta de cumpleaños trajo también la oportunidad de ver algunas caras nuevas, ya que tres turistas de Colorado, acompañados de un guía, y dos jóvenes franceses, se habían aventurado hasta el albergue. Esa noche, gracias a los trozos de tarta que Anatoli recuperó del suelo, la nueva compañía se unió al cumpleaños, cantando canciones alimentadas por el alcohol de una botella que Dimitri había traído desde Rusia para esta ocasión.

Como era ahora nuestra costumbre, al día siguiente nos despertamos con otra fuerte nevada y el cielo estaba nublado, pero como cada mañana nos endurecíamos más, nos pusimos en marcha otra vez sobre el glaciar hacia nuestro campamento y su depósito. Nuestra intención era llegar a una meseta a 5.000 metros llamada campo base Coreano (en honor a la primera expedición que intentó el Fang). Desgraciadamente, aquella mañana tuvimos que volver a trazar todas las huellas. La dirección que seguíamos era una línea imaginaria que conectaba todas las banderas marcadoras que habíamos puesto los días anteriores. Ese día, paramos en varias ocasiones para filmar y sacar fotografías. Anatoli se mostró impaciente con este tipo de actividades, pero no podía culparle.

Hacia las tres de la tarde, llegamos al campo base avanzado. Limpiamos la nieve de las tiendas y entramos a preparar agua caliente para la cena. Estábamos, en la medida de lo posible, satisfechos por haber llegado tan alto y sólo pensábamos en llegar más arriba. Al día siguiente, sólo quedaríamos dos, porque Dimitri había decidido regresar al campo base para hacer compañía a Andrei y preparar más suministros para el campo base Coreano. Para que Anatoli y yo estuviésemos frescos al día siguiente, Dimitri fue quien más duro trabajó.

Después de una noche de sueño reparador y tras un desayuno abundante, Dimitri cambió de opinión y decidió seguir con nosotros. Partimos los tres hacia nuestro objetivo y empezamos a subir por las laderas, lo que cambió la imagen que teníamos de las montañas que nos rodeaban. Nos habíamos acostumbrado a estar en el fondo del valle todo el tiempo y no habíamos podido disfrutar de vistas a más altitud desde que aterrizamos, por lo que la subida fue un placer. Pero abrir huella en las laderas era todavía más complicado, y el riesgo de avalanchas, muy alto. Tras varias horas, llegamos a las primeras grietas y bordeamos la primera línea de seracs que cerraban el paso al campo base Coreano.

Sin embargo, seguimos subiendo, a veces incluso por terreno vertical, con el objetivo de alcanzar un tramo rocoso. Cuando llegamos a la parte superior de las rocas, pudimos ver que habíamos ascendido demasiado alto y por un camino equivocado. Tuvimos que volver a bajar 200 metros y luego subir hasta la parte superior del lado opuesto del campo Coreano.

Anatoli, maldecía y fue el primero en descender, mientras Dimitri y yo nos dábamos cuenta de que nos tocaba tomar el relevo y abrir huella hasta las laderas escarpadas del otro lado.

Esa tarde, exhaustos, tras descargar nuestras mochilas, nos dispusimos a preparar el terreno para lo que podría considerarse nuestro campo I. El campo base Coreano era el segundo lugar en el que nos habíamos instalado desde el distante campo base. A la primera ubicación la denominamos campo base avanzado, mientras que la segunda la llamamos campo base Coreano, y entre ambas había medio día de trabajo, abriendo huella en la profunda nieve virgen.

La plataforma que limpiamos se encontraba al lado de unas rocas y cavamos un agujero entre la nieve para instalar las tiendas, de tal modo que las rocas protegían nuestro pequeño refugio. Pusimos marcadores alrededor porque sabíamos que la nieve lo iba a enterrar todo. Aquella noche todos dormimos en la misma tienda para que la temperatura fuera soportable y menos extrema que la de la noche anterior.

Al día siguiente, volvimos de un tirón hasta el campo base, aprovechando el buen tiempo y que las huellas eran visibles, lo que reducía la cantidad de esfuerzo. El cocinero y Andrei, que nos habían visto en la distancia, prepararon bebidas calientes y una gran cena, que incluía unos buenos tragos de vodka.

La enésima nevada llegó aquella noche, y fue la mayor de toda la expedición. Tres metros de polvo blanco nos encerraron dentro del albergue cubriéndolo todo en el glaciar. Grietas, seracs, banderas... todo había desaparecido. Estábamos aislados a 4.100 metros, sin posibilidad de movernos.

¿Huir? ¿De quién, de qué, dónde y cómo? Éstos fueron los pensamientos que nos persiguieron a lo largo de aquel día, y hasta el más endurecido de los *pakoist* parecía sucumbir ante la dura realidad de este destino. «Después de lo malo suele venir algo bueno», decían Dimitri y Andrei. Pero esto no mejoró nuestra moral de náufragos.

Soñábamos y deseábamos los rayos del sol, pero sólo brilló al día siguiente. El espectáculo que apareció ante nuestros ojos siempre quedará grabado en mi memoria. Todo el valle era como un paisaje lunar, inanimado, con las empinadas laderas de las montañas listas para descargar todo el pesado manto nevado que las cubría. Las primeras horas de luz fueron únicas en el silencio, y luego surgieron unos crujidos terribles. Avalanchas con kilómetros de anchura caían por las laderas con titánica furia. No podíamos dejar de mirar el espectáculo. Hablamos poco, hicimos algunas fotografías y Andrei no pintó. Estas manifestaciones de la naturaleza eliminaron cualquier deseo de acción. Hacia el anoecer, Anatoli y yo intercambiamos miradas y empezamos a expresar nuestros sentimientos.

—Simone, ¿en qué piensas?

Que hemos hecho bien en volver y en no insistir en la cara Sur.

—¡Muy cierto! De todos modos, creo que ésta va a ser, sin duda, la más dura de todas mis expediciones. Nunca he visto tanta nieve y sólo somos dos. En el Manaslu, como Dimitri recordará, los únicos problemas fueron el frío y el viento, pero la superficie sobre la que nos movíamos era tan dura como el cemento. Por lo general, el invierno en el Himalaya es así. Por esto tiene que cambiar, ¡tiene que hacerlo!

—Esperemos que así sea, porque si no tendremos que cavar trincheras para hacer el camino.

—Lo sé. Ahora vamos a esperar unos días y luego iremos en dirección a aquella loma del Fang. Allí arriba, el viento nunca deja de soplar y estoy seguro de que la nieve allí debe estar dura como una piedra.

Pasamos varios días en el campo base llevando a cabo las tareas que Dibi Gurung nos había encomendado. Además de limpiar la nieve del techo, sacamos agua del pozo, secamos nuestro equipo y yo me pasaba las horas escribiendo y escuchando música.

Una mañana decidimos volver a subir, con la intención de ir hasta el campo base Coreano. El sol y la mayoría de las avalanchas ya habían

pasado. Anatoli, que medía más de 1,90 metros, de inmediato se hundió hasta la cintura en la nieve, pero por turnos regulares empezamos a abrirnos camino. Ni siquiera teníamos referencias que nos guiasen, por lo que nos inventamos el recorrido de nuevo, a través de un glaciar que ahora se veía completamente diferente. Después de varias horas, vimos que la punta de una de las banderitas sobresalía en la superficie blanca de la nieve y corregimos nuestra línea. Nos quitamos las mochilas y aprovechamos la oportunidad para beber té caliente de los termos. Estábamos bastante cansados, pero ya habíamos pasado el campo base avanzado y teníamos posibilidades reales de llegar directamente al campo base Coreano.

La cara Este del Fang quedaba por encima de nosotros y, tras un descanso, empezamos a andar por un corredor que nos llevaría a la morrena glaciar, donde empezaría la larga cuesta que tendríamos que subir. Nuestras mochilas eran muy pesadas, debido a que el campamento al que nos dirigíamos pretendía ser un almacén de comida y equipo necesario para una adecuada ascensión.

Al anochecer, llegamos a un lugar donde pensábamos que estaba el campo base Coreano. No estábamos completamente seguros de estar en el lugar correcto, y algo nos decía que nos habíamos equivocado. La gran cantidad de nieve que había por todas partes confundía tanto la perspectiva como nuestra memoria visual del lugar, que habíamos dejado sólo unos días antes.

Todavía nos quedaban unas pocas horas de luz diurna y decidimos utilizar todos los parámetros y puntos de referencia posibles con el fin de encontrar nuestra tienda. La altura era la correcta: 5.000 metros. Las características del terreno estaban bien: eran lisas. El lugar que albergaba el campo era el correcto.

—¡Anatoli, tiene que estar aquí!

—¡Yo también lo creo, pero no podemos limpiar de nieve toda esta meseta! Debemos encontrar la pared de roca. Tenemos que buscar alrededor y tener cuidado en no pisar piedras o nuestra tienda.

—¡Está bien! Vamos a movernos por separado y usaremos los bastones como sondas.

LA EMBOSCADA

Después de media hora, las puntas de mis crampones finalmente chocaron contra una piedra. Empujé delicadamente el bastón en la nieve, deslizándolo hasta la empuñadura, y después de varios intentos sentí la superficie suave de la tela de una tienda. Anatoli se había dado cuenta de lo que estaba haciendo y ya estaba cogiendo la pala de su mochila. Lo intenté de nuevo para comprobar que, dado que la tienda de campaña Ferrino que dejamos tenía 175 centímetros de altura y los bastones que estaba usando medían 130 centímetros, ¡la nieve acumulada tenía un espesor de tres metros!

El campo estaba justo bajo nuestros pies.

Empezamos a excavar alrededor de la zona con mucho cuidado para no agujerear la tienda. El sol ya se había puesto hacía un rato y la luz restante no duraría mucho. Rápidamente hicimos una zanja perimetral y luego excavamos hacia el centro. Estábamos extremadamente cansados y ansiosos por desenterrar nuestro campamento, y sabíamos que antes de cenar y dormir en nuestros sacos todavía tendríamos que arreglar la tienda. De hecho, cuando limpiamos la zona de nieve nos dimos cuenta de los daños tan evidentes que había sufrido. Había dos varillas rotas y un siete en el doble techo.

Me las arreglé para encontrar la cremallera de la entrada, la abrí y entré para ver lo que quedaba de nuestro campamento. Nieve por todas partes: en los sacos de dormir de pluma, en las todavía sucias cazuelas, por encima y por debajo de las colchonetas y en las bolsas con la ropa de repuesto. La luz de mi linterna reveló un espectáculo tan dantesco como la más salvaje película de aventuras.

—¡Anatoli, acércate a la entrada! Te voy a pasar una colchoneta: pon en ella todo lo que te pase.

—Muy bien, ¿qué pasa ahí dentro?

—¡Es desastroso! Hay nieve por todas partes, esto es un completo desastre. También habrá que ver cómo arreglar la tienda.

—Ya pensaremos en eso más adelante. De momento, sácalo todo.

Después de vaciar todo lo que se encontraba dentro de la tienda, empezamos a sacar nieve haciendo movimientos de barrido con los brazos y las piernas.

Los frenéticos esfuerzos de las últimas horas, por lo menos, habían disminuido la sensación de frío, aunque las temperaturas continuaban siendo inexorablemente bajas.

—Muy bien. Está bastante despejado como para pasar la noche. Ahora tenemos que pensar en algo para sostener la tienda.

—Coge estos bastones y alérgalos lo más que puedas para ponerlos en diagonal entre la base de la tienda y la parte superior; esto funcionará, ya lo verás.

—¡Fantástico! Pásame dos y también los colchones para no hacer un agujero en el suelo de la tienda. Así deberían sostenerse, sólo tenemos que tener cuidado de no golpearlos demasiado o terminaremos enterrados.

—¡Deprisa Simone!, está cayendo una helada fuera.

—Pásame todo el equipo, después puedes entrar.

Después de meterse en la tienda, Anatoli fundió nieve y empezó a preparar la cena. Del bolsillo de su traje de escalada sacó una vela, la encendió y apagó su frontal. Con su cuidado habitual, quitó las impurezas que pudieran encontrarse en el agua con la que estaba preparando la cena y retiró un sinfín de partículas con la cuchara.

Era siempre Anatoli quien cocinaba. Siempre. Para mí, sin duda fue cómodo. Yo me hice cargo de limpiar las cazuelas y de mantener el suministro de nieve.

Esa noche comimos y bebimos copiosamente, y después de entrar en nuestros húmedos sacos de dormir nos quedamos profundamente dormidos. Sin embargo, durante la noche caímos en una terrible emboscada.

Mientras estábamos dormidos, el cielo se nubló de nuevo y empezaron a caer los primeros copos de nieve. Nuestro peor enemigo parecía haber esperado la noche para descargar toda su furia. Durante tres días y tres noches una tormenta de nieve azotó el valle y las montañas del Annapurna, y, como en un submarino paralizado, buscamos desesperadamente la superficie debajo de la gran masa de nieve en la que nos encontrábamos.

Durante aquellos interminables días sólo hubo un par de horas de buen tiempo y Anatoli las aprovechó para tratar de enviar señales al campo base. Era necesario decir al resto que todavía estábamos vivos. Pero, ¿cómo podría hacerlo? No teníamos radio y no estábamos en la línea de visión. Así que decidimos subir a una pequeña colina que estaba encima de nuestro campamento y que era claramente visible desde el campo base. Allí plantamos tres banderitas de tres metros de largo hechas con varas de bambú, unidas entre sí con tiras blancas y rojas atadas a la punta. Pensamos que, con los prismáticos, nuestros amigos serían capaces de ver y entender la señal de que aún seguíamos allí con vida.

No fue una tarea sencilla subir por aquella loma. La cima de la colina estaba cien metros por encima de nuestro campamento, sólo nos faltaban treinta metros para llegar. Pero nos llevó tres horas recorrer esa distancia, flotando en la nieve y trepando por la corta pero empinada cuesta.

—¡Simone, en cuanto podamos debemos salir de aquí!

—Lo sé, pero la ladera que hay por debajo de nosotros está sobrecargada de nieve y creo que se va a producir una avalancha.

—No tenemos mucho combustible para el hornillo, sólo podemos quedarnos aquí unos pocos días más.

—¡Vaya situación de mierda! Bueno, Toli, tan pronto como el tiempo mejore bajaremos, pero iremos directos a la morrena glaciar, manteniéndonos cerca de las rocas. Así correremos menos riesgo.

—Vale. Ojalá Dimitri nos vea bajar y se dirija hacia nosotros abriendo huella, porque de otro modo a nosotros solos no nos va a dar tiempo a hacerlo en un día.

EL PARÉNTESIS

¡Al fin llegó nuestra liberación! El tiempo mejoró y, según lo acordado, nos preparamos para salir del campo base Coreano. Decidimos sacar todo nuestro equipo fuera de la tienda y guardarlo bajo una gran roca en las inmediaciones, por si futuras nevadas nos impedían encontrar la tienda de nuevo.

Luego, lentamente, empezamos a descender hacia el glaciar que se encontraba 800 metros por debajo. Mantuvimos la distancia entre nosotros en silencio, lo cual nos permitía sentir lo inestable y lo cerca que se encontraba el punto de ruptura de la ladera. A cada paso, la nieve bajo nuestros pies parecía moverse, y con esta sensación angustiosa nos seguimos arrastrando indefensos hacia nuestra única esperanza de salvación.

Eran las dos de la tarde cuando llegamos al glaciar, más cansados por la tensión acumulada que por el esfuerzo. Nos sentamos sobre las mochilas y bebimos un poco de té caliente. Por encima de nosotros, una larga trinchera, dibujada en la nieve, mostraba el camino por donde habíamos venido. El punto en el que ahora estábamos marcaba el inicio de la caminata que nos llevaría de nuevo al mundo de los vivos, al campo base.

Alternábamos con mayor frecuencia de lo habitual la laboriosa tarea de abrir huella. Definitivamente, era un trabajo más difícil abrir huella en el terreno llano que sobre las laderas de la montaña, y estábamos recorriendo mucho menos terreno que durante la bajada desde el campo base Coreano.

Dimitri nos había visto ese día y, olfateando el peligro, vino a nuestro encuentro. Caminaba rápido y sólo a través del glaciar. A las tres y media nuestras huellas se encontraron. Los tres teníamos la cara bañada en sudor y el corazón en la boca, pero pudimos volver a sonreír y respirar con alivio. ¡Estábamos a salvo!

Después de casi un mes de duro trabajo, de peligros, de incomodidades y de las difíciles decisiones tomadas, decidimos dejar el campo base y bajar al valle a descansar, respirar aire rico en oxígeno, ver gente, colores y respirar el perfume del bosque. En resumen, redescubrir la alegría de vivir.

Anatoli me había dicho que en Hot Spring, en el valle, había también dos piscinas de agua caliente sulfurosa al lado del río. Sería una oportunidad para darnos un baño reparador y también para ir a la cercana aldea de Gandrung, donde vivía Dibi Gurung y donde también se encontraba el único teléfono de toda la región. De esta manera podríamos comunicar a nuestras familias la decisión de prolongar la expedición.

Como habíamos imaginado, descender por el valle no era una tarea sencilla porque había pasado mucho tiempo desde que alguien se había acercado hasta el campo base. Así que no pudimos encontrar un camino que nos llevase hacia abajo y, como habíamos llegado al campo base en helicóptero, no sabíamos la dirección correcta a tomar. La nieve cubría tanto las empinadas laderas del valle como el arroyo que recorre la parte inferior. Bajamos los cinco, ya que Dimitri, Andrei y Phurba también habían decidido unirse a nosotros. Andrei, además, iba a acarrear todas sus pertenencias porque tenía la intención de regresar a Kazajistán.

El primer día del descenso transcurrió sin mayores problemas, aunque hasta la noche no nos encontramos con nadie, y eso que pasamos por dos pueblos, que estaban completamente desiertos. Cuando la nieve dio paso a la hierba nos quitamos las pesadas botas de montaña y nos pusimos unos zapatos más cómodos. Fue entonces cuando comencé a aumentar la velocidad e incluso a veces a trotar un poco. Anatoli me siguió, mientras que los otros seguían caminando a un ritmo normal.

Desde el albergue hasta Hot Spring, en temporada turística, se tarda aproximadamente cuatro días caminando. Teníamos la intención de acortar esas jornadas en la medida de lo posible con el fin de descansar durante más tiempo, y sumergimos en las termas.

Por eso trotábamos. Y aunque no estaba dentro de nuestros planes, pensamos que podríamos hacerlo en un solo día, sin preocuparnos lo más mínimo de la oscuridad que empezaba a caer, ni de los dos aguaceros que cayeron por la tarde.

Sobre las diez de la noche, agotado, llamé a la puerta de un albergue en el pueblo de Kyamrung. Estaba solo y hambriento. La luz tenue y el olor de la comida hicieron que dejara de correr. Me encontraba a tan sólo media hora de camino de Hot Spring, pero me di cuenta de que ésta era la última oportunidad de no ir a la cama con el estómago vacío.

Un hombre y su esposa eran los dueños del albergue y se sorprendieron por mi llegada. Me preguntaron de dónde había venido y tuve que repetir mi respuesta dos veces.

—¿De verdad has venido desde el Santuario del Annapurna?

—Sí, he venido de allí.

—¿Y cuando saliste de allí?

—Esta mañana.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

Silencio...

—¿Pero cuando fuiste allá arriba?

—Hace casi un mes, en helicóptero.

—¿En helicóptero? Pero ¿por qué?, ¿qué estás haciendo?

—¡Somos una expedición!

—¿Nosotros? Ah, no estás solo entonces. ¿Cuántos estáis por allí?

—Perdone, pero ¿podría hacerme una pizza? Puedo hablar mejor con el estómago lleno.

—¡Por supuesto!

La mujer se fue a la cocina y me quedé con el marido, sentado en una esquina de la larga mesa del comedor. El hombre pudo ver que estaba muy cansado y me preguntó si quería pasar allí la noche. Asentí con la cabeza y empecé a cambiarme de ropa.

La pizza llegó mucho antes de lo esperado. Era grande, estaba caliente y era sencillamente maravillosa. Pedí otra mientras comía. Bebí cinco botellas de Sprite y, sin tener en cuenta los buenos modales, me tendí en el banco junto a la mesa. Fue entonces cuando pensé en Toli y en los otros tres, preguntándome sobre su paradero y si habrían comido.

Acostado con los ojos cerrados, estos pensamientos me rondaban la mente cuando oí pasos fuera del albergue y el sonido de la voz de Toli.

—Simone, ¿estás ahí?

—Sí, entra.

—Ciao, ¿llevas aquí mucho tiempo?

—No lo sé, lo único que sé es que he comido dos pizzas deliciosas que te puedo recomendar.

—¡Vale! Perdona señora, ¿podría prepararme una pizza y una limonada caliente?

—¡Por supuesto!

—Ha sido una caminata muy larga y no debemos de estar muy lejos de Hot Spring. ¿Has comido también ensalada?

—No, ¿por qué?

—Debemos de tener pocas sales minerales y tenemos que reponerlas.

—Mañana vamos a comer todas las verduras que podamos y reduciremos a la mitad su población de pollos. ¡También necesitamos proteínas!

Nos fuimos a la cama, compartimos una habitación para dos y ninguno se movió ni un centímetro hasta las ocho de la mañana. Sólo la necesidad urgente de hacer pis perturbó nuestro descanso y nos trajo de vuelta a la realidad de nuestra situación.

Mientras estábamos desayunando oímos que las voces de nuestros tres compañeros que se acercaban. Tres caras sonrientes aparecieron en la ventana frente a nosotros y empezamos a intercambiar noticias sobre la noche anterior. También pidieron algo de comer y beber y a las once salimos hacia Hot Spring.

Las termas, un agradable hotel y tres días de descanso nos esperaban. También teníamos que ir al cercano pueblo de Gandrung (a dos horas caminando) para utilizar el teléfono. Esa tarde, los cinco nos sumergimos en las aguas cálidas. Anatoli y yo alternábamos el baño con inmersiones en el agua helada del río. Toli dijo que era bueno. A la mañana siguiente repetimos la misma operación y los mismos rituales. Tras el almuerzo, Anatoli y yo fuimos a Gandrung.

Establecimos un ritmo rápido valle abajo, donde se suponía que debíamos encontrar la bifurcación hacia el pueblo con teléfono. Tal vez fuimos demasiado rápido, o teníamos mucha ansiedad por encontrar un teléfono, pero nos perdimos. Una hora más tarde, nos dimos cuenta de que habíamos tomado el camino erróneo en el cruce de caminos, por lo que pensamos en subir la cuesta de la colina en la que estábamos para ganar altura y cruzar al valle correcto. Encontramos a un joven acompañado de sus cuatro hijos, que estaban trabajando en un pequeño campo de cultivo. No hablaba inglés, pero parecía entender que nos habíamos perdido. Se ofreció a guiarnos hacia el camino correcto y, a buen ritmo, nos guió durante unos veinte minutos, hasta que se detuvo en un muro de piedra y señalando con el brazo, nos mostró el camino a seguir. No pronunció ni una sola palabra ni tampoco se comportó como si esperase algo a cambio por sus servicios.

Anatoli cogió su cartera y le ofreció unas rupias. Nuestro guía, al principio, parecía no entender el gesto, pero Anatoli le indicó que lo aceptase repitiendo varias veces: «Gracias, gracias». El joven nos regaló una sonrisa deslumbrante, cogió las rupias y comenzó a correr de vuelta a su choza y a su tarea.

En ese momento nos relajamos por la poca distancia que nos separaba de nuestras llamadas telefónicas. Empezamos a correr de nuevo aumentando el ritmo, sintiendo los efectos de la aclimatación obtenidos a lo largo de las semanas anteriores. Cuando avistamos Gandrung corrimos a toda velocidad. Fue entonces cuando Anatoli me llamó, diciendo:

—¡Para! Cuando yo te diga tómate el pulso... ¡Ya! Multiplica el número por cuatro y dímelo.

—¡160! ¿Y tú?

—Son demasiadas pulsaciones para el periodo de descanso en el que se supone que estamos. ¡Debemos conservar nuestras energías para el próximo mes! ¡Somos tontos por estar corriendo así! ¿Sabes la cantidad de sales que estamos perdiendo? En el campo base no tenemos ni fruta ni verdura.

—Tienes razón, pero me siento muy en forma.

—Ya lo veo.

Era casi de noche cuando llegamos a Gandrung. El día llega a su fin alrededor de las cinco, y éste era otro factor que nos limitaba, junto con la altitud.

Todavía había niños jugando en las calles del pueblo y por todos lados oíamos voces que nos llamaban y nos saludaban. Entramos en una pequeña tienda y preguntamos por el teléfono.

—Justo enfrente —respondió el dependiente.

Fuimos rápidamente a la casa que nos había indicado y que también servía comidas.

—Perdón, *Namasté*.

Una chica de unos veinte años vino hacia nosotros y nos saludó.

—Disculpa, ¿es aquí donde podemos encontrar un teléfono?

—Un momento —respondió la muchacha.

Al cabo de un rato apareció un hombre, que parecía ser el dueño.

—*Namasté*. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Nos gustaría llamar por teléfono.

—No es posible. El teléfono está roto.

—¡NOOOO!

Y empezamos a maldecir. Durante varios minutos verbalizamos todas las palabras malsonantes que conocíamos en italiano, ruso e inglés, sin distinción, para liberar nuestros sentimientos reprimidos de frustración y enojo.

—Lo traerán mañana o pasado. Se lo di a un porteador hace diez días para que lo reparase en Pokhara, pero si no tienen las piezas lo enviará a Katmandú en el primer autobús.

El hombre intentó justificarse por todos los medios para amortiguar el golpe moral que nos había dado, pero tuvimos que asumir la evidente y amarga realidad. Salimos de aquel lugar y nos dirigimos a un albergue cercano y, sin decir palabra, nos sentamos en la primera mesa que vimos. Anatoli me preguntó:

—Por lo menos tendrás hambre, ¿no? No puedes haber perdido el apetito.

—No te preocupes, Toli. Estoy tan furioso que nos vamos a comer una vaca entera.

Anatoli se echó a reír y dejamos de pensar en el teléfono, después empezamos a hablar de nosotros y nuestra montaña.

Todavía estábamos bañados en sudor. Habíamos corrido mucho tiempo al sol y no teníamos nada con que secarnos ni qué ponernos mientras la temperatura seguía bajando. Un joven que trabajaba allí nos invitó a pasar al jardín de la parte trasera de la casa. Sin haber dicho nada, habían encendido dos fuegos grandes y puesto cojines para que nos sentásemos.

—Sentaos de espaldas al fuego. Vamos a servir la comida aquí.

No lo tuvieron que decir dos veces, pero nos sorprendimos por este gesto, ya que la madera en Nepal es muy preciada. Las noticias sobre nuestra carrera infructuosa habían dado la vuelta al pueblo y ésta era su manera de demostrar simpatía.

Comimos y bebimos en abundancia, mientras, poco a poco, las personas del pueblo iban llegando y se sentaban alrededor del fuego.

Algunos cantaban y la comida terminó siendo una pequeña celebración.

Pasadas las diez, nos acordamos de que todavía teníamos que regresar a Hot Spring con nuestros amigos. Les habíamos dicho que estaríamos de vuelta al anochecer, pero se nos olvidaron las frontales.

El camino por el que habíamos venido pasaba por varias zonas boscosas que estaban completamente a oscuras, y durante todo el trayecto nos orientamos siguiendo la luz de las velas que había en el interior de las casas diseminadas por el camino. Sólo nos perdimos un par de veces cuando nos metimos en el oscuro bosque, rompiendo el silencio cada vez que nos caíamos. No había tiempo para risas y conteníamos la respiración por temor a molestar a alguien.

A eso de las doce y media llegamos al albergue en Hot Spring. No había nadie despierto y desde una ventana se escuchaban los ronquidos de alguien. Nos deslizamos directamente en los Sacos de dormir y caímos profundamente dormidos.

A la mañana siguiente nos despertó el canto del gallo, que desde las cinco hasta las nueve no paró. El propietario se ofreció a prepararnos algo para almorzar.

Decidimos pasar las últimas horas en remojo en los chorros calientes de las fuentes de azufre antes de emprender la marcha de regreso a campo base.

Hacia la una volvimos al albergue para darnos la última comilona. Nos encontramos con los clientes habituales, nuestros tres amigos y con una muchacha muy atractiva que estaba leyendo un libro sentada en una mesa.

Tras pedir nuestra comida, Anatoli se acercó a la muchacha y se sentó en su mesa.

—Hola. ¿Me puedo sentar aquí mientras espero la comida?

—Sí, por supuesto.

—¿Cómo te llamas?

—Cecilia.

—¿Y qué haces aquí, en invierno?

—Estoy recorriendo el mundo, de esto hace casi un año. Hasta hace poco, mi novio estaba conmigo, pero ya se ha vuelto a Argentina.

—Ah, eres de América del Sur.

—Sí, de Buenos Aires.

Fue una conversación amistosa y Anatoli me invitó generosamente a la mesa de Cecilia. Nos sirvieron el almuerzo y mantuvimos una entretenida charla.

Cuando llegó el momento de irnos, Anatoli invitó a Cecilia a unirse a nosotros en el campo base en los próximos días. Ella aún no estaba aclimatada y en todo caso subiría más lentamente. Anatoli añadió que sería nuestra invitada durante la expedición, y si ella quería podría ayudarnos preparando ricas cenas.

También nos despedimos de Andrei, el pintor, pues él seguiría valle abajo. Le entregamos dos cartas para que las enviase por fax a nuestras mujeres desde Katmandú, y desde entonces sólo quedamos tres, más nuestro pseudococinero Phurba.

Salimos todos juntos a buen ritmo, y durante un rato no pronunciamos ni una sola palabra. El silencio sólo era interrumpido por el saludo ocasional a la gente que nos encontrábamos por el camino.

Llegamos a un *chorten* después de haber recibido instrucciones para llevar a cabo un ritual propiciatorio. En Gandrung habíamos contado a los lugareños nuestras experiencias en el campo base y las dificultades de la ascensión, y también mencionamos brevemente la comida que habíamos traído de casa. Cuando se enteraron de que llevábamos carne curada de caballo, sus ojos se abrieron con asombro y afirmaron que ésa era la causa de las terribles condiciones climáticas. Habíamos ofendido a Buda al comer carne en el campo base, a los pies de su casa. La mujer que nos ayudó a enmendar este error nos dio dos cintas, una blanca y roja, y nos dijo que las atásemos a una ramita y que las pusiéramos en la parte superior del *chorten*, dejando además una ofrenda de dinero en el frontón de piedra bajo el techo del santuario.

Nadie se atrevió a burlarse de ese ritual, a pesar de tener creencias diferentes. Éste es también parte del encanto de Nepal. Uno se implica totalmente en el modo de vida, en las costumbres y, a veces también, en las creencias de la gente de las montañas del Himalaya.

Seguimos caminando en silencio hasta el campo base, cada uno absorto en sus propios pensamientos, hasta que la voz juguetona de Anatoli nos trajo de vuelta a la realidad. Había encontrado un perro vagando por el bosque, cubierto de nieve, sin preocuparse de dónde estaba ni qué había para comer. Anatoli se acercó y empezó a jugar con él, lo acariciaba y le decía todo tipo de cosas en ruso. Desde ese momento la expedición había adoptado un nuevo miembro. El perro empezó a seguir fielmente los pasos de Anatoli y a mantener su ritmo. Conforme pasaban las horas, la temperatura descendía notablemente y fuimos ganando altura hasta llegar al pueblo de Bambú, a 3.100 metros de altura.

Allí nos paramos a comer y dormir. Éramos muy conscientes de que ésta sería nuestra última oportunidad de ver y hablar con cualquier persona. De allí en adelante, sólo habría soledad y silencio en un blanco valle escarpado cubierto de nieve que nos llevaría directamente al campo base, a nuestro destino.

Al día siguiente, añadimos a nuestra carga las cosas que habíamos dejado secando en el último albergue. Nos vestimos con ropas más abrigadas y nos pusimos las botas de expedición porque la nieve se iba haciendo cada vez más profunda. Sólo uno de nosotros, el mismo de siempre, caminaba sin inmutarse con sus cortos pantalones de corredor de maratón. Tras él iba su nuevo amigo de cuatro patas. Nos turnábamos para abrir huella y encontrar el camino de vuelta.

El lugar en el que nos encontrábamos era un enorme embudo en el que las laderas parecían amenazadoras por toda la nieve que tenían acumulada. Por eso, no bajamos el ritmo ni descansamos. Tan pronto como salió el sol, después de varias horas, llegamos al final de ese angosto valle. El pequeño anfiteatro del campo base del Machapuchare nos mostró su espléndida blancura y su silencio. Por encima de nosotros se alzaba la imponente y dominante montaña sagrada con el mismo nombre, nunca antes pisada por ningún ser humano.

Nos detuvimos brevemente para hacer fotos y tomar algo. Anatoli se abrigó, puesto que estábamos a una altitud de casi 4.000 metros, era invierno y la naturaleza nos recordaba este hecho.

Una hora más tarde, la gran pared de la cara Sur del Annapurna llenaba el horizonte y todos nuestros pensamientos. Enormes cantidades de nieve volaban desde las crestas de las montañas barridas por vientos poderosos y la capa de nieve que cubría la ladera era más profunda que nunca.

Dos horas después, cansados y con hambre, abrimos la puerta de la habitación que nos servía de campo base y pacientemente esperamos a que Phurba preparase la cena. Recuerdo que saboreamos todo lo que el cocinero preparó y le agradecemos el trabajo extra que había realizado tras aquel largo día. Después de encender una vela, fuimos al dormitorio donde nuestros helados sacos esperaban.

HACIA EL ANNAPURNA FANG

Al día siguiente, Anatoli, Dimitri y yo empezamos a subir, conscientes de que sería un trabajo laborioso abrir la huella hasta la base de la pared. Medimos 3,8 metros de nieve y comprobamos el peso de las mochilas que estaban listas para el inicio: 33 y 36 kilos fue lo que marcó nuestra báscula de mano. La habíamos traído para pesar las cargas que deberían transportar los porteadores durante el viaje de regreso, si la nieve lo permitía.

Anatoli tomó el primer relevo. Dimitri y yo le seguimos, y así teníamos la oportunidad de fotografiar y filmar. Dimitri llevaba consigo una cámara de video que había subido al Everest el año anterior. Su intención era llegar al Annapurna con nosotros hasta los 6.000 metros, y luego seguir filmándonos con el poderoso zum de la lente. No estaba incluido en el permiso de escalada, pero nadie lo sabía, ya que, una vez más, el funcionario que el gobierno nos había asignado se había encerrado en su casa de Katmandú mientras fingía acompañarnos.

Al igual que en trayectos anteriores, entre el campo base y el Coreano, tuvimos que rehacer, una vez más, el camino y abrir huella, que, como hilo de Ariadna, marcaría el camino a casa cuando el tiempo finalmente se despejase. Las subidas y bajadas por el glaciar parecían interminables y, al igual que los viajeros que cruzan las dunas de arena en el desierto, cada uno de nosotros esperaba que llegase el final de nuestra peregrinación.

Después de trazar huella durante algunas horas, llegamos a la desembocadura de un abierto corredor de 500 metros que quedaba perpendicular al glaciar sobre el que nos encontrábamos: estábamos avanzando. Empezamos a subir y, con cautela, uno a uno entramos en la última sección estrecha y empinada de tubo, que conducía a la amplia meseta por debajo de la cara Este del Annapurna Fang. Aún quedaban 500 metros, por la izquierda, hasta el campo base Coreano y un mar de profunda nieve polvo presagiaba horas de trabajos arriesgados e inhumanos. Dimitri y yo nos detuvimos a tomar una taza de té caliente y él pudo seguir filmando un poco más.

Anatoli, por su parte, siguió recto por la pendiente sin parar y subió otros 200 metros hasta que se detuvo. Sólo le alcanzamos cuando estábamos cerca del campo base Coreano. Nosotros realizamos mucho menos esfuerzo que él, por no tener que abrir toda la huella. No dijo nada, pero sentí que estaba tenso e irritable por aquella injusta división del trabajo.

A 5.000 metros encontramos la piedra en la que habíamos dejado nuestra pequeña tienda. Limpiamos la nieve de encima y alrededor del campamento y nos metimos en la tienda, que estaba desgarrada y retorcida por las semanas de tormentas que había tenido que soportar.

Me ofrecí para el trabajo de compactar la nieve y traer nieve limpia para la fusión, y Anatoli se puso a cocinar. Como se veía venir, Anatoli comenzó a discutir lo ocurrido ese día, con la clara intención de expresar su desacuerdo con mi comportamiento y el de Dimitri. Pasados unos minutos, los dos rusos comenzaron a discutir fuertemente en su propia lengua. En mitad de la discusión, Anatoli empezó a hablar en inglés. Era obvio que me quería aclarar las cosas a mí también.

—¡Dima, esto no es lo mismo que el Everest en 1996! Allí todo era mucho más fácil y teníamos oxígeno. Aquí estamos solos, aislados y es terriblemente difícil.

—¿Qué quieres decir con eso? —respondió Dimitri.

—¡Que aquí la situación es muy diferente! Anatoli se volvió hacia mí, me miró y se volvió hacia la cacerola.

No me dijo nada, pero era como si hubiéramos hablado durante media hora. Tuve en cuenta su mensaje tácito y el silbido del hornillo de gasolina fue lo único que se escuchó durante la siguiente hora.

—Aquí tienes, Simone —dijo Anatoli, mientras me entregaba la cacerola llena de sopa humeante.

Le di las gracias y empecé a tomar la sopa hirviendo. Luego le pasé la cazuela a Dimitri, quien se la pasó de nuevo a Anatoli. Este gesto fue una de las muchas cosas que me llamaron la atención acerca de Anatoli. Fue quizá el único hombre, el único alpinista que invitaba a sus compañeros a comer en primer lugar, a pesar de que siempre hacía la comida.

El comportamiento altruista en las alturas y en situaciones difíciles es una cosa rara. En algunos casos, la falta de generosidad se convierte en indiferencia pura y ha habido episodios bien conocidos de montañeros que, ante las dificultades, han abandonado a sus compañeros o se han negado a ayudarles por dar prioridad a sus propias ambiciones.

Este ruso, por el contrario, tenía un corazón tan grande como las montañas que escalaba. No era un felpudo, y la discusión que acabábamos de tener lo demostraba, pero estaba profundamente grabado en su interior la generosidad y el espíritu de equipo. Él nunca me dejaba cocinar, nunca comía el primero y nunca tomó una decisión sin consultarme. ¡Jamás! Incluso la ascensión que estábamos llevando a cabo, diferente de la ruta original que habíamos pensado, fue concebida después de escuchar mi opinión.

Terminamos la sopa y en la misma cacerola Anatoli derritió más nieve y comenzó a preparar una bebida caliente. También comimos trocitos de chocolate. Había oscurecido y Anatoli ya había encendido una vela. Cuando el té estuvo hecho, los tres bebimos hasta que nos hartamos. Una rápida limpieza con papel higiénico y nuestra vajilla ya estaba lista. Nos metimos en nuestros sacos de dormir y con un soplido a la vela la tienda se sumió de nuevo en la oscuridad.

La gélida mañana llegó demasiado pronto y tardamos un poco en abandonar el calor de nuestros sacos de dormir para preparar algo que podría llamarse el desayuno. No hace falta decir quién estaba ya delante del hornillo.

Una hora y media más tarde, salimos de la cúpula con hielo incrustado que era nuestra tienda y comenzamos a subir. Por fin, después de todas esas semanas, estábamos empezando a ganar altura y a avanzar por una ruta que recorriamos por primera vez. El camino era, por lo tanto, desconocido y las sorpresas estaban al acecho. Una detrás de otra, aparecieron las grietas y los acantilados de hielo, y empezaron las verdaderas dificultades.

Penetramos poco a poco entre torres de hielo, algunas de hasta más de cincuenta metros de altura, y en este laberinto natural comenzamos a buscar posibles vías para subir, cruzando puentes de hielo y paredes verticales que nos cerraban el paso. De vez en cuando, tomábamos la dirección equivocada y nos veíamos obligados a volver sobre nuestros pasos, quitando las cuerdas fijas que acabábamos de dejar y encontrando otra salida. Y todo ello sin poder situarnos visualmente porque estábamos engullidos por un abismo helado que nos impedía orientarnos, pues solamente veíamos las montañas circundantes.

Anatoli y yo permanecemos encordados todo el tiempo que estuvimos en los seracs, y aquel día estuve casi todo el tiempo en cabeza. Dimitri nos seguía a distancia filmando nuestras acrobacias y grabando nuestros improperios cuando nos dábamos cuenta de que estábamos en la parte superior de algún serac aislado sin posibilidad de seguir adelante.

Fue un día muy difícil e intenso, pero por la tarde salimos de ese laberinto terrible y llegamos a una meseta de unos 100 metros de largo por 50 de ancho, a 5.500 metros de altura. Anatoli se acercó y puso su mano sobre mi hombro:

—¡Bien hecho, Simone! Perdóname por lo de ayer, pero entiende que...

—Sí. Hoy es otro día y comprendí tu mensaje.

Esperamos a Dimitri y cuando llegó le pedimos que montase la tienda y que preparase algo de beber. Mientras tanto, Anatoli y yo cruzamos

la rimaya y empezamos con la pared que nos conduciría, por la cada vez más pronunciada pendiente, a 6.300 metros entre el Annapurna Sur y el Annapurna Fang. Queríamos recuperar el tiempo perdido y subir las cuatro bobinas de 200 metros de cuerda, que habíamos dejado en una roca cerca de los 5.700 m.

A nuestro regreso, nos encontramos con una sopa caliente de verduras. Hacía mucho frío y rápidamente la oscuridad lo cubrió todo. Dentro de la tienda, en cambio, la temperatura era totalmente diferente. Nos pusimos a narrar algunas historias divertidas mal traducidas, a hacer comentarios ingeniosos, a contar aventuras del mundo exterior. El ambiente distaba mucho del de la tarde anterior. La sopa cayó directamente a nuestros estómagos vacíos y, muertos de hambre, empezamos a saquear todo lo que pudimos de nuestra bolsa de alimentos mágicos.

Hablamos toda la tarde, hasta que Dimitri sacó una pequeña botella de vodka y me dijo: «¿*Chu chut?* ("¿Quieres un poco?")». Aquello era una invitación, en la que la única respuesta posible era: «Sí, por supuesto». La comida se prolongó durante mucho tiempo y, al igual que tres amigos en un pub, entre risas y *chu chut* la conversación duró hasta tarde.

En un punto, sin embargo, Anatoli comentó:

—Entonces, ¿cómo vamos a dividir el trabajo mañana?

—Como habíamos dicho —le respondí—. Iré delante hasta llegar a la cresta a 6.300 metros. Vosotros os tendréis que abrigar mucho y desarrollar las cuerdas sin que se enreden. Os quedaréis debajo de la roca, donde hemos dejado las cuerdas hoy, y esperaréis hasta que llegue a la parte superior y fije las cuerdas. No será fácil, porque cuanto más alto suba, más pronunciada y más vertical será la pared, según parece. Recordad que cada 200 metros tendréis que hacer un nudo para unir las dos cuerdas... pesarán una tonelada.

—Muy bien, Simone —respondió Anatoli—. Tú harás los tramos técnicos, y yo al llegar a la cresta cavaré el agujero en la nieve para que podamos dormir dentro.

—Muchachos, para mí mañana será el último día con vosotros. Ya he hecho más de lo que jamás había pensado. Iré hasta 6.300 metros, haré unas fotografías de la totalidad de la cresta en la que estaréis los próximos días, filmaré como caváis el agujero en la nieve y luego me iré —dijo Dimitri.

De acuerdo con el plan que habíamos elaborado, a partir de ahora sólo seríamos dos, sin tiendas de campaña y con el menor peso posible. Tendríamos que dormir en agujeros cavados en la nieve y calculamos que necesitaríamos dos, o incluso tres, antes de llegar a la cima. Nuestro equipo consistía en una pala, sacos de dormir, colchonetas para dormir, comida, cocina con dos contenedores de combustible de 250 y 500 gramos, una cacerola de aluminio, papel higiénico y unos pocos artículos personales. Empezábamos a entender lo que nos esperaba. A 6.300 metros, con el Annapurna Sur a nuestra izquierda y el Annapurna Fang a nuestra derecha, seríamos capaces de ver la terrible cresta, interminable, suspendida sobre el abismo, que podría llevarnos a la cumbre de 8.091 metros del Annapurna I. Entre nosotros y la cumbre, sin embargo, también se encontraba la cima del Annapurna Fang, de casi 7.900 metros de altura, que probablemente nos veríamos obligados a subir y bajar antes de comenzar el ascenso final hacia nuestro objetivo. Nos esperaba una cresta afilada, y teníamos la esperanza de encontrar un camino que nos evitase pasar por El Colmillo, como se conoce al Fang.

Fue probablemente en torno a las diez cuando nos quedamos dormidos; considerando que la luz del día en invierno sólo dura hasta las cinco, tuvimos realmente una fiesta aquella noche. A medianoche, una patada de Anatoli me despertó con un sobresalto.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

—¡Feliz Navidad! —respondió Anatoli, encendiendo una vela.

Era medianoche y la Navidad más fría de mi vida. Anatoli era ortodoxo y su religión celebra la Navidad el 7 de enero, pero se había acordado de mí y de mi fe.

—Gracias, Toli. Gracias.

Dejó que la vela ardiera unos segundos y luego él mismo la apagó, diciendo:

—Buenas noches, y duerme bien porque mañana vas a tener mucho que hacer.

Llegó el alba y con ella dejamos nuestros tibios sacos de dormir. La tienda estaba completamente cubierta de hielo y nuestro aliento pesaba en el aire. Toli encendió el hornillo, puso la cacerola llena de nieve encima y me dijo que disfrutase de mi saco hasta que la nieve se volviese agua. Me había concedido diez minutos más de calor y los aproveché todos, añadiendo uno o dos minutos de tiempo extra. Comimos hasta hartarnos, más de lo habitual, porque no sería fácil hacerlo durante aquel día. Estábamos particularmente alegres y tardamos unas dos horas en desayunar y en preparar nuestras mochilas, que estaban llenas de bromas y risas. Ninguno de nosotros sabía lo que el destino nos tenía reservado sólo un par de horas más tarde.

LA CORNISA

Llegó la hora de partir y continuar con el trabajo. Ni una palabra salió de nuestros labios y nuestra respiración se tomó pesada y rítmica en cuanto empezamos a escalar. Nos enfrentamos inmediatamente con un puente de nieve que nos llevaría desde la rimaya hasta la base del ancho corredor donde empezaríamos a escalar. Inmensa y amenazante, la cara Este del Annapurna Fang se alzaba justo sobre nuestras cabezas; tras cruzar el puente con cautela, empezamos a subir 200 metros, hasta que llegamos al lugar donde habíamos dejado los cuatro rollos de cuerda del día anterior. Era una cornisa de un metro de ancho por dos de largo, debajo de una gran roca. Me aseguré al extremo de una de las cuerdas atándola a mi arnés. Anatoli y Dimitri se sentaron en los carretes de cuerda y me miraban. Volví la mirada y por un momento nos quedamos así, mirándonos los unos a los otros.

—Voy —dije.

—Muy bien, Simone —respondió Toli.

Dejé el nicho que nos protegía de la visión de la sobrecogedora e inmensa pared. Tan pronto como comencé a subir, me hundí en la nieve, por encima de las rodillas. Lenta y dolorosamente, puse un pie delante del otro, y después de contar treinta pasos llegaba el momento en el que descansaba de rodillas para recuperar el aliento. Dentro de mí tenía la impresión de que éste podía ser el último día de luchar con la nieve fresca, y esto me dio fuerzas y determinación para seguir adelante. El hecho de que el viento hubiera soplado constantemente durante casi un mes en la cresta me hacía ser optimista sobre el estado de la capa de nieve allí arriba.

De vez en cuando, me encontraba con bloques de nieve barridos por el viento; como si caminara sobre cáscaras de huevo, traté de ser suficientemente delicado como para permanecer en la superficie frágil de la nieve. A sólo unos pasos vino el primero de una larga serie de agujeros que marcaría mi camino en ese tramo de esperanza. Subí lentamente, en zigzag, buscando las partes más sólidas, y de vez en cuando recuerdo que tuve suerte y que caminaba de forma muy ligera sobre esa nieve dura.

El primer aviso de Anatoli llegó según lo esperado. El primer carrete de la cuerda se terminó y con ella los primeros 200 metros de la ascensión. Poco a poco, a medida que el ángulo de la pendiente se acentuaba, la escalada se hacía más complicada y tensa, me hundía en la nieve en un muro casi vertical, y esto me producía una sensación de inseguridad a medida que aumentaban las dificultades técnicas.

La segunda llamada llegó cuando Anatoli y Dimitri me detuvieron para hacer el nudo entre el tercero y último rollo de cuerda. Para entonces, había estado subiendo durante varias horas por terreno mixto. Obviamente, estuve buscando la manera más fácil y más lógica de subir, pero las dificultades eran continuas. Sabía que tenía que llegar hasta el punto más alto o hasta terminar la cuerda. A estas alturas, usaba esto como un juego mental para mantener mis pensamientos alejados de los 800 metros de pared que había debajo de mí.

Llegué hasta debajo de una roca, lo que parecía ser el último obstáculo antes de la cornisa. La bordeé... y una descarga de adrenalina recorrió mi cuerpo y me dejó sin aliento.

Por encima de mi cabeza había una terrorífica y gigantesca cornisa de nieve y hielo que se desplegaba como una ola de mar. La muerte estaba colgada justo encima de nuestras cabezas, y sólo alguna extraña combinación de fuerzas había evitado que se desplomase sobre nosotros. Era imposible verla desde abajo, razón por la cual yo estaba aún más sorprendido y desorientado, al verme a tan sólo un paso de distancia de esta bomba de relojería. Y fue allí, en ese preciso momento, cuando me dieron la señal de que no había más cuerda y que tendría que hacer algún tipo de aseguramiento para anclar el cordón umbilical que me separaba de mis dos amigos. Estaba a 6.300 metros de altitud. Localicé una posible manera de salir de allí, haciendo una travesía hacia la derecha, bajo el enorme desplome de nieve, pero necesitaría un compañero que me asegurase. De todos modos, no había otra opción y tenía que esperar donde estaba.

Rápidamente anclé la cuerda a dos tornillos de hielo que puse en la pared. Desaté la cuerda de mi arnés y até el cabo a los dos tornillos de hielo que acababa de poner. Luego me quité la mochila y me anclé con un mosquetón a la misma unión. Hice un gesto en lugar de gritar, para no alterar a esa gigantesca mano helada y terrible que sólo estaba a unos 70 o 100 metros por encima de mí y que parecía querer llevarme entre sus garras para siempre.

Anatoli comenzó su ascenso *jumareando* constantemente por las cuerdas. De una forma muy cuidadosa, colocó los pies en los agujeros que había hecho al subir hasta que recorrió toda la longitud del tramo. Subió rápidamente y después de unos minutos Dimitri salió de su refugio bajo la roca y comenzó también a ascender.

800 metros más arriba estaba empezando a hacer frío y sentía mi espalda mojada. La pendiente orientada al este me había permitido disfrutar de varias horas de sol, pero desde hacía algún tiempo me encontraba a la sombra.

Empecé a percibir los crudos síntomas del frío del Himalaya cada vez más y más, así que empecé a moverme, tratando desesperadamente de evitar la hipotermia. Decidí filmar a mis dos amigos; abrí la mochila, saqué la cámara de vídeo y la encendí. Apunté la lente hacia abajo, enfocando a Toli mientras subía. Los guantes de altura que llevaba entorpecían su manejo, así que decidí quitármelos y guardarlos en la mochila. Resultaba mucho más fácil manejar la cámara de este modo, pero la temperatura era inferior a -30 °C, por lo que casi de inmediato, tras treinta segundos de filmación con las manos entumecidas, dejé la cámara en el suelo. Me volví hacia la pared para guardar la cámara en la mochila e instintivamente miré hacia arriba.

Una fracción de segundo más tarde, un rugido ensordecedor anunciaba el fin de la gigantesca cornisa, y con ello el fin de nuestras vidas.

«¡Anatoliii!» Ese grito desesperado fue todo lo que pude hacer, antes de que la explosión de hielo y roca empezase a caer sobre mí. Tuve el tiempo justo de girarme hacia él y aún recuerdo sus ojos. No sé cómo, pero a pesar de los cientos de metros que nos separaban puedo recordar la expresión de su mirada como si hubiera estado justo delante de mí.

Es difícil poner en palabras lo que esos ojos azules me dijeron.

Si tuviera que interpretar esa mirada, la última mirada de Toli, creo que mostraría una mezcla de miedo y determinación. No recuerdo aquella fracción de segundo como el colmo de la desesperación. De hecho, Anatoli de inmediato comenzó a moverse como siguiendo un guión familiar y bien ensayado. No se resignaba pasivamente a lo que estaba sucediendo, luchaba por aplazar la última escena de la película. Esa película en la que todos nosotros, algún día, jugaremos un papel de protagonistas...

En cuanto a Dimitri, yo no recuerdo haberlo visto en absoluto, e incluso ahora, después de buscarlo a través de las imágenes mentales de aquellos momentos, no puedo encontrar una en la que aparezca. No sé, y nunca lo sabré, dónde estaba ni lo que hizo.

Anatoli comenzó una travesía hacia un lado tratando de salir de aquella masa diabólica que apuntaba directamente hacia nosotros como un misil. Tuve el tiempo justo de agarrar las cuerdas que había fijado poco tiempo antes, mientras esperaba que la muerte me pasara de largo.

Me las arreglé para agarrarme un segundo, quizá incluso menos, y luego me sentí arrancado de la pared por una fuerza indescriptible de gran alcance. Empecé a caer a velocidad supersónica con la cuerda que corría por mis manos. Tras unos segundos, tuve la impresión de que la cuerda estaba cavendo conmigo y que yo me estaba agarrando a algo.

Después de eso siguió una fase interminable de rebotes y deslizamientos, daba vueltas y vueltas a gran velocidad como en un torbellino y, a continuación, volvía a caer, impactando violentamente con todas las partes de mi cuerpo contra varias protuberancias de la pared. Me di un golpe en la cara, reboté al vacío, de nuevo me golpeé las piernas, luego la espalda y seguí deslizándome. Trataba desesperadamente de ver algo, pero no había nada más que blanco a mi alrededor, como si estuviera rodeado de un espeso humo y tuve la misma sensación que uno siente cuando vuela entre las nubes. No había puntos de referencia, no había posibilidad de tener referencias o defenderme.

Seguí cayendo y eso fue todo.

Puedo recordar la totalidad de esa larga caída, y todavía recuerdo que cuando por fin me detuve me encontraba sentado, y todo a mi alrededor estaba tan silencioso como una tumba.

Poco a poco, la nube de humo y polvo producidos por la nieve se despejó y me di cuenta de que había caído en una meseta con la cara hacia el valle. Inmediatamente me miré las manos. Los cortes se abrían hasta el hueso y la carne quemada marcaba los bordes de los profundos surcos hechos por la cuerda. Estaba perdiendo sangre y tenía dificultad para centrarme en lo que había ante de mis ojos. De hecho, mi ojo izquierdo estaba rodeado por un hinchazón del tamaño de una naranja.

Sin dejar de mirar mis manos, les di la vuelta y vi mi reloj altímetro. Eran las 12:36 del día de Navidad y la altitud señalada era de 5.500 metros.

Después de un momento o dos intenté levantarme. Mi pierna derecha se había enredado con la cuerda, completamente enterrada en la nieve y me mantenía unido a mi destino. Me esforcé, pero no podía liberarme de mi cautiverio, así que decidí usar mis manos, o lo que quedaba de ellas, y con tremenda agonía logré liberar la pierna de los tentáculos. Me levanté y por primera vez me giré hacia la cara donde había estado sólo unos segundos o minutos antes.

Fue entonces cuando vi lo lejos que había caído. De repente, me di cuenta de que no tenía huesos rotos, de que me podía mover. Entonces me pregunté dónde estaban mis amigos.

—¡Anatoliiiiii!

—¡Dimaaaaaaa!

—¡Anatoliiiiii!

Nadie respondió ¡Nadie! Vi un trozo de tela, tal vez una mochila, en la nieve. Me acerqué, pero me di cuenta de que era sólo un trozo de ropa. Vagué durante diez, tal vez quince minutos, pero no había ninguna pista, no sabía por dónde empezar. Me sentí impotente. «¡Están muertos!». Era la cruda conclusión a la que llegué. «¡Están muertos!».

La sangre goteaba por mis manos y mi ojo ahora estaba hinchado y completamente cerrado. También estaba medio desnudo, porque la violencia de la avalancha y la caída habían rasgado mi traje de gran altitud. No tenía guantes, ni gafas de sol, la temperatura estaba por debajo de -30 °C; varado a 5.500 metros de altura, sólo podía ver por un ojo y estaba gravemente herido. Y ahora ¿qué iba a hacer?

Acababa de perder a dos amigos y mis posibilidades de supervivencia eran prácticamente cero. Nadie sabía dónde estábamos porque íbamos abriendo una nueva ruta. No había nadie en el campo base, ya que le había dicho a Phurba que bajase al valle durante unos días para que no estuviera todo el tiempo solo mientras estábamos fuera escalando la montaña. No tenía ningún medio de comunicación, estaba solo y no había tiempo que perder. El tiempo se agotaba y la hora de mi muerte se acercaba inexorablemente.

—¡No! ¡No quiero morir! ¡Putá avalancha de mierda! ¡Tendrás que volver a atacarme si me quieres matar! ¡No lo vas a conseguir! ¿Lo has oído? ¡Me pongo en camino, aunque eso signifique que me tenga que arrastrar como un gusano, pero no la voy a palmar aquí!

Así comenzó la gran batalla por mi supervivencia, y, aunque todo estuviera en mi contra, me lancé sin dudar a jugar mis últimas y desesperadas cartas.

RENACIMIENTO

Aquel mismo día y a la misma hora en que la gente vuelve de la iglesia, desenvuelve sus regalos y corta trozos del pastel de Navidad, yo me había caído 800 metros, montaña abajo, y estaba haciendo los primeros esfuerzos por moverme, intentando sobrevivir. ¡Yo quería sobrevivir y tenía que hacerlo!

No sólo había tenido la suerte de no matarme o incluso de no romperme ningún hueso, sino que la larga cadena de golpes de fortuna no había hecho más que comenzar. Me di cuenta de que aún llevaba los crampones puestos y de que al final de la repisa, donde había aterrizado, había una tienda roja. «¡Mi tienda de campaña!». Había aterrizado en el mismo lugar de donde había salido esa mañana. En tan sólo unos pocos pasos llegué a la tienda. Estaba cerrada y no pude usar mis manos para abrir la cremallera congelada. Así que planté los crampones en la tela y tiré de la cremallera con los dientes. En el interior había guantes de repuesto y una chaqueta de plumas. Me la puse y con un dolor agónico metí las manos llenas de sangre en los guantes. Ésa fue la mejor manera de impedir que los cortes profundos sangrasen más y se secase el flujo de sangre. Me arrastré con mucho esfuerzo fuera de la tienda y recuerdo que dije con un tono alto, profundo y suspirando:

—¡Muy bien, Simone, ahora tienes que salvarte! —dije en voz alta.

Fue en ese momento cuando tuve que tomar la decisión de dar la espalda al lugar donde estaban enterrados mis amigos, tal vez aún con vida, pero ¿dónde? La avalancha había sido tan grande que cualquier intento de búsqueda era una locura.

Me detuve un momento para evaluar la avalancha en el silencio y, conteniendo la respiración, busqué desesperadamente alguna señal. Luego llegó el momento inevitable, doloroso, de dar la vuelta y mirar hacia abajo, hacia la única remota posibilidad de sobrevivir.

«¡Vamos!», me repetía a mí mismo y así comenzó el descenso dramático.

Esas torres, paredes y grietas que habían parecido hostiles y aterradoras unos días antes, cuando habíamos subido los tres juntos, ahora me esperaban solo y lesionado, aguardando su venganza. Me encontré de inmediato con un corte vertical en el que había dejado una cuerda fija. No podía sostener la cuerda porque mis manos estaban inútiles. Así que la pasé alrededor de mi brazo y bajé usando la fricción. Funcionó, torpemente, pero funcionó.

Grietas y seracs fueron superados por medio de acrobacias y saltos desesperados. Crucé los puentes de hielo sin cuerda de seguridad, sabiendo que no tenía otra opción. En los tramos verticales salté varias veces diez o quince metros, aterrizando en los casi cuatro metros de nieve fresca que habían caído durante el último mes. De esta manera comencé a perder altura rápidamente, y eso aumentaba mis esperanzas de supervivencia.

Ya era por la tarde y habían pasado más de diez horas desde que empezamos a escalar alegremente. No había comido ni bebido nada y había perdido mucha sangre. Y sólo había bajado 800 metros. En consecuencia, cada vez estaba más y más cansado, notablemente fatigado, mi descenso era cada vez más lento y tenía que hacer muchas pausas. Sin embargo, me las arreglé para llegar a mi otra tienda en el campo base avanzado a 5.000 metros. Aún quedaban más de 900 metros para descender antes de llegar al campo base, pero lo peor de todo es que el camino era inexistente. Más grave todavía era el hecho de que, aunque me las arreglara para llegar hasta el glaciar, al pie de la cara, todavía tendría que caminar muchos kilómetros sobre terreno llano (o, más bien, a través de una serie interminable de subidas y bajadas) hasta llegar al campo base, que, a su vez, estaba abandonado y sin vida, porque se suponía que Phurba estaba en el valle.

Nada me hacía pensar que pudiese mantener un rayo de esperanza. Seguí de todos modos, aunque por ahora sólo podía dar treinta o cuarenta pasos seguidos. Luego me venía abajo en la nieve y me quedaba allí durante, por lo menos, un minuto y medio. Ya no recuerdo cómo ni cuándo, pero conseguí llegar a la parte de abajo de la cara, dejando atrás casi 1.500 metros de pura desesperación.

Estaba sentado delante de una inofensiva lengua de hielo, cubierta por una suave capa de nieve blanca. Ningún camino y ninguna señal de vida. En ese momento estaba totalmente agotado y ese último obstáculo que estaba delante de mí me pareció el lugar que había sido designado para mi derrumbe final, mi muerte.

Recuerdo que, mucho antes de ese momento, me hablaba a mí mismo en voz alta para animarme, como si la voz viniera de otra persona cercana que me hacía compañía y me estimulaba. No estaba loco ni estaba alucinando. Todavía uso con frecuencia este truco durante las sesiones de entrenamiento en solitario, para animarme a mí mismo a seguir adelante. Siempre he preferido entrenar solo en lugar de acompañado, con el fin de prepararme para situaciones como ésta.

Las cartas que había usado hasta ahora estaban a punto de agotarse y no tenía manera de encontrar la fuerza necesaria para cubrir esos seis o siete kilómetros sobre el glaciar. El pensamiento que me rondaba la cabeza, cada vez de manera más obsesiva, era que no habría nadie en el campo base, por lo que podía renunciar a todo y esperar allí mi fin.

—¡Cobarde, levántate! —me dije—. ¡LEVÁNTATE! ¡Ahora es el momento de demostrar si tienes agallas! ¡Cuenta hasta diez y luego levántate y sigue adelante!, ¿me oyes?

1-2-3-4... 10 y mis piernas se enderezaron. Di diez pasos y me desplomé a continuación.

—¡Genial, genial! ¡Sabía que podías hacerlo! ¡Puedes hacerlo, puedes! Ahora cuenta hasta diez y luego arriba otra vez.

1-2-3-4... 10 y otros diez pasos, y luego hacia abajo otra vez. —¡Ése es el camino! ¡Sigue así!

Este patrón de números y estímulos funcionó, pero no por mucho tiempo. Después de un rato, llegaron los primeros signos de derrotismo y desobediencia. 1-2-3-4... 10, pero mis piernas se negaron a moverse.

—¡No te rindas ahora, por amor de Dios! ¡Ahora no! Sólo piensa en que mañana podrías estar en la cama de un hospital y todo habrá terminado.

1-2-3-4... 10. Nada. No hay movimiento.

Me di un bofetón y grité.

—¡Levaaaaaannta! ¡Levanta o te daré otra! ¡Piensa en Anatoli! Bueno, Simone, ahora la cuenta atrás de diez a cero y levántate. Verás que va a funcionar, ¡vamos!

10-9-8-7-6-5-4-3-2-1-0 y me levanté. Di cinco pasos y me desplomé. De esta manera, con esta dolorosa serie de insultos y exhortaciones me las arreglé para forzar el paso a lo largo de ese glaciar.

No recuerdo exactamente cuándo, pero el momento finalmente llegó cuando pude ver las tres cabañas del Santuario del Annapurna. ¡El campo base! Yo no sabía si gritar o acercarme al campamento en silencio. Probablemente, tenía miedo de descubrir que el campamento del que dependía mi salvación estuviese trágicamente vacío y desierto.

Me tendí en el suelo durante unos minutos y luego me susurré a mí mismo:

—Simone, grita. Es por eso por lo que has llegado hasta aquí. ¡Vamos, grita!

Respiré tan profundamente como pude y con mis últimas fuerzas grité:

—¡Phurbaaaaa Phurbaaaaa!

¡Nada!

Volví a contar de nuevo y caminé hacia las cabañas. Después de diez o veinte minutos me detuve.

—¡Phurbaaaaa! —grité de nuevo.

Todavía nada.

Por extraño que parezca, no me invadió la desesperación o el llanto, y continué con valentía contando y progresando.

—¡Simoneeeeeee!

¡No! ¡No puede ser verdad! Alguien me está llamando.

Miré hacia arriba y vi a Phurba agitando los brazos alegremente en la cima de la morrena, a unos pasos del campo base y a medio kilómetro de mí.

«¡Lo he hecho! Tal vez no dependa todo de mí después de todo». Inmediatamente sentí una oleada de fuerza renovada y ánimo y respondí a Phurba:

—¡Ven aquí!, ¡por favor, ven aquí!

Phurba desapareció detrás del montículo y me puse en camino hacia él. Él no volvió a aparecer y no le vi en el tramo que había entre nosotros.

—Pero ¿dónde has ido? ¡Phurbaaa! —grité con rabia.

No hubo respuesta.

«Pero, ¿a qué espera ese idiota? A estas alturas, ya era tarde y la luz que guiaba mis pasos procedía de la luna. Era tan brillante como el día. Después de unos diez minutos, vi las siluetas de dos personas. «¿Dos? ¿Y quién es el otro?»

Los dos vinieron rápidamente hacia mí, Phurba traía un termo de té caliente. Totalmente ignorante de lo que había pasado, había preparado té antes de venir a mi encuentro. Como era frecuente en el campo base, él había decidido darnos la bienvenida con una bebida caliente.

A medida que se acercaban, pude ver que sus miradas buscaban, detrás de mí, obviamente, a Anatoli y a Dima.

Unos minutos más tarde, Phurba estaba delante de mí y todavía recuerdo su mirada horrorizada. Sin esperar a que él hablara, le dije:

—Phurba, ha habido un terrible accidente. Anatoli y Dimitri han muerto.

Él no hizo preguntas y me dio su hombro para que me apoyara en él al caminar. Fue entonces cuando vi quién era la otra persona.

Era Cecilia, la chica que conocimos en Hot Spring y que, providencialmente para mí, decidió subir hasta el refugio poco después de nuestra partida. Ella no dijo ni una palabra y su rostro se nubló de tristeza. Cogió el termo de las manos de Phurba e inmediatamente me ofreció el té caliente. Bebí varias tazas y sólo entonces Cecilia rompió el silencio diciendo:

—Sé valiente, Simone, estás a salvo y ahora te podemos ayudar.

Los últimos metros fueron los peores, los más difíciles, ya que tuve que subir 100 metros por encima de la morrena. Afortunadamente, Phurba y Cecilia estaban allí para ayudarme.

Entré en la cabaña y por primera vez en aquel día me senté en algo que no era ni roca ni nieve. Me tendí en la cama de Phurba y de inmediato se puso a cocinar. Me complacía el calor de la llama y la luz de la lámpara de gas. Poco a poco empecé a asimilar el hecho. Sí, realmente había llegado al lugar que hacía unas horas sólo podía soñar y que la razón me decía que era imposible.

Cecilia se sentó a mi lado, me ayudó a quitarme las botas y los crampones y me ayudó a meterme en el saco de dormir, luego comenzó a hablarme sosegadamente, haciéndome sentir a salvo y seguro. De vez en cuando, me preguntaba cómo me sentía y dónde me dolía. También me acarició la cara y con eso me quedé dormido al instante.

Cuando la cena estuvo lista Phurba me despertó y me dijo:

—Simone, disculpe, pero usted tiene que comer algo.

Una vez más con la ayuda de Cecilia, me incorporé y, todavía en el saco de dormir, ella me dio la comida con una cuchara. Tenía hambre y comí con avidez. Por primera vez sentí un fuerte dolor en mi pierna derecha y sólo entonces me di cuenta de que tenía dos largos cortes en mi pierna producidos por la cuerda. La quemadura comenzaba en la pantorrilla, en espiral, hasta el interior de mi muslo.

Después de la cena, miré a Phurba y le dije:

—¡Phurba, escucha! Tienes que ir a buscar ayuda. Debes correr valle abajo sin parar, de inmediato, hasta Gandrung y telefonar a Nima, mi amigo nepalí de Cho Oyu Trekking. Dile lo que ha sucedido y que necesito con urgencia un helicóptero.

Phurba asintió con la cabeza y escuchó serio todo lo que le decía.

—Anota el número de Nima: 418890.

Phurba no se movió.

—¡Phurba! ¡Apunta el número o lo vas a olvidar!

Phurba se encogió de hombros y sólo entonces me acordé de que era analfabeto. No sabía escribir. Así que Cecilia arrancó un trozo de cartón de un paquete de comida y escribió el valioso número sobre él. —Coge la frontal y vete de un tirón. Ahora depende todo de ti.



▲
SIMONE MORO CON
ALBERTO CONSONNI,
SU SEGUNDO MAESTRO
DESPUÉS DE SU PADRE.



▶
SIMONE MORO
ESCALANDO EN LA PARED
DE SAN PELLEGRINO.

G. M. BESANA

SIMONE MORO CON ALBERTO CONSONNI, SU SEGUNDO MAESTRO DESPUÉS DE SU PADRE.
SIMONE MORO ESCALANDO EN LA PARED DE SAN PELLEGRINO.

Phurba se preparó en silencio y se plantó delante de mí. Entonces le dije:

—Así como yo me las he arreglado para llegar hasta aquí, tú tienes que conseguir llegar a Gandrung. He visto que no hay sendero por el valle. Estamos aislados, pero estoy seguro de que tú puedes encontrar un camino ST llegar sin problemas. Vete ya.

Salió rápidamente y volví a acostarme en la cama. Cecilia se dedicó a cuidarme durante la larga espera, encargándose de la cocina del campamento y sentándose frente a mí. Después de unos segundos, caí rendido en un sueño profundo.

A pesar del dolor, que estaba aumentando, el agotamiento se #impuso y esto me ayudó a sobrevivir durante las largas horas de espera. Pero no fue un sueño tranquilo. Tan pronto como me movía o trataba de cambiar de posición, el dolor me devolvía a la realidad. En esos momentos, me di cuenta del estado en el que estaba y pensé en Phurba. Podía imaginarlo, con la nieve hasta la cintura y la frontal alumbrando. Traté de calcular por dónde iría y la distancia y el tiempo que tenía por delante. De vez en cuando, Cecilia me ofrecía algo de beber y me decía que descansase.

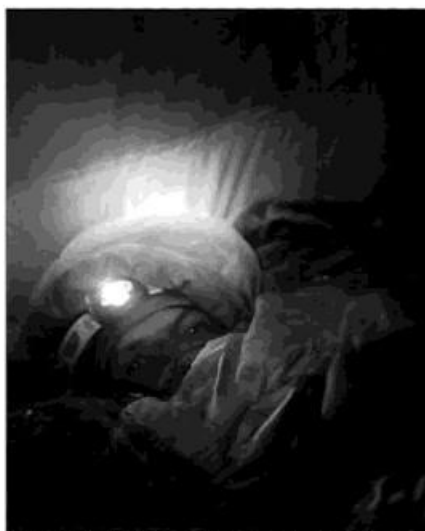
ENTRE AMIGOS

Me dormía y me despertaba a cada rato durante toda la noche, hasta que los primeros rayos del alba iluminaron el mundo que me rodeaba. Un nuevo día amanecía y esperaba oír el sonido del helicóptero en cualquier momento.

Phurba caminó toda la noche enfrentándose a innumerables dificultades y penurias. Me podía imaginar lo que había sucedido. Caminó durante horas con la nieve hasta la cintura. De vez en cuando, se detenía agotado y sus ojos brillaban como antorchas en la distancia. Estaba buscando un camino hacia abajo, uno que le llevase hacia el teléfono y mi salvación.

Llegó el alba para él también y finalmente las cosas se tornaron más fáciles. La luz del día le permitió orientarse con mayor precisión y eficacia, y la capa de nieve era ya mucho más fina. Sólo 20 centímetros, ya que durante su caminar nocturno había descendido más de 1.000 metros y más abajo las nevadas eran más ligeras.

Al fin llegó a Bambú, el primer pueblo habitado (dos cabañas) que se encontraba de camino hacia abajo. Se detuvo un momento, pidió un poco de té caliente y comió algo. También fue una oportunidad para intercambiar unas rápidas palabras y explicar lo que le había sucedido a la expedición en el Annapurna. Unos minutos más tarde partió de nuevo. Estaba cansado, pero al pasar por un pueblo y otro recobró nuevas energías e impulsó su moral. Había caminado durante más de 15 horas cuando se encontró finalmente frente a la subida empinada que conduce hasta Gandrung. Encaramado en lo alto de una colina, el pueblo ya estaba a la vista, pero todavía había 1.000 metros de subida que recorrer. Recuerdo bien aquella subida, la misma que Toli y yo subimos a la carrera en busca de un teléfono hacia unas semanas. Era muy pronunciada y no daba respiro.



EN LA CIMA DEL GASHERBRUM II (INVIERNO DE 2011).
EN EL CAMPO III DEL GASHERBRUM II

A estas alturas, Phurba estaba agotado, pero siguió con desesperación hasta el último punto. Sabía que mi salvación dependía de ello. Era más de mediodía cuando puso sus pies sobre las piedras de las calles del pueblo, al borde del colapso. Sudoroso y hambriento, entró como un disparo en la casa de comidas donde, en una caja de madera cerrada con candado, se guardaba el único teléfono de todo el valle del Annapurna.

—¡Tengo que llamar ahora mismo a Katmandú! ¡Necesitan un helicóptero! ¡En el campo base hay un italiano herido de gravedad y sus compañeros están muertos! Rápido, llame a este número.

Phurba entregó el pedazo de cartón con el número de teléfono al propietario. Esa pequeña esperanza estaba empapada en sudor y él la

manejaba como si fuera una reliquia sagrada.

—Lo siento, el teléfono está roto.

La respuesta sorprendió a Phurba al máximo y se sentó en un banco.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó mi cocinero.

El propietario se quedó pensativo y dijo:

—El teléfono más cercano que funciona está en Pokhara, pero eso significa dos días andando o quince horas corriendo hasta llegar allí. Si quieres, podemos encontrar a alguien fresco que llegue hasta el teléfono mañana por la mañana.

—Eso podría ser demasiado tarde para Simone —dijo Phurba. Después de uno o dos segundos, el propietario agregó: —Cerca de aquí está la oficina del Parque del Annapurna y todos los días, por la mañana, están en contacto por radio con Pokhara. Podemos ir allí y ver lo que pueden hacer. Tal vez haya una mejor solución.

Phurba sintió que sus esperanzas aumentaban de nuevo y los dos corrieron hacia la segunda y pequeña de las posibilidades. Llegaron al edificio que albergaba la oficina del Parque del Annapurna y entraron directamente. Hablaron con el director, Phurba le explicó lo que había sucedido el día anterior en la montaña y le mostró el pedazo de cartón que Cecilia le había confiado.

—Establecemos contacto por radio todos los días. Ya ha pasado el mediodía, y ahora será difícil encontrar a alguien, pero podemos intentarlo de todos modos.

Todos ellos se reunieron alrededor de la radio y pronto hubo un montón de gente, porque la noticia se había extendido por el pueblo como un reguero de pólvora. Continuaron llamando durante varios minutos. Por fin una voz respondió. La señal era pobre y la voz metálica. Poco a poco y en tono mesurado, empezaron a explicar la situación y a pedir ayuda. Como si se transmitiera con señales de humo, la noticia pasó de oficina en oficina hasta llegar a su destino. Nima cogió el teléfono y una voz dijo:

—¿Señor Nima?

—Sí, ¿quién habla?

—Me han dado un mensaje para usted, desde la oficina del parque en Pokhara: la expedición en el campo base del Annapurna organizada por usted ha tenido un accidente. Todos los miembros de la expedición han muerto y se necesita un helicóptero en el campo base.

—¿Qué quieres decir con que todos están muertos? ¿Para qué se necesita el helicóptero? ¡Explicate, por favor!

—Lo siento, no sé nada más. Éste es el mensaje que he recibido y que remito a usted.

—Pero si están todos muertos, ¿qué necesidad hay de un helicóptero?

Nima se dio cuenta de la extrema y delicada situación a la que se estaba enfrentando. Más de cuatro horas de vuelo para ir y volver. Por otra parte, el Gobierno de Nepal exige siempre que los helicópteros deben ser pagados por adelantado, y el precio por hora era de 2.000 dólares. Más de 8.000 dólares tenían que ser abonados basándose en una comunicación de radio, que además no ofrecía ninguna esperanza.

Nima miró su reloj: doce y media del mediodía. Sabía muy bien que los helicópteros volaban solamente por la mañana para aprovechar las corrientes térmicas ascendentes, que hacen que los aparatos sean más ligeros. Pensó una y otra vez sobre lo que debía hacer. Se repitió a sí mismo las palabras que le habían comunicado, analizando su significado. Los minutos pasaban inexorablemente.

De repente, Nima se levantó de su silla, se puso los zapatos y se lanzó hacia el aeropuerto, que está en zona militar. Se reunió con el piloto, un coronel, y le dijo que necesitaba una operación de rescate y que estaba dispuesto a pagar por ello. La respuesta fue un sí, pero la siguiente frase le dejó helado:

—No te preocupes, mañana por la mañana saldremos con las primeras luces.

—¿Mañana por la mañana? ¡Tienes que salir ahora mismo!

—Eso es imposible. ¿No has visto qué hora es? Tardaremos dos horas en llegar allí, y además, es un valle muy estrecho y no lo conocemos. Ninguno de nosotros ha volado jamás en esas zonas. Correríamos un riesgo muy alto. ¡Y si las nubes descienden sería el fin! Tendríamos que volar guiándonos por la vista y siguiendo los mapas.

Nima respondió de inmediato:

—Mañana será demasiado tarde. Es ahora o nunca.

Siguieron discutiendo un poco más. A continuación, a Nima se le ocurrió otra idea, le dio las gracias al piloto y se fue corriendo sin ninguna garantía, pero Nima sentía y deseaba algo que su sexto sentido le decía.

Nima Nuru Sherpa —el nombre completo de este amigo que estaba buscando una solución desesperada— era un hombre muy conocido e influyente en Katmandú. Se había acordado de un pariente que tenía una licencia de piloto de helicóptero y trabajaba pilotando helicópteros para una pequeña empresa privada, en la que también era socio. Se las arregló para dar con él primero por teléfono y luego en persona en un tiempo récord. Le explicó la situación y le pidió como favor personal que volase hasta el campo base, en el Santuario del Annapurna. También dijo que le pagaría de inmediato. El piloto accedió sin dudar un instante y buscó a su copiloto. Rápidamente se prepararon y las palas del rotor del helicóptero se pusieron a girar. Muy pronto, los dos se fueron volando hacia lo desconocido. Destino desconocido, misión desconocida y el resultado era un misterio.

Una hora más tarde, el helicóptero llegaba hasta el valle. Las manos del copiloto sudaban mientras sostenía el mapa de la zona. A raíz de la información dada por los instrumentos de vuelo, la forma de las curvas de nivel y los símbolos en el mapa, sobrevolaron los numerosos valles hasta que lograron encontrar e identificar el río Modi Khola, que recorre la parte inferior del valle del Annapurna. Desde este punto, no era fácil reconocer Gandrung, el pueblo desde el que Phurba había logrado enviar el SOS.

El helicóptero aterrizó después de trazar un círculo completo para estudiar las condiciones. El pueblo entero estaba reunido en la plaza fuera de la oficina del parque. En cuanto las aspas dejaron de girar, el piloto habló con el director, a cargo de la oficina, y con Phurba. El plan de acción estaba mucho más claro ahora y la esperanza de salvar mi vida dio un impulso al piloto y propulsó su moral. La decisión de despegar fue tomada de nuevo, pero para reducir el riesgo al mínimo y maximizar la capacidad operativa del helicóptero, el copiloto se quedó en tierra, se descargó parte del combustible y se retiró todo lo que no era estrictamente necesario: el extintor de incendios, los cilindros de oxígeno, las chaquetas a prueba de viento y así sucesivamente.

El trabajo se llevó a cabo en poco tiempo y poco después el helicóptero despegó de nuevo. Las nubes estaban ya reunidas en el valle y el azul del cielo sólo podía verse de vez en cuando. El piloto volaba a baja altura, siguiendo las aguas río arriba hasta el final; a medida que la máquina iba cogiendo altitud, la azotaban las ráfagas heladas de viento.

Yo tenía la esperanza de ser rescatado ese día. El dolor era persistente y lo único que me ayudaba era la compañía de Cecilia, y me obligaba a hablar con ella para sentirme mejor. No había hecho nada en toda la mañana, excepto mirar al reloj y mantener mis oídos atentos para capturar cualquier sonido, el sonido de un helicóptero. Pero todo lo que se oía era el estruendo de las avalanchas al caer o a Cecilia en la estufa de gas. Sin embargo, también hubo pequeñas conversaciones con la chica de Argentina, que en parte lograba distraerme de la tensión de la

espera. Ya no recuerdo de qué hablamos. Tal vez ella de su país y yo de qué haría cuando volviera a casa. No recuerdo haber hablado de los dos amigos que había perdido o de cómo se había desencadenado la avalancha. Cecilia era capaz de hacerme pensar en otros asuntos para no empeorar la situación.

Mientras tanto, el helicóptero continuó subiendo lentamente, azotado en las gargantas estrechas que conducen al campo base del Machapuchare. Desde allí, el valle se abría a los pies de la cara Sur del Annapurna, donde estaba el campamento base.

El cielo se había nublado por completo ahora y las nieblas bajas se cernían sobre la nieve que rodeaba la choza donde Cecilia y yo estábamos esperando. De pronto, me pareció oír un ruidó extraño y le hice señas para que no hiciera ruido.

—¿Qué es? —me preguntó Cecilia.

No le respondí, continué con mis oídos muy abiertos y con la mirada puesta en el aire.

—¿Hay alguien ahí fuera? —me preguntó.

—Me pareció oír un helicóptero.

Cerca de mí había un cubo de plástico que había pedido a Cecilia que preparara, con ropa limpia y mis documentos personales para subir a bordo de un helicóptero, en el caso de que llegase.

Un segundo más tarde le dije:

—Cecilia, ¿puedes oírlo tú también?

No estaba seguro de estar alucinando o soñando, o si realmente podía oír algo.

Cecilia escuchó concentrada y abrió mucho los ojos. Salió corriendo de la habitación y comenzó a mirar alrededor.

—¡Sí, me parece oír un helicóptero! Pero está muy nublado. ¿Cómo nos encontrarán?

Al igual que un muñeco de resorte, salté sobre mis pies. Todo el dolor, todas las quemaduras parecían desvanecerse mientras me preparaba para ser rescatado.

—¡Cecilia! ¡Cecilia, corre! Coge el cubo y llévalo fuera, ponlo en el helicóptero, si consigue aterrizar.

—¡Allí está! —dijo Cecilia—. ¡Allí está!

Al ver a Cecilia, el helicóptero se puso justo encima, levantando una nube de nieve, y los esquís de la aeronave se hundieron en la nieve fresca a sólo unos pasos de la cabaña.

Salí del saco de dormir a medio vestir y, sin ponerme las botas, salí corriendo de mi refugio al igual que un soldado estadounidense en Vietnam. El piloto ya había abierto la puerta del helicóptero y me lancé de frente, cayendo sobre el estómago. Cecilia fue a cargar el cubo en el helicóptero y el piloto empezó a gritar:

—¡No! ¡No! No pongas más peso, ya estoy en el límite.

De inmediato, intervine para preguntar:

—Sólo pesará cinco o seis kilos a lo sumo, ¿de verdad no puedes? El piloto estaba comprensiblemente tenso y nervioso, y por primera vez me miró fijamente a los ojos.

—¡Vale, vale! ¡Pero cierra esa puerta!

En cuestión de segundos sentí que me elevaban y que empezábamos a volar hacia Machapuchare, donde comenzaríamos a bajar por el valle.

Apenas podía creer que estuviera vivo. No me cabía en la cabeza. Era muy tarde y mis esperanzas ya habían sido aplazadas hasta el día siguiente.

Con frecuencia, el helicóptero *chocaba* con las nubes y de repente perdíamos nuestro sentido de la dirección. La mano derecha del piloto mantenía bien sujetos los mandos del helicóptero, tan firme como un cirujano, nos mantenía en el camino correcto. Fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que le costaba llevar a cabo este rescate. Se podía haber matado y ahora estábamos juntos compartiendo los últimos momentos de este arriesgado rescate. De repente, bajó la velocidad y descendió, deslizándose entre las nieblas muy cerca del río. Fue en ese momento, cuando pasamos por la parte más estrecha del valle hasta que la niebla desapareció, cuando llegó el final del peligro. Entonces, ya estábamos cerca de Gandrung.

Había aún más gente en la pequeña plaza donde teníamos que aterrizar. Un hombre con uniforme intervino para aclarar la pequeña parcela que se encontraba al borde de la montaña y donde tenía que aterrizar el helicóptero.

Rápidamente tomamos tierra y saltamos del milagroso juguete. La primera persona que me saludó fue Phurba, todo sonrisas. Después de tanta ineficiencia, de las explosiones de ira y desacuerdos acumulados a lo largo de la expedición, esta vez lo había hecho todo perfectamente y en el momento oportuno. Puse una mano en su hombro y le dije:

—¡Gracias, Phurba, gracias! Y no añadí nada más.

La multitud se agolpaba a mi alrededor, pero manteniéndose a un par de metros de distancia. Probablemente no se me veía muy guapo.

Lo que me impactó fueron los olores. Olí el aroma de la vegetación, el humo de las casas, la tierra. En altura uno se encuentra en un ambiente casi estéril. Había recuperado, de repente, mi sentido del olfato y cuando recuerdo ese sentido placentero de asombro, me doy cuenta de nuevo del valor de muchas cosas simples que tan a menudo damos por hechas.

Nó nos detuvimos mucho tiempo allí. Justo el tiempo que invertí para intercambiar algunas palabras, beber una taza de té caliente con el piloto y su asistente y llenar el depósito de combustible, antes de irnos volando otra vez, hacia Katmandú.

No sé si fue porque me quedé dormido o porqué estaba aturdido por el repentino cambio en mi situación, pero el viaje me pareció particularmente breve. Lo que sí recuerdo del trayecto es lo duro que me resultó pensar, por primera vez, en Anatoli y Dimitri. Me hubiera encantado, y habría deseado y esperado, tenerlos a mi lado, aquí.

Fue en esos momentos cuando me di cuenta de cómo los acontecimientos de la vida de uno transcurren por una fina línea de incertidumbre, azar, suerte y destino, y lo poco que se necesita para inclinar la balanza. Uno puede perderse en un laberinto de interrogantes, sentimientos de culpa o cualquier otro estado de la mente que trate de explicar y entender lo que simplemente hay que aceptar: la muerte.

Pero, si, tal vez... Éstas son las preguntas de siempre que, afortunadamente, ni siquiera me planteé en ese momento. Sentí un tremendo dolor por la pérdida del mejor amigo de mi vida, pero sabía que no tenía fuerza. Llorar no iba a devolverle a la vida y por eso no lloré.

Al fin, las colinas de la capital quedaban a la vista y me acerqué al piloto para mirar. Casas, calles, coches y personas en movimiento eran una clara indicación de que sólo unos minutos me separaban de la civilización, una cama limpia y un hospital. Un poco más tarde vi la pista del aeropuerto y, junto a él, el helipuerto. Aterrizamos a la primera, definitivamente en el suelo. Nima me estaba esperando allí y fue él quien abrió la puerta del helicóptero.

—Simone! ¡Estoy tan feliz de verte! Estaba seguro de que todavía estabas vivo.

—Gracias, Nima. Te has portado conmigo. Sabía que podía contar contigo.

—Vamos, vamos, el coche está aquí. Tenemos que ir directamente a la consulta de un médico.

Me volví hacia el piloto, nos miramos por un momento y le ofrecí el dedo meñique de mi mano derecha.

—¡Muchas gracias. Me has salvado la vida!

El personal del aeropuerto me miraba sin decir nada. La noticia de lo que había pasado llegó antes que yo y era fácil leer el asombro en los ojos de la gente.

Cojeando y con la ayuda de Nima, me dirigí hacia la salida. Subí al coche y me explicó adónde íbamos.

—Vamos a una clínica francesa, donde sé que los médicos son buenos para conseguir los primeros auxilios y un diagnóstico.

—Estoy totalmente en tus manos. Sabes que confío en ti.

LAS MANOS DE UN ESCALADOR

Tardamos cinco minutos en llegar a una pequeña casa limpia, rodeada de un impecable y cuidado jardín. Ya era tarde y me sentía cansado y sucio. También tenía calor por el cambio dramático de temperatura que había experimentado en tan poco tiempo.

Salí del coche con dificultad y, cojeando más que nunca, me dirigí a la entrada de la clínica. Nima me abrió la puerta y fui recibido de inmediato por la doctora, de unos 35 años, que llevaba una bata blanca. Era francesa y me pidió una explicación breve de lo que había sucedido. Me hizo pasar a la sala de primeros auxilios, donde preparó gasas, vendas, desinfectantes e instrumentos para coser. Cogió dos botellas de vidrio transparente con una solución salina para empapar las vendas de las heridas. En el campo base, Cecilia había logrado quitarme los guantes y poner apósitos de gasa en las manos, atándolas con un vendaje temporal.

Sin embargo, la carne cruda se había secado y pegado a las vendas, por lo que tuve que hacer frente ahora a una pura agonía, mientras la doctora miraba lo que quedaba de mis manos. Empezó a verter la primera botella de solución salina en un pequeño recipiente de metal, en el que poco a poco sumergió mis manos, mientras añadía la segunda botella.

—Pero, ¿cómo ocurrió esto? —me preguntó.

Obviamente, trataba de distraerme y hacerme hablar para que me relajara y todo me resultara más fácil. Charlamos unos minutos hasta que las gasas estuvieron empapadas y se ablandaron completamente. Había llegado el momento de empezar a quitar las vendas de mis manos y comprobar las heridas hechas por la cuerda. Fue una tarea muy dolorosa. Apretaba los dientes y me quejaba de vez en cuando, pero la doctora me trató con delicadeza y habilidad.

Tan pronto como mis manos quedaron al descubierto, los ojos de la doctora se abrieron como platos y se dirigió a Nima. A pesar de su buen ánimo y experiencia, se impresionó mucho. Cogió las tijeras y empezó a cortar los bordes dañados de la piel alrededor de las heridas.

—Éste es un tejido que tiene que ser quitado, no te preocupes —me dijo. Desinfectó todas las heridas y las vendó ordenadamente.

—He hecho todo lo que he podido, pero debes visitar a un especialista para obtener un dictamen sobre las posibles lesiones de los tendones.

—Por supuesto —dijo Nima—. Ya he fijado una cita para mañana por la mañana.

Tras dar las gracias a la doctora, salimos de la consulta. Ya en el coche, Nima me dijo que yo dormiría en su casa porque tenía que descansar un poco. Esa noche, también, fui capaz de llamar por teléfono a Sandra, mi novia, y le conté lo que había sucedido. Era importante que la noticia se la contase yo directamente, con el fin de no crear ansiedad y estrés innecesarios. La historia de la tragedia causó mucha tristeza, pero así evité el pánico que la noticia podría haber producido si la noticia le hubiese llegado, por ejemplo, a través de la prensa. Sandra llamó a mis padres y les contó lo que había sucedido. Después de dar la noticia a mi familia, quedaba muy poco tiempo para lidiar con la difícil tarea de comunicárselo a Linda, la compañera de Anatoli.

—Nima, ¿a qué médico especialista vamos a visitar? Estoy preocupado. Mis manos lo son todo para mí. Debo ser capaz de escalar de nuevo. ¿Realmente hay alguien en Katmandú competente para hacer un diagnóstico?

—No te preocupes. Hace unos meses, el doctor Baskota abrió una clínica privada donde trabaja con su equipo. Es un cirujano brillante y será capaz de decirnos exactamente cómo están las cosas.

Llegamos a casa de Nima y su esposa salió a nuestro encuentro. Por la expresión de su cara, mi aspecto debía de ser bastante horrible. Me había preparado la cena y me la llevó a mi habitación, que estaba lista. Nima me ayudó a desvestirme y lavarme un poco. Por fin me pude acostar y aún recuerdo la sensación del colchón suave bajo mi cuerpo y las sábanas limpias. Sin embargo, saqué la pierna derecha fuera de las sábanas, debido a las quemaduras con la cuerda, que eran muy dolorosas. Dormí profundamente y sin tener pesadillas. Incluso la primera noche que pasé en el campo base, después del accidente, no tuve pesadillas y fui capaz de dormir bien y recuperarme.

Me levanté sobre las ocho y media de la mañana siguiente. Nima y su esposa aún no habían desayunado y me estaban esperando en silencio. Yo estaba mejor, mucho mejor, y comí con gusto. Tan pronto como terminamos, Nima dijo:

—Esta mañana tenemos cita en el hospital de Baskota. He llamado para confirmarlo.

En veinte minutos ya estábamos en el hospital. Me dijeron que me tumbase en una camilla y me llevaron a una habitación. Un médico llegó y realizó de nuevo el doloroso proceso de quitar los vendajes de mis manos para poder hacer un diagnóstico. Las desinfectó de nuevo y esta vez el dolor fue insoportable. El médico fue tan cuidadoso como pudo, pero yo estaba más sensible y, aunque me esforzaba, era demasiado para mí. Cuando por fin me quitó las vendas, el médico comenzó a probar la capacidad de movimiento, activo y pasivo de mis dedos.

—Los tendones no parecen estar desgarrados, pero quiero comprobar el dedo medio de tu mano izquierda. Éste parece ser el que peor está.

Me dio un anestésico local, pero todavía no podía soportar que me tocara el dedo.

—Lo siento doctor, pero el dolor es una agonía, en el momento en que lo tocas lo tengo que doblar. Mira, no quiero montar un escándalo, pero te juro que no puedo más.

—No te preocupes. Creo que de todos modos vamos a tener que pasar por la sala de operaciones para arreglarte ambas manos. Te voy a dar un anestésico general para poder hacer un análisis completo y detallado, sin tener que sufrir más.

Ni siquiera fui consciente de ello, pero poco tiempo después caí en un sueño profundo. Me llevaron al quirófano y el cirujano se puso a trabajar. Me desperté y empecé a tomar la medicación la mañana siguiente, cuando el cirujano me vino a ver. Todavía puedo recordar la placa con su nombre: doctor Chakra, era uno de los ayudantes del legendario Baskota.

—Cómo ha ido? —le pregunté de inmediato.

—Muy bien, señor Moro. Todo ha ido perfectamente. Era lo que yo pensaba, el tendón del dedo medio de su mano izquierda estaba completamente desgarrado. Los tendones de los demás dedos estaban parcialmente desgarrados. Hemos conectado todos de nuevo a la perfección.

—¿Podré volver a escalar? —pregunté con ansiedad.

—No tienes por qué preocuparte. Estoy seguro de que lo harás. Necesitarás tiempo y todo dependerá de ti. La fisioterapia será muy estricta y exhaustiva, pero estoy seguro de que lograremos una recuperación completa de tu capacidad atlética.

—Incluso si eso significa dolor y lágrimas, estos dedos volverán a ser tan buenos como antes.

—Lo sé, lo sé. Te advierto que, probablemente, nunca podrás estirar tu dedo corazón por completo. Pero después de todo, para escalar hace falta cerrar los dedos, no abrirlos, ¿no? —y el médico se echó a reír.

—Gracias, doctor. —Le dije satisfecho.

Me angustiaba el resultado de la operación, así que me sentí plenamente satisfecho con la respuesta y suspiré de alivio.

ÚLTIMA ESPERANZA

Ahora llegaba el momento más duro de toda la tragedia. Tenía que llamar a Linda y darle la noticia de que su pareja, mi amigo, ya no vivía.

A pesar de que Nima y yo habíamos hecho todo lo posible para que no se propagase la noticia del accidente, los principales periódicos y agencias internacionales de prensa en Katmandú lo sabían ya. Esa misma mañana me dijeron que estaban preparando comunicados de prensa. Linda no podía, ni debía, enterarse de lo ocurrido a través de los periódicos o la televisión. Internet era otra fuente peligrosa de información.

Nima estaba conmigo cuando el cirujano entró. Le pregunté si podía tener un teléfono en mi habitación y expliqué la razón. El médico fue rápido y eficiente como de costumbre. Cuando me trajeron el teléfono, unos minutos más tarde, Nima salió, junto con algunos amigos *sherpas* que habían venido a visitarme. Sabía que esto iba a ser un momento muy difícil para mí y no quería que nadie más lo presenciara, haciendo las cosas más difíciles.

Poco a poco marqué las teclas, pero no tenía el discurso preparado. Iba a usar palabras sencillas, según me vinieran. Casi siempre hago lo mismo en cualquier clase de discurso, ya sea público o privado. No me gusta aprender las cosas de memoria y recitarlas como un idiota.

—¿Hola?

—Hola Linda. Soy Simone.

—Hola Simone. ¿Cómo estáis?

Su tono de voz no era alegre. Era como si ella ya hubiera percibido algo.

—Ahora estoy bien, pero ha habido un trágico accidente.

Silencio.

—Estábamos escalando y una cornisa de hielo cayó encima de nosotros, provocando una avalancha. He sobrevivido, pero no he visto a los otros desde entonces.

Linda empezó a llorar repitiendo, «¡No! ¡No puede ser!». Fue entonces cuando sentí que debía darle un último rayo de esperanza con el fin de ayudarla a aceptar lo que había sucedido y darle tiempo para asimilar el pleno significado de la tragedia.

—¡Linda!, te digo que no les he visto desde entonces, pero no puedo estar absolutamente seguro de que estén muertos o que no haya nada más que podamos hacer. Te digo esto porque la avalancha se detuvo a unos pocos metros de nuestra tienda. Tras el accidente, yo no podía ver bien y sólo les busqué durante unos minutos. En la tienda hay provisiones y combustible para una semana. Si salieron de la avalancha después de que me fuera, lograrían llegar a la tienda de campaña, incluso aunque estuvieran heridos, y podrían sobrevivir durante varios días. No quiero crear falsas expectativas, simplemente estoy diciendo que esto es una posibilidad. Es por eso que te prometo que voy a conseguir un helicóptero hoy mismo y voy a subir a la avalancha.

—Sí, es absolutamente necesario organizar un helicóptero, pero si estás lesionado no debes ir.

—Yo estoy bien, puedo ir perfectamente.

Sin dejar de llorar, Linda me rogó que hiciese todo lo posible y que no me preocupase por los costes. Ella iba a pagarlo todo, y de inmediato saldría corriendo al aeropuerto para comprar un billete en el primer vuelo a Nepal.

Todavía aturdido y débil de la anestesia, salté de la cama y comencé a vestirme a duras penas. Tenía las manos vendadas por completo, con los dedos pulgares sobresaliendo de la masa de vendas. Tuve que llamar a Nima.

—Nima, ayúdame a vestirme. He prometido a Linda volver al lugar del accidente. No hagas preguntas o trates de detenerme. Puedo pagarlo, pero tienes que ayudarme a encontrar un helicóptero, ahora. No te preocupes por los gastos.

Salimos del hospital, no sin antes discutir con una enfermera, y rápidos como un guiño llegamos al aeropuerto. Esta vez hablé yo mismo con el coronel, un piloto de helicópteros del ejército. Me vio vendado y cubierto de gasas e intuyó que yo era la persona de la que Nima le había hablado el día anterior. Entramos en la oficina del ejército, rellenamos rápidamente dos formularios y Nima entregó un cheque de 3.000 dólares como depósito.

Poco después, el piloto, el copiloto y yo estábamos en el aire. El helicóptero verde me llevaba de vuelta al lugar donde, horas antes, había estado cara a cara con la muerte y se había tragado a mis dos amigos.

El plan de acción era el mismo que para el rescate: llegar a Gandrung, dejar en tierra al copiloto junto con todo el peso innecesario y sobrevolar la avalancha. Pero esta vez las cosas no iban tan bien. Nos las arreglamos para llegar a la aldea, de nuevo por la montaña, pero fue imposible alcanzarla. El tiempo era muy malo y más de una vez nos perdimos, quedando a merced de las nubes. Fuimos y venimos continuamente. Hubo varios intentos desesperados de sacar provecho de los breves segundos de mejor visibilidad, pero no servía de nada. En una ocasión, nos las arreglamos para llegar hasta el campo base del Machapuchare, a sólo dos minutos en helicóptero hasta el lugar de la tragedia, pero fuimos incapaces de ir más allá. Así que volvimos a Gandrung, a esperar una mejora en el tiempo. Fuimos capaces de hacer otro intento, pero sin éxito. Pasamos todo el día esperando, pero por la noche tuvimos que aceptar la cruda realidad de tener que regresar. Ninguno de nosotros dijo ni una sola palabra durante el vuelo de regreso, y esta vez el viaje se nos hizo increíblemente largo.

Cuando los patines del helicóptero tocaron el suelo y nos bajamos en el aeropuerto nos vimos rodeados de inmediato por los periodistas. Las fotografías y las preguntas me sacaron de mi ensimismamiento. Respondí pacientemente sobre si existían esperanzas o posibilidades de encontrarles, y también expliqué que no había llegado el momento de hacer las últimas y definitivas afirmaciones sobre la tragedia. Así que después de unos minutos, con la ayuda de Nima me alejé del lugar, a pesar de la insistencia de algunos periodistas. Me llevó de vuelta a su casa, y sentados en el sofá empezamos a hablar acerca de cómo estaban realmente las cosas. Yo era sincero, pero nunca logré abandonar toda la esperanza. Sabía que Anatoli era una criatura programada para la supervivencia y pensé que aún podría estar vivo. Sin embargo, a Dimitri le había conocido hacía sólo un mes y no podía estar tan seguro de su destino.

—Nima, disculpa, pero tengo que llamar a Linda. Si todavía no ha salido tiene que saber cómo han ido las cosas hoy.

La llamé y le expliqué todo, hasta el último detalle.

—De acuerdo, Simone, debes intentarlo de nuevo mañana.

—Claro, Linda, de acuerdo.

—Salgo mañana para Katmandú y llegaré el día 30, a las 11. Me he puesto en contacto con la unidad de deportes militares en Almaty, en Kazajistán, y están organizando un grupo de búsqueda. Van a enviar un equipo de alpinistas a Katmandú y te llamarán para que les puedas explicar lo que pasó y lo que se puede hacer.

También me preguntó cómo me encontraba y sobre la operación de mis manos. Después de escuchar mi respuesta, me dijo:

—Simone, creo que tal vez sería mejor que volvieres a Italia para ver a un especialista. Ya has hecho mucho y cuando se lo expliques a los rusos, ellos se encargarán de todo. Están frescos y listos para la acción.

—Tal vez tengas razón. Me siento como un naufrago. Mañana volveré allí de nuevo y al día siguiente volaré de vuelta a Italia. Te veré en el

aeropuerto, porque habrá un intervalo de tiempo entre tu vuelo y el mío. Si no somos capaces de hacer nada mañana, quiero estar en contacto con los rusos por teléfono durante la operación de rescate. Dales mi número en Italia, incluso el número de mi teléfono móvil. Lo mantendré encendido permanentemente. Que me llamen si necesitan más información o si les encuentran.

—Está bien. Nos vemos pasado mañana.

Unos minutos más tarde, recibí una llamada de Almaty. Querían saber qué había pasado y cuál era la probabilidad de encontrarlos con vida. Les expliqué mi teoría y dije que las posibilidades eran remotas, pero que valdría la pena intentarlo. Recibí otra llamada de Almaty con preguntas similares a la primera. No recuerdo quién hizo esta segunda llamada, pero se trataba de alguien estrechamente relacionado con la unidad deportiva a la que Anatoli había pertenecido. Durante las dos llamadas expliqué, con la mayor precisión posible, la ubicación exacta de la avalancha y, en particular, la ruta de aproximación y sobre cómo tendrían que ascender los rescatadores. Después de todo, Anatoli, Dima y yo estábamos abriendo una nueva ruta en el momento del accidente.

Nima fue testigo de mis conversaciones telefónicas y le confié todos los detalles que podía recordar y que pudieran servir al equipo de rescate. Aquella noche dormí profundamente, sin pesadillas.

Al día siguiente, 29 de diciembre, el tiempo era atroz y ningún helicóptero despegó. Tuve una entrevista con Miss Hawley, la famosa periodista de 70 años y una experta en montañismo que había vivido en Katmandú durante más de 40 años. Sin duda, es la persona más informada y autorizada en la historia del montañismo sobre los acontecimientos del último medio siglo de expediciones en Nepal. Esta reunión fue importante porque Miss Hawley sacó de su bolso un mapa y una fotografía de la zona de la tragedia. Me pidió que le marcara con un lápiz la posición exacta de los campos que habíamos establecido, la ruta seguida durante el ascenso y el lugar del accidente. La reconstrucción que hicimos juntos resultó ser de gran ayuda para el equipo de rescate, que se encontraba de camino. Me alegró tener aquella conversación con ella. Sabía que ella buscaba más que la historia, trataba de entender mejor las cosas. Ella tenía en gran estima a Anatoli, a quien conocía bien. Anatoli correspondía a este sentimiento y una buena amistad había surgido entre ellos.

El mal tiempo se mantuvo todo el día y hubiera sido una locura intentar volar. Por otra parte, habría sido malgastar miles de dólares.

La mañana del 30 de diciembre fui al aeropuerto de Katmandú con mi amigo de confianza para volar de regreso a Italia. Estaba tenso e impaciente por reunirme con Linda, pero su avión se retrasó. Temía no poder verla. Después de dos horas de espera, llamaron para que me dirigiera a la puerta de embarque. No quería irme sin ver a Linda, pero si perdía el vuelo tendría que esperar otra semana en Nepal. No había nada que hacer al respecto, y pronto me encontré sentado en el avión que me llevaría de vuelta a Italia. Ocupaba un asiento junto a la ventanilla y observaba la pista.

Mientras la tripulación de cabina explicaba los procedimientos de emergencia, un avión de Tailandia aterrizó y estacionó al lado del nuestro. Unos hombres empujaron la escalerilla hasta la puerta y unos segundos más tarde vi a Linda bajar las escaleras. En ese mismo momento, mi avión comenzó a desplazarse hacia la pista para el despegue y no había nada que yo pudiese hacer para, por lo menos, saludarla.

Esta oportunidad perdida me puso triste y miré a Linda hasta que desapareció de mi vista. Unos pocos minutos habrían sido suficientes para poder coincidir. Probablemente, no habríamos dicho mucho, pero el habernos visto nos habría ayudado mucho a ambos.

El avión aceleró por la pista y de repente estábamos en el aire. Katmandú estaba debajo y poco a poco, mientras subíamos, aparecieron claramente en el horizonte todos los picos blancos del Himalaya. Después de diez minutos, *ella* apareció también. Una espléndida y elegante reina: el Annapurna. La miré con intensidad y el pensamiento de mis dos amigos que se habían convertido en parte de ella. Yo había perdido la esperanza e imaginé los cuerpos inmóviles de Anatoli y Dimitri, preservados para siempre bajo el manto de nieve perenne.

No podía odiar a la montaña entonces, ni ahora tampoco. Una montaña asesina sólo existe en el estúpido vocabulario del periodismo. Una montaña no mata, no retiene a nadie, no se puede conquistar ni impugnar. Permanece inmóvil en la cara del hombre y del tiempo. En las montañas se puede experimentar la victoria, la derrota o la muerte, pero nunca hay que pensar que la montaña es responsable de ello. Es el hombre quien actúa y las variables que rodean la vida del hombre son las que determinan su destino, nada más.

EL REGRESO

En el avión que me llevaba a casa me encontré con un grupo de jóvenes italianos que, impresionados por mi aspecto y mis vendajes, me preguntaron qué me había sucedido. Éstas fueron las primeras personas de una larga serie a quienes, desde ese día, he tenido que relatar la tragedia que había vivido. Me ayudaron a bajar del avión en Karachi y a llegar al hotel, ya que nuestro vuelo hacía escala en Pakistán y llegaría a Roma al día siguiente, la víspera de Año Nuevo.

Sandra decidió venir a Roma para hacerme compañía en el vuelo interno que nos llevaría a Milán. Para afrontar y mitigar la tensión de la espera, un amigo de Frosinone, Cristian, acompañó a Sandra para compartir (o tal vez soportar) el tiempo de espera hasta que yo desembarcara. Tomar café y mirar el reloj constantemente fueron sus únicas ocupaciones en el aeropuerto de Fiumicino. Finalmente llegó mi avión y aterricé en suelo italiano, y a los pasajeros se nos permitió bajar a la terminal de llegadas. Lentamente caminé por el estrecho túnel que me llevaba hacia la salida. Fui el último en salir, porque me movía muy despacio. Al fin, las puertas automáticas se abrieron y al mismo tiempo pude ver que Sandra estaba allí. A pesar de ver su sonrisa, fue fácil deducir en su mirada los sentimientos que le inspiraban los moratones de mi cara. Le di un beso y saludé al paciente Cristian.

—¡Tendrías que haber visto cómo estaba de nerviosa! Debemos de haber bebido 200 tazas de café —dijo de inmediato.

—Me lo puedo imaginar.

Acompañamos a Cristian hasta donde había aparcado el coche y después me fui con Sandra a la puerta de mi último vuelo del año.

Obviamente ese Día de Año Nuevo no fue muy feliz, ya que sólo buscaba la paz y la tranquilidad de mi casa en las montañas, en Colere, al pie de la montaña Presolana.

Durante los días siguientes hice numerosas llamadas a Katmandú y hablé en varias ocasiones con Nima y Linda. Me pidieron detalles exactos de la posición de la avalancha y todo este esfuerzo permitió al equipo de alpinistas de Kazajistán localizar finalmente la tienda roja del último campamento. Buscaron en los alrededores, pero lamentablemente no encontraron rastro alguno de Anatoli o Dimitri.

Me dijeron lo difícil y peligroso que había sido llegar hasta allí, y que alrededor de la tienda había manchas de sangre, la mía. A pesar de que había perdido toda esperanza, la noticia cayó como una cuchillada en mi corazón; finalmente quedó registrado en mí que yo había sido el único superviviente.

La expedición invernal al Annapurna fue el último acto de una amistad iniciada un año y dos meses antes. A Dimitri sólo le pude conocer a lo largo de aquella aventura trágica, y aunque inmediatamente nos hicimos amigos y nos habíamos empezado a conocer un poco más, nunca me he sentido en la posición de hablar sobre él o de describirle.

Anatoli, en cambio, era mi mejor amigo. El mejor de los compañeros. Habíamos empezado una nueva relación como compañeros de escalada y nos parecía natural emparejarnos en nuestras expediciones y en la preparación de nuestros proyectos futuros. Cuando pienso en la fuerza que nos unía, me sorprende que sólo nos conociésemos desde hacía 14 meses. Las cosas en común, la similitud de ideas y la relación que teníamos eran más bien las que se tienen entre dos hermanos o amigos de la infancia.

Ahora, resultaría fácil cometer el error de glorificar y ensalzar a los amigos fallecidos. Esto es lo que hacen normalmente los que se quedan aquí, recordando sólo las cosas buenas de sus seres queridos. Anatoli no era un santo, él no era el más querido ni el más famoso. Él era un hombre común, con muchas virtudes, pero también muchos defectos. Pero ésta es precisamente la razón que hizo que me causara tanta impresión.

Primero era un hombre y luego un alpinista. Las huellas que dejó en las montañas desaparecieron hace mucho tiempo, sus increíbles ascensiones, tarde o temprano, caerán en el olvido, o como mucho serán de interés para el periodismo o la historia del deporte.

Lo que permanece son las marcas que dejó en mí, y en las mentes de otros muchos, que aún son frescas y profundas. Él me enseñó en un año lo que nadie más me había enseñado en la vida. Aprendí a sobrevivir en las montañas, y mi descenso del Annapurna fue la primera demostración de lo que había aprendido.

De Anatoli aprendí a llorar; sí, a llorar. Los que me conocen saben que siempre he sido frío o muy dueño de mí mismo, y la primera vez que alguien me ha visto llorar fue cuando estaba hablando de él (no del accidente). Descubrí una parte de mí que valió la pena conocer. Me he vuelto más sensible, listo para experimentar y dar rienda suelta a mis sentimientos. Me he vuelto más humano.

Anatoli me enseñó a recordar que había una madre y una familia. Era conmovedor ver la fotografía que siempre llevaba con él. Era una foto de él abrazando a su madre. Esto me mostró el lado humano del héroe del alpinismo. Nunca fue, ni quiso ser, un Rambo. Mientras, por una parte, se mantenía en un estilo de vida muy disciplinado, por otra no quiso eliminar la sencillez de sus afectos. Leyendo entre líneas mi experiencia en el Annapurna, estoy seguro de que muchos de vosotros habréis entendido como era Anatoli Bukreev.

No ha sido fácil aceptar el hecho de su muerte. Pero yo no soy la clase de persona que debe encontrar a toda costa una razón o una explicación, racional o no, en cuanto al por qué y para qué de un acontecimiento doloroso. Cada una de nuestras historias vitales es demasiado importante y misteriosa, como lo son los acontecimientos que la condicionan. Mi espiritualidad es real, y siempre ha desempeñado un papel importante en mis decisiones, mi conducta y mis respuestas, aunque no de un modo exagerado.

Muchas veces he pensado en la avalancha que segó la vida de Anatoli y Dimitri, sus pasiones, sus miedos y la asimilación de los riesgos. Sin embargo, fue también esa avalancha la que me devolvió la vida, la que me decidió a no aceptar la derrota. Si dejase de escalar montañas, significaría que la avalancha me habría quitado la vida a mí también.

Los sacrificios, el entusiasmo y la alegría que he experimentado como ser humano durante toda mi vida en las montañas pueden parecer estúpidos y sin sentido. El alpinismo ha sido, y sigue siendo, mi forma de conocer y amar la vida. En primer lugar, he madurado como persona, y en segundo lugar, como alpinista, a través de las lecciones y los encuentros que he tenido desde que decidí vivir mi vida entre las montañas. La sonrisa que casi siempre se ve en mi rostro es el resultado de esta elección. Sería un tonto si dejase de hacer aquello que he aprendido de hombres que, como yo, siempre han llenado de significado lo que hacen. Estoy convencido de que tengo mucho que ganar gracias a que vivo mis ideas al máximo.

Poco más de un año después de la muerte de Anatoli nació mi hija Martina. Es a ella a quien me gustaría ofrecer todas mis futuras sonrisas. Quiero enseñarle a disfrutar haciendo las cosas que ama y que crea todo lo posible en esa chispa que hay en todos nosotros. Cuando crezca también le hablaré del maravilloso amigo de su padre que se llamaba Anatoli.

He vuelto muchas veces a las montañas salvajes de nuestro planeta y con la gente maravillosa que vive ahí. Voy a hacerlo de nuevo, solo o en compañía de nuevos amigos, y con nuevas ideas. Y en su silencio, en el cielo aterciopelado de la noche siempre brillarán dos nuevas estrellas.

AGRADECIMIENTOS

Mi familia siempre ha aceptado mi poco ortodoxa decisión de creer que podía convertir mi pasión por un deporte, como el alpinismo y la escalada en roca, en una profesión, en una carrera profesional.

Este primer libro sólo se ha materializado tras una larga espera y 20 expediciones de montaña. Así como a mi padre, quiero dar las gracias a Bárbara, quien ha logrado mantenerme en ello con el fin de cumplir mis compromisos y proyectos recientes, y permitirme completar este libro, así como terminar mi carrera.

También quiero dar las gracias a Anatoli Bukreev por lo que pudo enseñarme y por el legado que dejó en mí. Una intensa amistad que duró poco más de un año y que me cambió como hombre y como alpinista.

Mi sueño y esperanza es tener éxito al transmitir a mi hija Martina lo que su abuelo Franco y Anatoli hicieron conmigo. Espero que los largos periodos de ausencia de un padre que está a menudo muy lejos, en las agrestes montañas de la Tierra, se vean compensados por momentos de afecto sincero y profundo, con un sinfín de historias que contarnos y preguntas que responder.

Doy las gracias a todos mis amigos, especialmente a mis maestros, Alberto y Camos —a quienes se ha añadido recientemente el mítico e intemporal Maurizio Zanolla *Manolo*—, y a los compañeros de aventuras más importantes, como Lorenzo, Adriano, Silvio, Andrei, Dimitri, Benedicto, Denis y Mario.

Un pensamiento afectivo va a Linda Wylie, pareja de Anatoli, a quien renuevo mi gran amistad y estima.

A todos los alpinistas de la antigua URSS les doy mi más sincero agradecimiento, de corazón. A través de Anatoli he llegado a conocer un mundo de hombres y culturas sin parangón en la escena del montañismo mundial. La escuela soviética de montaña, cuyas tradiciones se llevan a cabo en Rusia y las repúblicas independientes, es sin duda la más formidable de los alpinistas de gran altitud. Su estilo de vida y la férrea disciplina de entrenamiento han reforzado aún más mi propia capacidad de resistencia y autodisciplina.

Un último y cariñoso agradecimiento es para mis patrocinadores. Todos se han convertido en mis amigos, más allá de su papel como socios comerciales. Les doy las gracias por ello, como un amigo y como deportista, por no sentirme nunca obligado o presionado, y no haberme pedido resultados garantizados, ni hacer que me sintiera forzado a asumir riesgos con el fin de alcanzarlos. Este enfoque es lo que me permite hoy día mantener relaciones de amistad con todos ellos, pasados y presentes.

notes

Notas a pie de página

- ¹ Nota del editor: Simone Moro escribió este libro en 2002, cinco años después del trágico accidente en el Annapurna.
- ² Anatoli Brukreev
- ³ Escala UTAA
- ⁴ Nota del editor: también llamado El Colmillo.

Table of Contents

[ESTRELLAS EN EL ANNAPURNA](#)

[PRÓLOGO](#)

[PRIMERA PARTE.](#)

[EL NACIMIENTO DE UN MONTAÑERO](#)

[MI PASIÓN](#)

[POR ENCIMA DE LOS 4.000 METROS](#)

[LA VIDA SUSPENDIDA DE UNA CLAVIJA: FITZ ROY, 1996](#)

[EL GIGANTE DE, KAZAJISTÁN: SHISHA PANGMA, OTOÑO DE 1996](#)

[LA GRAN TRAVESÍA](#)

[VENTISCA EN EL LHOTSE](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[ESTRELLAS EN EL ANAPURNA](#)

[UNA ARRIESGADA AVENTURA EN EL HIELO](#)

[VIDA EN EL CAMPO BASE](#)

[AL PIE DE LA PARED](#)

[LA EMBOSCADA](#)

[EL PARÉNTESIS](#)

[HACIA EL ANNAPURNA FANG](#)

[LA CORNISA](#)

[RENACIMIENTO](#)

[ENTRE AMIGOS](#)

[LAS MANOS DE UN ESCALADOR](#)

[ÚLTIMA ESPERANZA](#)

[EL REGRESO](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Notas a pie de página](#)